
HARLEQUIN
Bianca™
ANILLOS Y
HEREDEROS
LYNNE
GRAHAM
EL ANILLO DEL GRIEGO

Bianca™

EL ANILLO DEL GRIEGO

Lynne Graham



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

El anillo del griego, n.º 146 - noviembre 2018
Título original: The Secret Valtinos Baby
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-1307-079-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

EL multimillonario griego Angel Valtinos se dirigió al despacho de su padre y halló a sus dos hermanos esperando en la recepción, lo que lo hizo detenerse en seco y enarcar sus negras cejas.

–¿Qué es esto? ¿Una reunión familiar?

–O que papá va a echarnos una bronca por algo –dijo su hermanastro italiano, el príncipe Vitale Castiglione, en un tono levemente divertido, porque los tres habían sobrepasado con creces la edad en que las reprimendas de su padre eran motivo de preocupación.

Zac Da Rocha preguntó frunciendo el ceño:

–¿Acostumbra a hacerlo?

Angel miró a Vitale a los ojos y apretó los dientes, pero ninguno de los dos hizo comentario alguno. Zac, su hermanastro ilegítimo y brasileño, era impredecible. Como se acababa de incorporar, de forma bastante misteriosa, al círculo familiar, los hermanos aún no habían acabado de aceptarlo. Y tanto al suspicaz Angel como a Vitale les costaba confiar en él.

Vitale sonrió.

–Eres el mayor –le recordó a Angel–. Tienes preferencia a la hora de entrar.

–No estoy seguro de querer ejercerla en esta ocasión –dijo Angel.

Sin embargo, inmediatamente se encogió de hombros para ahuyentar la desconocida inquietud que asaltaba la seguridad que tenía en sí mismo, sólida como una roca.

Al fin y al cabo, reflexionó Angel, Charles Russell nunca había interferido en la vida de sus hijos, pero, a pesar de no haber ejercido su autoridad, había sido un buen padre.

Se había divorciado rápidamente tanto de su madre como de la de Vitale, pero se había preocupado de mantener una estrecha relación con sus hijos. Angel se había sentido agradecido más de una vez por su forma de enfocar la vida y su aguda visión para los negocios, que creía haber heredado de él.

Su madre era una frívola heredera griega, que se habría despreocupado de la educación y el cuidado de su hijo, de no haber sido por las condiciones establecidas por su padre.

Charles Russell cruzó el despacho para saludar a su hijo mayor.

–Llegas tarde –le dijo sin mostrarse enfadado.

–La reunión que tenía ha durado más de lo previsto. ¿De qué se trata? Cuando he visto a Zac y a Vitale en la recepción, he pensado que se trataba de una emergencia familiar.

–Depende de qué consideres que es una emergencia –contestó Charles sin ir al grano mientras examinaba a su hijo, de treinta y tres años, que le sacaba varios centímetros de altura.

Hasta hacía poco, Charles había creído que su hijo era un motivo de orgullo para él, pero el descubrimiento de cierta inquietante información había minado su orgullo paternal. Para ser justos, Angel también tenía los genes de una familia griega increíblemente rica, pero más famosa por su tendencia a la autodestrucción que por sus logros.

De todos modos, Charles se sentía orgulloso del enorme éxito de su hijo en el mundo de los negocios. Astuto y ambicioso, pero un hijo leal y cariñoso, lo último que Charles se esperaba era que lo defraudara. Sin embargo, Angel lo había decepcionado al dar muestras de la irresponsabilidad y la preocupación exclusiva por su interés personal propios de los Valtinos.

–Dime de qué se trata –dijo Angel con su tranquilidad habitual.

Charles se apoyó en su escritorio. A sus cincuenta y pico años, y con el cabello encanecido, seguía siendo un hombre guapo.

–¿Cuándo vas a madurar? –murmuró con ironía.

Angel lo miró desconcertado.

–¿Estás de broma? –susurró.

–No, por desgracia. Hace una semana, me enteré, por una fuente que no te voy a revelar, de que soy abuelo.

Angel se quedó petrificado. Sus rasgos, extravagantemente bellos, parecieron perder vida y sus astutos ojos se velaron y endurecieron. Pero, en menos de un segundo, levantó su agresiva barbilla reconociendo la desagradable sorpresa que acababa de recibir: un asunto que esperaba mantener oculto había sido desenterrado de forma inesperada por el único hombre en el mundo cuya buena opinión valoraba.

–Y, por si fuera poco, el abuelo de una criatura a la que, si por ti hubiera sido, no habría conocido.

Angel frunció el ceño y extendió los brazos en un expansivo gesto griego de restar importancia al asunto.

–Pensé que, para protegerte…

Charles lo contradijo sin vacilar.

–No, lo único que querías era protegerte a ti mismo de las exigencias y la responsabilidad que implica un hijo.

–Fue un accidente. ¿Acaso debo cambiar mi vida de arriba abajo por una desgracia? –preguntó Angel defendiéndose.

Su padre lo examinó con preocupación.

–Yo no te consideré una desgracia.

–Tu relación con mi madre era distinta –declaró Angel con todo el orgullo de sus ricos y privilegiados antepasados.

Una profunda arruga se dibujó en entrecejo de su padre.

–Angel, nunca te he contado toda la verdad sobre mi boda con tu madre porque no quería darte motivo para que disminuyera tu respeto hacia ella –reconoció de mala gana–. Pero resulta que Angelina te concibió a propósito cuando quise dar por terminada nuestra relación. Me casé con ella porque estaba embarazada, no porque la quisiera.

A Angel le sorprendió la revelación, pero no en exceso, ya que sabía que su madre era una mujer mimada y egoísta que no soportaba que la rechazaran. Alzó las espesas pestañas negras y lo miró desafiante con sus ojos castaños.

–Y casarte con ella no funcionó, ¿verdad? Entonces, ¿no pretenderás aconsejarme que me case con la madre de mi hija? –comentó en tono despectivo.

–No, casarme con Angelina Valtinos no dio buenos resultados. Pero para ti fueron excelentes porque te proporcionó un padre con el derecho a intervenir en tu educación mirando siempre por tus intereses.

La respuesta de Charles era totalmente cierta, y Angel apretó los dientes para contestar.

–Entonces, te agradezco tu sacrificio.

–No es necesario que me agradezcas nada. El maravilloso niño se ha convertido en un hombre al que respeto…

–Con la evidente excepción de lo referido a este asunto –lo interrumpió Angel.

–Lo has manejado mal. Has llamado a los abogados de la familia Valtinos, a esos buitres cuyo único propósito es protegerte y defender el apellido y la fortuna de los Valtinos.

–Exactamente: me protegen.

–Pero ¿no quieres conocer a tu hija? –preguntó Charles, cada vez más frustrado.

Angel apretó sus sensuales labios, enfadado por la vergüenza

que le provocaba la pregunta.

–Claro que sí, pero que su madre lo permita resulta difícil.

–¿Es así como lo ves? ¿Es a ella a quien echas la culpa de este lío? –contraatacó su padre con desprecio–. Tus abogados la obligaron a firmar un acuerdo de confidencialidad a cambio de apoyo económico y, en aquel momento, no mostraste interés en establecer una forma de relación con tu hija.

Angel se puso rígido y trató de dominar la ira para no dejarse vencer por ella. De ninguna manera consentiría que el maldito asunto del bebé, como el lo consideraba, se interpusiera entre su querido padre y él.

–Por aquel entonces, el bebé no había nacido. No sabía cómo iba a sentirme cuando hubiera nacido la niña.

–Los abogados se centraron, como es natural, en proteger tu intimidad y tu fortuna. Tu papel era centrarte en el aspecto familiar –afirmó Charles con firmeza–. Y, en lugar de eso, has convertido a la madre de la niña en tu enemiga.

–No era mi intención. Utilicé el equipo legal de los Valtinos para evitar todo tipo de reacciones personales dañinas a la hora de llegar a un acuerdo.

–¿Y ese enfoque impersonal te ha servido de algo? –preguntó Charles en tono seco.

Angel estuvo a punto de gemir de exasperación. La verdad era que había obtenido lo que creía que respondía a sus deseos, pero había descubierto, cuando ya era tarde, que no era lo que deseaba en absoluto.

–No quiere que vea a la niña.

–¿Y de quién es la culpa?

–Mía –reconoció Angel con fiereza–. Pero ella está criando a mi hija en condiciones inadecuadas.

–Sí, no es muy recomendable trabajar en un centro de acogida de perros al tiempo que se cría a la futura heredera de los Valtinos –observó su padre en tono irónico–. Al menos, esa mujer no es una cazafortunas. Si lo fuera, se habría quedado en Londres y habría vivido por todo lo alto con tu dinero, en vez de irse a vivir a Suffolk con una tía de mediana edad y trabajar para ganarse el sustento.

–¡La madre de mi hija está loca! –exclamó Angel manifestando por primera vez emoción en aquel asunto–. Quiere que me sienta mal.

Charles enarcó una ceja con expresión de duda.

–¿Eso crees? Pues me parece que es esforzarse demasiado por un hombre al que no quiere ver.

–Ha tenido la caradura de decirle a mi abogado que no podía permitirme visitar a la niña por el riesgo de infringir el acuerdo de confidencialidad.

–Puede que haya motivo para que esté preocupada –afirmó su padre en tono reflexivo–. Los paparazis te siguen a todas partes y, si fueras a verla, la descubrirían a ella y a la niña.

Angel se irguió y sacó pecho.

–Sería discreto.

–Por desgracia, ya es tarde para pelearse por el derecho a visitar a tu hija. Es lo primero en lo que deberías haber pensado al llegar a un acuerdo porque, en las leyes británicas, un padre que no está casado tiene pocos o ningún derecho.

–¿Me sugieres que me case con ella? –preguntó Angel con incredulidad.

–No –Charles negó con la cabeza para poner énfasis en la negativa–. Ese gesto tiene que partir del corazón.

–O del cerebro. Podríamos casarnos, llevármela a Grecia y luchar allí por la custodia de la niña, porque allí yo llevaría ventaja. Es una posibilidad que me sugirieron los abogados.

Charles dirigió una mirada glacial a su hijo. No era su intención hacer más difícil la situación entre la madre de su hija y él.

–Espero que no se te ocurra caer tan bajo y engañarla de esa manera. Es indudable que todavía tiene que haber una posibilidad de acuerdo.

¿La había? Angel no estaba convencido mientras aseguraba a su preocupado padre que resolvería la situación sin utilizar trucos sucios. Pero ¿se podría llegar a un acuerdo para poder visitar a su hija?

Al fin y al cabo, ¿cómo podía estar seguro de nada en ese sentido? Merry Armstrong lo había frustrado y bloqueado al tiempo que lo abrumaba con un montón de vergonzosos argumentos, en vez de concederle lo que quería. Angel no estaba acostumbrado a que lo trataran con semejante falta de respeto. Cada vez que ella se había negado a sus peticiones, lo desconocido de la experiencia lo había dejado anonadado.

Llevaba toda la vida consiguiendo de las mujeres lo que quería y cuando lo quería. Ellas solían adorarlo. Tanto su madre como sus tías, hermanas y las mujeres que se acostaban con él lo veneraban como a un dios. Vivían para complacerlo, halagarlo y satisfacerlo. Siempre había sido así en su dorado mundo de comodidades y placeres. Y Angel había dado por supuesta esa agradable realidad hasta el triste día en que se le había ocurrido enredarse con Merry

Armstrong.

Se había fijado en ella inmediatamente, en su brillante melena castaña oscura recogida en una cola de caballo que casi le llegaba a la cintura, en sus ojos de color azul pálido y en su voluptuosa boca que incitaba al pecado a cualquier hombre con un mínimo de imaginación. A eso había que añadirle que poseía los miembros largos y flexibles de un galgo de carreras, por lo que su encuentro había sido inevitable desde el primer día, a pesar de que nunca se había acostado con una de sus empleadas y se había jurado no hacerlo.

Merry cerró la temblorosa mano en torno a la carta que el cartero le acababa de entregar. Un Yorkshire terrier, con forma de salchicha y aspecto descuidado, retozaba entre sus pies, todavía excitado por haber oído el timbre de la puerta y el sonido de otra voz.

–Para, Tiger –murmuró Merry con firmeza.

Habían acogido al perrito con el propósito de convertirlo en un candidato adecuado para ser adoptado. Al pensarlo, se dio cuenta de que, con Tiger, había infringido las estrictas normas de su tía Sybil, ya que se había encariñado con él y lo dejaba subirse al sofá y sentarse en su regazo.

Su tía adoraba a los perros, pero no era partidaria de humanizarlos ni de mimarlos. A Merry se le ocurrió que tal vez ella misma estuviera tan herida emocionalmente como Tiger lo estaba por los malos tratos. Tiger ansiaba comer para consolarse; Merry, el calor de los mimos caninos. ¿O se engañaba al equiparar la humillación que había sufrido por parte de Angel con el maltrato? ¿Había hecho una montaña de un grano de arena, como le había dicho Sybil?

Miró el sobre y vio el matasellos de Londres, lo que le revolvió el estómago. Era otra carta de los abogados de Angel, y ya no podía más. Con un estremecimiento de repulsión y miedo, la metió en el cajón de la vieja mesa del vestíbulo, donde se quedaría hasta que se sintiera con ánimos de leerla con tranquilidad.

Estar tranquila se había convertido en un reto para Merry desde que había oído hablar por primera vez de los abogados de la familia Valtinos y se había tenido que enfrentar al estrés, las citas y las quejas. Desde el punto de vista legal, estaba envuelta en una interminable batalla en la que todo lo que hacía era una excusa para que la criticaran o para que la exigieran otra cosa de forma

intimidatoria.

Sintió la rabia crecer en su interior ante la perspectiva de tener que abrir otra carta cortésmente amenazadora, una rabia que no hubiera reconocido un año antes, que amenazaba con consumirla y que a veces le asustaba, porque nunca la había sentido hasta que Angel Valtinos se había cruzado en su camino. De él solo había aprendido a sentir amargura, odio y resentimiento, y le gustaría prescindir de todo ello.

Pero él también le había dado a Elyssa, aunque había que reconocer que muy en contra de su voluntad.

Para dirigir sus pensamientos en una dirección menos amarga, Merry miró, desde la cocina, el pequeño salón de la casita en la que vivía y observó a su hija, que estaba sentada en la alfombra y jugaba alegremente con sus juguetes. Su negro cabello era una explosión de rizos en torno a su rostro de querubín, de color aceitunado, y contrastaba con sus ojos azules y su boquita. Tenía el cabello de su padre y los ojos y la boca de su madre. Merry pensaba que era una niña muy guapa, pero reconocía su falta de imparcialidad cuando se trataba de su hija.

En muchos sentidos, tras un penoso embarazo, el nacimiento de Elyssa había devuelto a Merry la vida y el vigor. Antes de ese día, no se le había ocurrido que la llegada de su hija le cambiaría la perspectiva y la llenaría de un amor incondicional como el que nunca había sentido. La verdad era que haría por ella cualquier cosa.

Se oyó un leve golpe en la puerta trasera, que anunciaba que Sybil entraba en la cocina, situada en la parte de atrás de la casa.

–Voy a poner el hervidor para prepararnos un té –dijo alegremente. Era una mujer alta y rubia de casi sesenta años, pero seguía siendo muy hermosa, como correspondía a alguien que había sido una modelo internacional en los años ochenta.

Sybil había sido el ejemplo a seguir para Merry desde muy pequeña. Su madre, Natalie, se había casado cuando Merry tenía dieciséis años y se había marchado a Australia con su esposo dejando a su hija adolescente al cuidado de su hermana. Sybil y Merry estaban mucho más unidas de lo que Merry había estado a su madre biológica, pero Sybil seguía muy apegada a su hermana pequeña. El centro de acogida lo había construido su tía con el dinero ganado en su carrera de modelo, que había abandonado en cuanto tuvo lo suficiente para dedicar sus días a cuidar perros abandonados.

En los últimos meses de embarazo, Merry había trabajado en el

centro haciendo lo que se necesitara y había vivido con su tía en el granero que esta había reconvertido en una moderna vivienda. Sin embargo, al mismo tiempo, Merry se había preocupado de hacer planes para tener un futuro más independiente.

Era contable, por lo que se había dedicado, desde casa, a llevar las cuentas de comerciantes de la localidad. Sus ingresos le habían permitido comprarse un coche, además de haber insistido en pagarle a Sybil un alquiler por el uso de la casita que estaba a las puertas del centro de acogida. La casa era pequeña, pero disponía de dos dormitorios y un pequeño jardín, por lo que se adecuaba perfectamente a las necesidades de Elyssa y Merry.

Sybil Armstrong era una fuente inagotable de afecto y seguridad en la vida de Merry. La madre de Merry, Natalie, se había quedado embarazada de ella como consecuencia de una aventura que había tenido con su jefe, que estaba casado. Solo tenía diecinueve años y pronto demostró que no estaba hecha para ser madre soltera. Desde el principio, Sybil había cuidado de la niña los fines de semana llevándosela a su casa en el campo para dejar que su hermana pequeña se fuera a la discoteca.

Por el dormitorio de Natalie había pasado una larga serie de hombres poco recomendables: violentos, alcohólicos, drogadictos y ladrones. Con cinco años, Merry daba por supuesto que todas las madres llevaban distintos hombres a casa todas las semanas. En aquel hogar desestructurado, donde se consumían drogas de forma habitual, Merry había faltado mucho a la escuela. Cuando los servicios sociales amenazaron con llevársela, su tía, una vez más, se hizo cargo de ella.

Durante nueve gloriosos años, Merry había vivido sola con Sybil, había recuperado el tiempo perdido en la escuela y había vuelto a ser una niña. Ya no tenía que cocinar ni limpiar para su madre ni esconderse en su cuarto mientras, en el piso de abajo, los adultos se insultaban a gritos hasta que los vecinos llamaban a la policía. Ese periodo de seguridad con Sybil había terminado cuando Natalie había vuelto a intentar empezar de cero y había exigido que su hija volviera con ella.

No había funcionado, por supuesto, porque, para entonces, Natalie estaba acostumbrada a su libertad y, en lugar de considerar a Merry la amiguita conveniente que esperaba, se había encontrado con una hija con la que nada tenía en común. Cuando Keith, más joven que ella, entró en la vida de Natalie, se decidió la suerte de Merry. Ansioso por volver a Australia y llevarse a Natalie, había manifestado con sinceridad su renuencia a adoptar el papel de

padre con menos de treinta años de edad. Merry se había vuelto a mudar a casa de Sybil y no había vuelto a ver a su madre.

–¿Era el cartero? –preguntó Sybil.

Merry se puso tensa y se sonrojó mientras pensaba en el sobre metido en el cajón de la mesa del vestíbulo.

–He hecho unas compras para Elyssa por Internet –mintió avergonzada, porque no iba a reconocer ante una mujer tan valiente como Sybil que una carta pudiera alterarla y asustarla.

–¿No has vuelto a saber nada de ese cuyo nombre no se debe pronunciar? –preguntó Sybil, lo cual desconcertó a su sobrina, ya que últimamente no había mencionado el tema.

–Ahora estamos descansando de tanto drama. y resulta muy agradable –mascculló Merry mientras ponía las bolsitas de té en las tazas y Sybil levantaba a su sobrina nieta del suelo, la abrazaba y se sentaba con ella en el regazo.

–No se te ocurra pensar en él.

–No lo hago –volvió a mentir Merry odiándose a sí misma, ya que solo una imbécil perdería el tiempo pensado en el hombre que la había maltratado.

Sin embargo, ¿qué podía entender Sybil? Al haber sido una joven de fama y belleza impresionantes, debía de haber ido apartando a palos a sus adoradores, pero no había conocido a nadie con quien sentar la cabeza. Merry dudaba que ningún hombre que hubiera faltado al respeto a su tía hubiera vivido para contarlo.

–Algún día recibirá su merecido –pronosticó Sybil–. A todos les llega.

–Lo que me molesta es lo mucho que lo odio –confesó Merry a toda prisa–. Es la primera vez que odio a alguien.

–Todavía sufres. Ahora que vas a empezar a salir de nuevo, olvidarás los malos recuerdos.

Una sonrisa inesperada iluminó el rostro de Merry al pensar en que, al día siguiente, iba a salir por la tarde. Un cirujano veterinario, Fergus Wicklam, visitaba regularmente el centro de acogida. Había conocido a Merry cuando ya se le notaba claramente el embarazo, pero eso no lo había desmoralizado. Simplemente había esperado a que naciera su hija para que fuera más receptiva a su intento de relacionarse con ella.

Fergus le caía bien, le gustaba su compañía. Reconoció, sintiéndose culpable, que no sentía mariposas en el estómago cuando estaba con él, ni deseaba su boca, pero ¿hasta qué punto

eran importantes esas sensaciones físicas en el esquema global de las cosas? El atractivo sexual de Angel había sido el equivalente de una mortal mordedura de serpiente: la había atraído para envenenarla. Hermoso pero mortal. Cómo lo odiaba, pensó poniéndose tensa con las emociones que la retrotraían a dieciséis meses atrás.

Capítulo 2

MERRY estaba llena de entusiasmo cuando empezó a trabajar por primera vez, a pesar de que no era, ni por asomo, el empleo de sus sueños. Después de haber acabado la universidad con matrícula de honor en Contabilidad, no tenía intención de ser permanentemente recepcionista de Valtinos Enterprises.

De todos modos, necesitaba ganar un sueldo. El largo proceso que suponía solicitar empleo y que la aceptaran la obligó a depender durante muchos meses de la generosidad de Sybil, que ya la había ayudado en los estudios, le había dado trabajo en el centro de acogida durante las vacaciones y le había proporcionado una cómoda casa en la que pasar los fines de semana y las vacaciones.

Su empleo en Valtinos Enterprises fue el primer paso de Merry hacia su verdadera independencia. El trabajo estaba bien pagado y le dejaba tiempo para ir buscando otro más adecuado, además de permitirle vivir en Londres sin tener que depender de la ayuda económica de su tía. Había alquilado una habitación en un piso de mala muerte y había comenzado a trabajar en VE muy esperanzada.

Y el primer día de trabajo, Angel salió del ascensor y ella se quedó sin aliento, como si le hubieran dado un puñetazo en el pecho. Su cabello, negro y rizado, siempre parecía despeinado, y su hermoso rostro moreno parecía haber sido esculpido por un genio, con los pómulos altos y exóticos, la nariz recta y estrecha y los ojos de color miel; unos ojos, como ella descubrió mucho después, que podían volverse tan duros y cortantes como un diamante negro.

–Es usted nueva –comentó él mientras la examinaba de arriba abajo.

–Es mi primer día, señor Valtinos –contestó ella.

–No malgastes las sonrisas con él –le susurró su compañera mientras Angel entraba en el despacho–. No flirtea con las empleadas. De hecho, corre el rumor de que despidió a dos de sus secretarias por querer llevar la relación laboral a un plano personal.

–No me interesa –contestó Merry. En realidad, rara vez le

interesaba un hombre.

Criarse viendo a su madre buscar sin descanso al hombre de sus sueños sin prestar atención a nada más de lo que la vida le ofrecía le había asustado. Tras haber sobrevivido a una infancia inestable, apreciaba enormemente la seguridad y estaba dispuesta a establecer su propia empresa contable. Nunca corría riesgos. Los evitaba a toda costa, más que ninguna otra persona de las que conocía.

Esa precaución innata había hecho que, durante sus años universitarios, se dedicara a estudiar e hiciera poca vida social. Había salido con algunos chicos, pero ninguno le había interesado lo suficiente para acostarse con él. Nunca había sentido pasión ni enamoramientos repentinos como su madre. Le gustaba llevar una vida tranquila, por lo que le resultaba inexplicable haber intimado con un hombre tan volátil como Angel.

La verdad era que Angel y ella, sobre el papel, hacían una pésima pareja. Angel era volátil y de un temperamento volcánico que entraba en erupción cada vez que alguien decía o hacía algo que él consideraba una tontería. Era intolerante y de trato difícil.

Durante las primeras semanas de trabajo, Merry había visto con mucha frecuencia salir a toda prisa de su despacho a empleados pálidos y estresados. Era muy impaciente y exigente. Aunque pareciera un modelo con sus elegantes trajes de diseño, era un tirano y un adicto al trabajo y al éxito. Lo único que Merry había admirado de él, en aquellas primeras semanas, había sido su inteligencia.

Mientras servía café en el salón de juntas, lo oyó exponer argumentos con palabras muy bien escogidas. Notó que los demás lo escuchaban y admiraban su inteligencia mientras competían para complacerlo e impresionarlo. A veces aparecían bellas mujeres rubias para ir a comer con él, mujeres de un tipo concreto, que parecían elegidas por su figura y su rostro, ambos envidiables, y por su capacidad de mirarlo embobadas. Las que llegaban sin invitación no traspasaban la puerta del despacho. Trataba a las mujeres como un divertimento pasajero que descartaba en cuanto se aburría, y el desfile de nuevos rostros indicaba que se aburría pronto y con facilidad.

En resumen, Angel Valtinos no debiera haber atraído a Merry, ya que hacía alarde de todos los defectos que le desagradaban en un hombre. Era egoísta, adicto al sexo y al trabajo, estaba consentido por la vida de lujo que llevaba y era el centro de un exceso de admiración y atención que no le hacía ningún bien.

Pero, aunque llevaba seis semanas a su servicio, le resultaba

imposible dejar de mirarlo. Llamaba la atención de todos los presentes al entrar en una habitación. Hasta su voz era profunda y carismática. Al oírla, una mujer no tenía más remedio que volverse a mirarlo. Su dinámica personalidad invadía su cuartel general en Londres como una descarga de energía y sus cambios de humor hacían que sus empleados estuvieran nerviosos y siempre dispuestos a complacerlo. Valtinos Enterprises parecía muerta cuando él estaba en el extranjero.

Cuando una de las secretarias de Angel se marchó y el puesto se ofreció a los empleados, Merry lo solicitó. Angel la llamó a su despacho.

–¿Por qué una candidata de su capacidad trabaja en recepción? –le preguntó con impaciencia.

–Fue el primer trabajo que me ofrecieron –contestó Merry al tiempo que se frotaba las manos húmedas en la falda–. Pero mi intención es progresar.

Él se levantó y le entregó una fina carpeta.

–Busque un lugar tranquilo para trabajar. Esta mañana no tiene que volver a la recepción. Examine este negocio y ofrézcame una evaluación precisa de su historia económica y su rendimiento actual. Si lo hace bien, la entrevistaré esta tarde.

Esa tarde, él guardó la carpeta en el escritorio y la examinó frunciendo la sensual boca.

–Lo ha hecho bien, pero ha sido demasiado precavida en sus previsiones. Me gusta el riesgo –afirmó al tiempo que observaba, divertido, que ella fruncía el ceño ante sus palabras–. El trabajo es suyo. Espero que aguante la presión. No todos lo consiguen.

–Si me grita, probablemente le gritaré –lo previno Merry.

Los labios masculinos esbozaron una sonrisa apreciativa. Estaba tan atractivo que, durante unos segundos, ella se limitó a mirarlo, incapaz de apartar la vista.

De ese modo comenzó la fase más emocionante de la vida laboral de Merry. Era la más joven de los empleados personales de Angel, pero él siempre le encargaba todo lo relacionado con cifras. Sybil estaba encantada con el ascenso de su sobrina, pero la habrían horrorizado las muchas horas que trabajaba y la responsabilidad que implicaba el trabajo.

–El jefe está loco por ti –le dijo en tono jocoso uno de sus compañeros de trabajo, cuando llevaba dos meses trabajando–. Es evidente que tienes algo que todas esas rubias que desfilan por aquí no poseen, porque siempre te está mirando.

–No he notado nada –respondió ella en tono firme, porque no

quería que semejante comentario quedara sin contestación.

Sin embargo, sabía que, cuando estaba con Angel, se comportaba de forma totalmente impersonal y discreta porque era consciente de su presencia como no lo había sido nunca de la de otro hombre. Si era lo bastante tonta como para arriesgarse a mirar sus ojos de color miel, se le contraía el estómago, se le secaba la boca y se quedaba sin respiración. Sentirse así la mortificaba. Sabía que eso era atracción y no le gustaba, no solo porque fuera su jefe, sino porque la descontrolaba.

Y entonces, intervino el destino, cuando Merry creía firmemente que ninguno de los dos daría un paso en aquel sentido. Una gripe muy contagiosa había diezmado al personal y, a medida que los empleados fueron cayendo, Merry tuvo que trabajar a solas con Angel cada vez más. Un día en que se habían quedado trabajando hasta tarde, él le propuso ir a tomar algo y llevarla a su casa en el coche. Ella se negó a tomar algo con él, porque no le pareció conveniente, pero aceptó que la llevara, porque llegaría mucho antes a casa.

Mientras bajaban en el ascensor, Angel la examinó con sus seductores ojos. Ella se sintió mareada y sofocada, incapaz de respirar con normalidad. Él alzó su mano de largos dedos y, con la punta, le acarició la curva del labio inferior, lo que la dejó temblando. Después, como si una contención invisible se hubiera roto en su interior, la empujó para apoyarla en el espejo del ascensor y la besó apasionada, febril y salvajemente, con una pasión ante la que ella se vio inerme.

–Ven a casa conmigo –le pidió él mientras ella trataba de recuperar la compostura porque las puertas del ascensor se estaban abriendo.

Ella se quedó petrificada.

–De ninguna manera. Hemos cometido un error. Será mejor que lo olvidemos.

–Eso no siempre es posible –dijo él respirando con fuerza–. Llevo semanas tratando de olvidar lo que me haces sentir.

Desconcertada por su franca confesión, Merry masculló:

–Eso solo es sexo. No le prestes atención.

Angel la miró asombrado.

–¿Que no le preste atención?

Las puertas comenzaron a cerrarse. Angel ya había salido, pero ella seguía dentro, por lo que él las sujetó.

–Vamos, sal.

–Voy a tomar el metro, como hago habitualmente.

–No seas infantil. Me controlo perfectamente.

Merry no estaba muy convencida al recordar cómo la había agarrado y el choque de su cuerpo contra la pared del ascensor, pero ese instante de vacilación fue su perdición porque Angel la tomó de la mano y la sacó del ascensor.

–Te llevo a casa.

–Hay límites que no deberíamos traspasar –dijo ella mientras se dirigían al coche.

–No me vengas con sermones. No me caracterizo por insinuarme a mis empleadas. Tú eres la excepción.

–Y no volverá a pasar, ya que los dos estamos en guardia. Así que olvidémoslo –le aconsejó Merry mientras se montaba en el largo vehículo plateado que debía costar varias veces su salario anual–. He evitado que cometas un error.

–Me vuelves a sermonear –se burló él–. Si no hubiera dejado de besarte, todavía seguiríamos en el ascensor.

–No, te habría rechazado –insistió ella con frío convencimiento.

Le dio la dirección, aunque él no parecía necesitarla, y el trayecto fue tenso y no se dirigieron la palabra. Él aparcó frente al feo edificio en el que ella vivía.

–Te puedes permitir vivir en una zona mejor que esta –afirmó él en tono de censura.

–Estoy ahorrando –contestó ella con orgullo al tiempo que se desabrochaba el cinturón. Él volvió a agarrarla.

Su ancha y sensual boca se estampó contra la de ella con ardiente deseo y bastante frustración. El cuerpo entero de ella se sobresaltó como si él hubiera apretado un botón que detonara algo profundo en su interior que liberara un deseo tórrido que le cosquilleaba en la pelvis y le endurecía de forma dolorosa los pezones.

Angel levantó su despeinada cabeza.

–Sigo esperando que me rechaces. Se te va la fuerza por la boca –afirmó él en tono condenatorio.

–No creo que quieras que te dé una bofetada –dijo Merry con frialdad mientras le ardía el rostro de vergüenza.

–Si eso significara que abandonabas el gélido control del que haces gala, te rogaría que me la dieras –afirmó él con voz ronca y suave.

Mary se bajó a toda velocidad del coche deportivo, sofocada y disgustada por no haber estado a la altura de sus principios sobre lo que era una conducta aceptable. Debería haberlo apartado, abofeteado e incluso haberle dado un puñetazo para que entendiera

el mensaje. Ninguna otra cosa lo haría detenerse. Era un hombre muy competitivo y agresivo, que contemplaba la posibilidad de una derrota como un desafío.

El coche siguió aparcado hasta que ella hubo entrado en el portal. Solo entonces, Merry volvió a respirar llenándose los pulmones de aire y tiritando como si acabara de protegerse de una nevada. Estaba muy alterada y agitada de un modo que no le gustaba. Estuvo a punto de odiar a Angel por eso.

La sensación de su boca en la de ella, su sabor, la explosiva carga de deseo que le había invadido, a toda velocidad, el vientre y otras partes de su cuerpo en las que nunca pensaba… ¿Cómo se había atrevido a hacerle eso? Presentaría una queja por acoso sexual. ¿No sabía él a lo que se arriesgaba? Pero no le importaría; ni siquiera se detendría a pensar que estaba jugando con fuego. Saberlo solo lo estimularía, ya que le encantaba forzar los límites.

Se acurrucó en la cama, abrumada por su primera experiencia real de tentación sexual. Cuando él la había besado, no había sido capaz de pensar ni de respirar. Nunca antes un beso la había afectado de esa manera, y estaba nerviosa por haber descubierto que un beso podía ejercer semejante influencia. Sopesó la idea de denunciarlo por acoso sexual y se imaginó a Angel riéndose sin miedo ante la amenaza, por lo que, al final, decidió que no quería que semejante motivo de vergüenza figurara en su currículum, sobre todo porque la denuncia no sería tenida en cuenta, ya que ella no lo había apartado ni rechazado de forma inmediata.

Al día siguiente estaba muy nerviosa al ir a trabajar, pero Angel no hizo ni dijo nada distinto de lo habitual, y el hecho de que él se comportara como si no le hubiera propuesto ir a su casa para acostarse con ella le irritó sobremanera. Esos momentos de intimidad a ella le habían supuesto un alto precio. Parecía que él la hubiera despojado de su dura fachada y hubiera hecho mella en su concha protectora para que comenzara a experimentar reacciones físicas y emocionales que había mantenido a raya hasta conocerlo.

Durante la semana siguiente, la presencia de Angel hacía que le subiera la fiebre. Cuando la miraba, era como si un chorro de calor concentrado la encendiera por dentro hasta que el sujetador le arañaba los tiernos pezones y un sordo deseo se instalaba entre sus muslos. Era un terrible deseo destructor que no desaparecía.

Él había prendido la mecha y ella no podía hacer nada para evitar que el fuego le destruyera los nervios y el orgullo.

Al final de la semana, Angel le pidió que se quedara cuando todos se marcharon a tomar una copa.

–Lo siguiente en la agenda somos nosotros –murmuró.

Merry lo fulminó con la mirada.

–No hay ningún «nosotros».

–Justamente –dijo él con satisfacción–. Si te pica, te rascas y el picor desaparece; si no le haces caso, se te infecta.

–Creo que debes prestar atención a tu vocabulario de seducción –bromeó ella, de pie frente a él. Sus cristalinos ojos reflejaban diversión, contra su voluntad.

Angel hizo una mueca.

–No me dedico a seducir.

–Ni yo a tener aventuras de una noche.

–Y si te propongo cenar y tener sexo, ¿tendré alguna oportunidad? –preguntó él en tono sardónico al tiempo que enarcaba una ceja.

–Ninguna. Soy virgen y no voy a intercambiar mi virginidad por una noche sórdida con mi jefe.

–¿Que eres virgen? –Angel parecía anonadado–. ¿De verdad?

–De verdad –afirmó Merry con toda tranquilidad mientras pensaba en el modo en que su madre se había quedado embarazada de ella, por lo que estaba resuelta a que todas las decisiones que tomara la llevaran en dirección contraria–. El sexo debería significar algo más que quitarse un picor rascándose.

Angel se levantó de un salto de su escritorio con gracia y agilidad. El caro tejido de su traje le marcó los poderosos músculos de los muslos y los bíceps. A Merry se le hizo la boca agua mientras se fijaba involuntariamente en todos sus movimientos.

–Me ofende lo de «sórdida». No soy sórdido y no me acuesto con vírgenes.

–Buenos es saberlo. ¿Puedo irme a casa ya?

–Te llevo.

–No es necesario –dijo ella con frialdad.

–Soy yo quien decide aquí lo que es necesario –afirmó él mientras abría la puerta y se dirigía al ascensor–. ¿Te das cuenta de que eres un raro espécimen en mi mundo? ¿Te estás reservando para el matrimonio?

Su curiosidad la divertía, muy a su pesar, por lo que se echó a reír.

–Claro que no, solo espero que aparezca alguien que sea de verdad. No me gusta la despreocupación ni lo que carece de significado.

Angel se apoyó en la pared del ascensor.

–Soy despreocupado, pero soy muy real –afirmó él con una voz

ronca que se coló en su interior como una caricia espectral.

–Déjalo ya. Somos como el agua y el aceite. Y no se nos puede mezclar.

–Porque tienes demasiadas reglas, demasiadas barreras. ¿A qué se debe?

–Como si verdaderamente te interesara –se mofó ella.

–Me interesa –contestó él mientras se abrían las puertas del ascensor–. Te deseo.

–Solo porque no puedes tenerme –observó ella en tono seco. Se le había puesto la carne de gallina por la feroz mirada que él el había dirigido–. Eres muy primitivo.

–Te estás poniendo grosera.

–Es tu insistencia lo que me hace serlo.

–Quiero verte con el pelo suelto –dijo él con impaciencia–. Lo tienes muy largo.

–Mi madre me hacía llevarlo corto cuando era una niña, porque era más fácil de cuidar. Ahora me lo dejo largo porque puedo –afirmó ella con sinceridad. Se le encogió el estómago cuando él le sonrió de repente con su hermoso rostro vibrante de diversión.

–Eres una fanática del control. Te lo dice alguien que sabe lo que es eso, *glikia mu*.

–Por eso no nos llevamos bien –apuntó ella.

–No nos llevamos bien porque eres una beata –la contradijo él–. Te crees superior.

–No es verdad –contraatacó ella mientras cruzaban el aparcamiento medio vacío.

–Te crees superior a mí porque no estás a merced de tus hormonas. Pero lo estabas cuando te he besado –musitó él al tiempo que la acorralaba contra la puerta del copiloto de su coche.

El calor de su poderoso cuerpo era perceptible, a pesar de los centímetros que los separaban, y ella aspiró su olor masculino mezclado con el de una colonia exótica. Él colocó las manos en el coche, a cada lado de ella, sin tocarla, y a ella le temblaron las piernas al pensar que podía hacerlo.

–Apenas puedes respirar cuando estoy tan cerca de ti. Lo veo, lo sé… Cada vez que trato de alejarme, me vuelves a atraer.

Él era como un campo de fuerza impenetrable que la rodeara. Merry sabía que podía empujarlo para apartarlo, sabía que él no lucharía, que no haría nada que ella no quisiera que hiciese, lo que hizo que una extraña sensación de poder se apoderase de ella. Él volvía a insistir porque no resistía la atracción que había entre los dos; ella tampoco. Era una debilidad interna que no podía eliminar.

Nadie la había hecho sentir así, lo cual era excitante de por sí, una subida de adrenalina que acompañaba los febriles latidos de su corazón.

Lo deseaba. La conciencia de hacerlo la recorrió de arriba abajo e hizo trizas todo lo que creía que sabía sobre sí misma.

–No eres mi tipo –susurró con la boca seca.

–Tú tampoco –reconoció él–. Pero tendría sexo contigo en un aparcamiento siempre que me lo pidieras.

–Pues no voy a hacerlo –le aseguró ella temblando–. Llévame a casa. Apártate.

–Vuelves a exagerar –la acusó Angel al tiempo que abría el coche–. Deja de hacerlo. Me pone nervioso.

Ella se montó en el coche, aturdida. La vibración entre sus piernas le inquietaba, el ardor sensual que había en el aire le resultaba casi insoportable y cada una de sus terminaciones nerviosas era dolorosamente consciente de ello. No sabía cómo Angel conseguía hacerlo solo con miradas y palabras.

Era aterrador. Le había dejado la mente en blanco, le había hecho sentir cosas que no deseaba y había logrado que se tambaleasen los cimientos de su seguridad en sí misma.

–No me caes bien –reconoció.

–*Thee mu*, no tengo que caerte bien, solo tienes que desearme… y me deseas.

Era verdad, admitió ella consternada. Parecía que su cerebro no podía hacer nada al respecto. Ella desaprobaba por completo todo lo que él era, pero predominaba la química salvaje que había entre ellos.

–Pasemos una noche juntos para saciar el deseo. Después, nos olvidamos y lo enterramos –dijo Angel en voz baja.

–Creí que no te acostabas con vírgenes.

–Es evidente que naciste para ser la excepción.

–¿Estamos negociando? –preguntó Merry con incredulidad.

–Tenemos que solucionarlo. No me dejas concentrarme para trabajar –se quejó Angel–. No resisto verte durante el día y fantasear contigo por la noche. No es bueno para los negocios.

–¿Qué gano yo con ello? –preguntó Merry en un susurro.

–Soy excelente en lo que se refiere al sexo.

–Ah… –ella parpadeó y el estómago se le volvió a encoger mientras se preguntaba si de verdad estaba a punto de hacer lo que él quería, lo que ella misma quería. Y ahí halló la respuesta, cuando menos se esperaba verla o entenderla.

Él la introduciría en el sexo a lo grande, pensó medio mareada.

Y saciaría el deseo insano que había despertado en ella y, entonces, tal vez pudiera recuperar la tranquilidad perdida. La perspectiva la atraía enormemente. Satisfaría su necesidad y el intolerable deseo desaparecería. No era el romance con flores y corazones que ella, vagamente, se había imaginado, pero probablemente no se trataba de una aspiración práctica.

Lo que él le ofrecía era básico y sincero, aunque ocasional y sin compromiso, además de todo aquello en lo que ella se había jurado no participar. No era que se estuviera reservando para casarse, sino para el amor. Pero este no había aparecido.

–Así que lo que me propones es que te utilice –observó ella de forma descarnada mientras él se metía en el aparcamiento subterráneo de su edificio.

–Lo que te propongo es que nos utilicemos mutuamente –afirmó él deteniendo el coche y estirando el brazo para agarrarla.

Su boca se pegó a la de ella con un deseo que la dejó alucinada. Consiguió que no recordara que había salido del coche, se había montado en un ascensor y se había bajado de él. Solo existían esa insana y avariciosa fusión de sus bocas y la frenética actividad de sus manos en un vestíbulo escasamente iluminado. Se le cayó el abrigo o tal vez se lo quitara él. La chaqueta de él desapareció a la misma velocidad. Se quitó los zapatos; él hizo lo mismo con la corbata y abrió una puerta al tiempo que la tomaba en brazos.

–Tenemos que ir más despacio –dijo él con voz ronca y los ojos brillantes como lingotes de oro, en lo que era patente la excitación sexual–. Si no, no podré contenerme.

La dejó sentada en un ancho y cómodo colchón para desnudarse sin inhibiciones. Lo único que ella deseaba era volver a sentir la boca de él en la suya, esa huida mágica de los límites de su cuerpo que la hacía volar. Él se quitó los pantalones y ella se fijó en el evidente bulto de sus boxers mientras se esforzaba en aceptar que podía estar, aunque fuera brevemente, con un hombre que siempre iba despeinado y dejaba la ropa tirada en el suelo. No era su tipo, ni ella el suyo, se repitió como un mantra.

Solo se trataba de sexo, y no lo consideraría de ninguna otra forma.

Él se situó detrás de ella le bajó la cremallera del vestido, se lo quitó y le desabrochó el sujetador. Se detuvo unos segundos antes de soltarle el cabello y la besó en los hombros. Después la giró para tenerla de frente mientras le colocaba la melena de color castaño oscuro alrededor de los hombros.

–Tienes un cabello precioso –murmuró él mirándola a los ojos.

–¿Eres fetichista?

–No, que yo sepa, pero tu sonrisa remilgada me excita –observó él dejándola desconcertada.

–No tengo una sonrisa remilgada.

–Estamos hablando mucho –dijo él antes de volver a besarla en la boca al tiempo que le deslizaba las manos por las costillas para quitarle el sujetador, antes de agarrar los delicados montículos de sus senos.

Mientras le acariciaba los pezones con los pulgares, Merry ahogó un grito, y cuando lo hizo con su hambrienta boca, ella cayó sobre las almohadas y le introdujo los dedos en la maraña de rizos. El deseo, como una flecha, la recorrió hasta su centro, y fue consciente de lo excitada que estaba. Apretó los muslos y hundió las caderas en el colchón tratando de controlarse, pero era como si su cuerpo fuera por delante de ella y no pudiera alcanzarlo por mucho que lo intentara.

Él cambió de postura y le deslizó la lengua por el estómago y el ombligo. Le quitó las braguitas sin que ella se diera cuenta y le lamió la parte interna de los muslos con diabólica habilidad hasta que ella estuvo abierta como si fuera a ser sacrificada. Y entonces, una oleada de placer la invadió dejándola sin aliento y excitándola hasta un nivel casi insoportable.

Se asustó al darse cuenta de lo que estaba dejando que le hiciera, de lo mucho que su cuerpo lo deseaba y de lo poco que podía hacer para controlar sus reacciones. Se retorció, lo atrajo hacia sí y lo besó hasta dejarlo sin respiración, deseándolo, necesitándolo y temblando al borde de algo que no entendía.

Tensó la pelvis para contener las salvajes embestidas de placer hasta que perdió el control y se estremeció frenéticamente al alcanzar el clímax. El sonido de sus propios gritos la sobresaltó mientras Angel le sonreía desde abajo como un sexy pirata. La barba de un día resaltaba la fantástica estructura ósea de su rostro.

–Vas a quedarte toda la noche –dijo él.

–No –murmuró Merry apoyando de nuevo la cabeza en la almohada mientras él trepaba por su cuerpo como el depredador que era–. Una vez hecho, se acabó.

–Mira que eres obstinada –gimió Angel, frustrado, mordisqueándole la garganta hasta llegar de nuevo a sus labios, que probó y provocó, antes de introducirle la lengua en la boca y unirla a la de ella, hasta que volvió a ser incapaz de razonar o discutir. Él se había puesto protección.

La penetró muy lentamente, por lo que Merry se impacientó. No

quería que la tratara como si fuera un objeto de porcelana que pudiera hacerse pedazos. Su cuerpo estaba deseándolo también y el pulso se le había acelerado. Alzo las caderas por debajo de Angel y la invitación fue demasiado para él, que perdió el control y la penetró hasta el fondo. Un breve dolor, una quemazón, hizo que ella se pusiera tensa y ahogara un grito.

–Es culpa tuya –gruñó él, irritado–. Si te hubieras quedado quieta…

–No soy una muñeca hinchable.

–Trataba de no hacerte daño.

–Tampoco me voy a romper –se defendió ella.

Cada célula de su piel se hallaba en estado de alerta mientras sentía que su cuerpo se estiraba para adaptarse al de él. Cuando Angel comenzó a moverse, pequeñas y exquisitas sensaciones la atravesaron, indicándole que lo mejor estaba por venir.

–No pares.

Y él no lo hizo. Se hundió en ella con un estremecido gemido de placer y aumentó el ritmo, lo cual la excitó cada vez más. Ella arqueó el cuerpo, deseosa y hambrienta de nuevo, maravillada de la ilimitada capacidad de su cuerpo para sentir cada vez más. El corazón se le aceleró y un seductor y delicioso latido creció y creció en su interior hasta que ella no pudo retenerlo más. Toda las barreras cayeron cuando su cuerpo estallo en un clímax extático que la dejó lánguida y aturdida.

Angel la liberó de su peso, pero la colocó bajo su brazo para abrazarla. Merry lo esquivó a la velocidad del rayo. Habían tenido sexo, pero no quería quedarse con él. Su dignidad le dictaba que se marchara inmediatamente. Se levantó y se agachó para buscar la ropa.

–Te he pedido que te quedes –le recordó él.

–Me voy a casa –contestó ella mientras él se levantaba y se dirigía a lo que ella supuso que sería el cuarto de baño.

A ella le habría gustado darse una ducha, pero no quería quedarse. Se volvió a vestir y ya estaba en el vestíbulo poniéndose los zapatos y llamando a un taxi cuando Angel apareció en la puerta del dormitorio, todavía desnudo.

–No quiero que te vayas.

–Ya he pedido un taxi –Merry bajó la cabeza y su despeinada melena le rodeó el sofocado rostro–. Habíamos acordado que era mejor así.

–Te he pedido una noche.

–No puedes tener todo lo que deseas. Me lo he pasado bien, pero

todo lo bueno se acaba.

Angel soltó un improperio en griego.

–Me vuelves loco.

–¿Qué te pasa? Según tus previsiones, hemos terminado y hemos eliminado el deseo.

A pesar de su aire despreocupado ante él, Merry volvió a casa aterrorizada. Tuvo que esperar a que la ducha estuviera libre. Estaba consternada por lo que había hecho. Le dolía el cuerpo, pero aún más el cerebro al intentar racionalizar la locura que se había apoderado de ella.

Intentó examinarlo desde el punto de vista de Angel, sin emoción, pero no le sirvió de nada cuando su estado emocional era el mismo que si hubiera matado a alguien.

«Ya está, olvídalo», se repetía una y otra vez. La curiosidad y el deseo habían sido satisfechos, por lo que morirían de muerte natural y todo aquello se convertiría en un recuerdo vergonzoso que nunca le contaría a nadie.

Sin embargo, en los días siguientes, Merry se fue dando cuenta poco a poco de que, a pesar de su mucha experiencia, a Angel Valtinos aquella noche le había desconcertado. Se percató de que había cometido un grave error al ceder a sus exigencias. Lo constató por la forma en que sus ojos se clavaban en los de ella, por el laconismo de sus instrucciones y porque sentía en su interior que él tiraba de ella como si la hubiera amarrado con una cadena invisible. Se excitaba cuando él estaba cerca, le subía la temperatura y el corazón se le desbocaba. Lenta y dolorosamente, se dio cuenta de que estaba colada por él como una quinceañera. La sospecha de que se parecía a su madre más de lo que creía la horrorizó.

¿Eso explicaba por qué se había acostado con Angel Valtinos? No había dejado de preguntarse por qué lo había hecho, por qué había tomado esa impulsiva decisión que atentaba contra todas sus creencias, y la respuesta le parecía odiosa.

En algún momento de su relación, había comenzado a sentirse apegada a él, probablemente cuando había comenzado a admirar su inteligencia y su instinto para los negocios. Ese apego le resultaba penoso, por lo que rápidamente comenzó a buscar otro trabajo, desesperada por abandonar a Angel y la empresa.

Una tarde, dos semanas después de su primer encuentro, Angel se presentó en su apartamento sin avisar. La misma frustración que lo dominaba a él la sentía ella.

–¿Qué haces aquí? –preguntó Merry, a la que había sorprendido

en pijama, recién duchada y sin maquillaje.

Él hizo una mueca y se apoyó en la puerta para cerrarla.

–Me ha traído el coche.

–Pero ¿qué…?– empezó a decir ella, desconcertada por su repentina aparición en un sitio donde no se hubiera imaginado que podría verlo.

Angel la miró con enfado.

–No puedo apartarme de ti –le espetó comprimiendo los labios.

–Pero… pero… acordamos… –tartamudeó ella.

–Fue un error garrafal. ¡El mayor de mi vida!

Merry estuvo a punto de soltar una carcajada, pero se contuvo. El gusto innato de Angel por el drama no solo la divertía, sino que la conmovía en algún punto de su interior donde era vulnerable y emotiva, aunque no quería serlo. Él había ido a verla contra su voluntad. Lo contrariaba desearla, había intentado eliminar ese deseo y había fracasado. Ella entendió de inmediato que esa debilidad era lo que lo ponía furioso.

–Quiero estar contigo esta noche.

–Angel…

Él se sentó a su lado en la cama y le tomó el rostro entre las manos.

–Vuelve a decir mi nombre.

–No. No quiero que me digas lo que tengo que hacer fuera de las horas de trabajo –dijo ella obstinadamente.

–*Thee mu*, deja de desafiarme –gimió él al tiempo que le echaba la cabeza hacia atrás para besarle y mordisquearle la garganta y el hombro. Ella se estremeció–. Este no soy yo. Yo no soy así.

–Entonces, ¿a qué has venido? –susurró ella débilmente.

–No puedo apartarme de ti –llevó la mano de ella al centro de su duro y caliente excitación y gimió sin reprimirse cuando ella lo acarició por encima de la fina tela de los pantalones.

Una oleada caliente de deseo se apoderó de ella. Simplemente con tocarlo se había inflamado. Trató de contenerse, pero Angel la miró a los ojos y la besó con ferocidad. El cerebro de ella se quedó en blanco y solo registró el hecho evidente de que él la necesitaba y no podía alejarse de ella. Saberlo hizo que desechara cualquier otra consideración. Lo besó a su vez con idéntica pasión, incontrolada y desesperada.

–Quería llevarte a cenar –afirmó él sin aliento mientras se esforzaba en quitarle el pijama.

–¿Tienes hambre? –preguntó ella con voz entrecortada mientras casi lo estrangulaba con la corbata en su afán de quitársela.

–Solo de ti –contestó él, pegado a su hinchada boca– al verte todo el día en el despacho y ser incapaz de tocarte e incluso de mirarte.

Y se quedaron desnudos en la cama, desnudos y frenéticos. Su deseo mutuo era tal que ella se retorcía y contorsionaba, por lo que él tuvo que agarrarla para que se estuviera quieta. Sacó un preservativo y rompió el envoltorio con los dientes.

–No queremos tener un accidente –dijo.

–No, nada de accidentes –corroboró ella, sorprendida de sí misma por lo que estaba haciendo, pero incapaz de negarse. La ropa de ambos estaba esparcida por todos lados, pero a ella le daba igual. Angel había ido a ella, por lo que estaba contenta.

Él la penetró con un gemido de satisfacción y ella le enlazó las piernas en la cintura. Se arqueaba y lanzaba gritos entrecortados ante cada embestida. La excitación aumentó de manera exponencial y el inmenso deseo de ambos los llevó rápidamente al clímax. Acabaron sudorosos, con los miembros entrelazados y estremeciéndose de satisfacción.

Angel la besó en la frente y se separó de ella. Lanzó un improperio en griego.

–¡Se me ha roto el preservativo! –le explicó mientras ella alzaba la cabeza y contemplaba su mirada llena de ansiedad.

Angel se levantó rápidamente mientras ella se tapaba con el edredón sobre el que habían estado tumbados. Estaba consternada.

–No me había pasado nunca –le aseguró él mientras se vestía a toda prisa.

Merry sopesó la idea de mencionarle la invitación a cenar, pero la descartó. No tenía nada que decirle que lo pudiera consolar ni animar. No tomaba la píldora ni usaba ningún otro método anticonceptivo, lo que la hizo sentirse muy estúpida. ¿No debía una mujer cuidar de sí misma?

–No tomo la píldora –dijo de mala gana.

Angel sacó la cartera y extrajo una tarjeta.

–Ven mañana a última hora. Ve antes a ver a este médico. Es amigo mío. Te examinará –dijo mientras dejaba la tarjeta en la mesilla de noche.

Y se marchó. A ella se le cayó el alma a los pies. Y al mismo tiempo pensó que necesitaba una ducha.

Ojalá pudiera eliminar con el agua, y con la misma facilidad, los pensamientos del cerebro y los sentimientos del corazón, pensó sintiéndose muy desgraciada. Se sentía enferma, humillada y rechazada.

Se odiaba a sí misma.

Un accidente había hecho que Angel sufriera un bajón, y no había ocultado el horror que sentía. ¿Se lo estaba ella echando en cara cuando a ella el miedo también la tenía acogotada?

Por suerte, esa noche no fue consciente de la pesadilla que la esperaba y de todos los meses de infelicidad posteriores que castigarían su irresponsabilidad. Seguía siendo completamente inocente. Estaba enamorada sin remedio de un hombre para el que solo era objeto de lujuria, una lujuria que había desaparecido en el momento en que el preservativo había fallado. Por eso, ella se había abstenido de tener relaciones sexuales ocasionales y había preferido los sentimientos y la seguridad que los acompañaba.

El primer aviso de lo que se le venía encima lo tuvo a la mañana siguiente. Fue, como Angel le había dicho, a ver al médico privado, que le hizo una serie de pruebas y le ofreció la píldora del día siguiente. Ella no la quiso. Nunca había pensado si estaba de acuerdo con esa opción, pero, cuando el médico se la ofreció, se crispó, y aunque vio la sorpresa de este ante su negativa, no encontró motivos para explicarle su actitud. Si su madre hubiera tenido esa posibilidad, pensó, ella no hubiera nacido.

¿La había mandado Angel a ver a aquel médico deliberadamente, para asegurarse de que le ofreciera esa posibilidad? Pensaba preguntárselo en cuanto tuvieran un momento a solas.

Por desgracia, lo que Merry no sabía era que pasarían muchas semanas antes de que tuviera la oportunidad de estar con él a solas, e incluso entonces solo consiguió verlo siguiéndolo a uno de los lugares que frecuentaba.

Cuando fue a trabajar, después de haber visto al médico, la mandaron directamente a una de las salas de reuniones donde la esperaban un abogado de la empresa y un empleado de Recursos Humanos. Le presentaron un acuerdo por el que, a cambio de una compensación sustancial, dejaría inmediatamente de trabajar en Valtinos Enterprises y se marcharía sin explicarle los motivos a nadie.

La sorpresa y la humillación que le supuso aquella reunión la dejaron marcada durante mucho tiempo. En cuanto se dio cuenta de que Angel quería que se fuera de la empresa y que se alejara de él, por mucho que le costara, se sintió enferma.

¿Suponía él que ella le iba a causar problemas? Su cruel forma de rechazarla y el olvido inmediato por parte de él de lo que habían compartido brevemente la dejaron consternada y le enseñaron una

lección. Lo primero para Angel era él mismo, por lo que la continua presencia de ella en el despacho lo incomodaría. Que ella no se mereciera que la tratara de aquella forma tan dura era algo que él no se había parado a considerar.

Asqueada y avergonzada, Merry aceptó el dinero que le ofrecían porque pensó que no tenía otra alternativa y porque tenía que vivir hasta que encontrara otro empleo. Ese día comenzó a crecer en ella la semilla del odio.

Capítulo 3

FERGUS me ha preguntado adónde puede llevarte mañana –dijo Sybil, lo que hizo que Merry volviera al presente de inmediato, sorprendida por las palabras de su tía–. Creo que ese hombre es un poco timorato. ¿Es que no tiene ideas propias? Pero es evidente que quiere que te lo pases bien.

«Un poco timorato» le pareció a Merry una buena definición, cuando todavía se estaba recuperando del impacto que le había causado la forma totalmente egoísta de enfocar la vida que tenía Angel. Un hombre muy macho y seguro de sí mismo impresionaba mucho y resultaba muy sexy solo hasta que se volvía contra ti y se convertía en un enemigo armado hasta los dientes de tiburones legales.

–Le recomendé que os llevara a Elyssa y a ti al mar. Sé que te encanta la playa. Y a Fergus le gustan los niños.

–Sí –dijo Merry en voz baja al tiempo que agarraba a su hija del regazo de su tía para darle de comer y se preguntaba cómo hubiera sido tener un padre para su hija. ¿La habría ayudado con la niña? ¿Se habría preocupado verdaderamente por ella? Suprimió la idea porque sabía que probablemente derivaba del hecho de haberse criado sin padre. Lo había visitado una vez, pero su traicionada y airada esposa también había estado presente, por lo que la visita había sido un desastre. Su padre había pedido verla únicamente en esa ocasión, nunca más.

A la mañana siguiente, Merry terminó de secarse el pelo y se maquilló un poco mientras Elyssa dormía. Se puso unos ajustados vaqueros, una camiseta color cereza y unos zapatos cómodos. Bajaba las escaleras con Elyssa en brazos cuando sonó el teléfono. Se lo colocó debajo de la barbilla mientras dejaba a su hija en la alfombra.

–¿Sí?

–Estoy en la oficina –dijo su tía–. El padre de Elyssa está aquí y exige verla. Lo retendré hasta que vengas.

Incrédula y sorprendida, Merry volvió a tomar a Elyssa en brazos y se preguntó qué iba a hacer con ella mientras se enfrentaba a Angel, ya que no quería que la viera. Su mente era un caos porque no se imaginaba que Angel hubiera ido a Suffolk solo para ver a una niña de la que se había desentendido.

Era cierto que, desde que le había informado de su nacimiento, le había pedido repetidas veces conocerla, pero Merry no había hallado razón alguna para satisfacer su curiosidad. Además, no quería tener nada más que ver con él.

Al fin y al cabo, en cuanto Angel se había enterado de que estaba embarazada, había llamado a sus abogados para que se encargaran del asunto. Estos habían redactado un acuerdo legal por el que Merry recibiría una cantidad de dinero mensualmente si no revelaba quién era el padre de la niña. Merry ingresaba el dinero en un fondo que había abierto para el futuro de Elyssa, ya que creía que era lo mejor que podía hacer por ella.

Salió de la casa con Elyssa en el cochecito. Al entrar en el centro de acogida vio una limusina negra aparcada y tragó saliva. Angel no hacía ostentación de la fortuna de los Valtinos, pero incluso en la oficina había visto signos de un mundo y un estilo de vida muy diferentes de los suyos. Él llevaba gemelos de diamantes y las camisas lucían monogramas bordados en los bolsillos. Toda la ropa que llevaba estaba hecha a mano y era cara, pero él no le daba importancia porque, desde su nacimiento, no conocía otra cosa.

Metió el cochecito en el granero, que era donde el personal del centro se reunía cuando hacía un descanso.

–¿Me vigiláis a Elyssa diez minutos? –preguntó a las tres jóvenes, que charlaban mientras se tomaban un café.

–¿Podemos sacarla del cochecito y jugar con ella? –preguntó una de ellas.

Una sonrisa dulcificó el rostro preocupado de Merry.

–Desde luego –afirmó mientras salía a toda prisa para dirigirse a la oficina del centro.

¿Qué demonios hacía Angel allí? ¿Y cómo iba a enfrentarse a él cuando la mera idea de verlo le traía malos recuerdos y le inquietaba? Se habían visto por última vez el día en que ella le había dicho que estaba embarazada. Sus ojos dorados como la miel se habían vuelto duros como negros diamantes; su sorpresa y su desagrado habían resultado evidentes.

«¿Quieres tenerlo?», le había preguntado él, y, con cada sílaba de aquella pregunta, se había ganado su odio. «Borra eso, no es políticamente correcto», había añadido. «Te apoyaré decidas lo que

decidas, por supuesto».

¿Cómo, con aquellos recuerdos que la torturaban, podía comportarse normalmente? Pensó en la dulzura inocente de Elyssa y en que su padre no la quería, nunca la había querido, y saberlo le hizo daño, pues se preguntó si su padre había sentido lo mismo por ella.

Y peor aún era su convencimiento de que permitir cualquier tipo de contacto entre padre e hija, al final, haría sufrir a Elyssa. En su opinión, Angel era demasiado egoísta para ser un padre cariñoso y comprometido.

Al doblar la esquina del pequeño edificio de la oficina se topó con una escena desconcertante. En la entrada, Sybil apuntaba a Angel con una escopeta. Él, como era de esperar, estaba apoyado, con aire despreocupado, en la pared de las perreras, frente a la oficina.

–¿Quieres decirle a esta loca que me deje en paz? –preguntó Angel con desprecio cuando oyó sus pasos y sin volverse a mirarla–. No me deja moverme.

–Está bien, Sybil –dijo Merry con voz cortante–. Elyssa está en el granero.

Angel volvió su arrogante cabeza. De repente, su fuerte y flexible cuerpo se tensó.

–¿Qué hace mi hija en un granero? ¿Y quién la está cuidando?

Sybil bajó la escopeta y la abrió para sacar los cartuchos.

–Me llevo a la niña a casa –dijo a Merry sin prestar la más mínima atención a Angel.

–Entra en la oficina y hablaremos –dijo Merry en tono gélido cuando Angel miró su tenso rostro.

–No se me da muy bien hablar –reconoció Angel sin avergonzarse–. Por eso recurro a mis abogados.

Merry abrió la puerta de la pequeña oficina de un golpe antes de volverse a preguntarle:

–¿Qué haces aquí?

–Ya te advertí que venía –contestó él con impaciencia.

Merry pensó en la carta que había guardado sin abrirla y, llena de inquietud, lo miró por primera vez en meses. Su poderosa presencia le contrajo el estómago e hizo que las piernas le temblaran. Seguía siendo tan guapo que apretó los dientes con resentimiento. Era injusto que tuviera tan buen aspecto después de todo lo que había pasado entre ellos, que estuviera allí tan tranquilo y bien vestido con su elegante traje gris de diseño.

Y, sobre todo, era injusto que tuviera la desfachatez de exigirle

un derecho al que había renunciado por voluntad propia, antes de que su hija naciera.

–¡Y yo ya les he dicho a tus abogados que no aceptaría ninguna visita tuya!

–Eso no lo aceptaré aunque tenga que pasarme el resto de la vida peleándome contigo –declaró él. Quería que supiera que no se libraría de sus exigencias hasta que consiguiera lo que deseaba. No aceptaría la derrota, con independencia de lo que le costara. Había perdido el respeto de su padre y estaba dispuesto a recuperarlo y a conocer a su hija.

Examinó a Merry con el ceño fruncido. Le resultaba increíble que lo siguiera desafiando al tiempo que lo maravillaba la fuerza interior que percibía en ella, que nunca había notado en ninguna otra mujer. Se había cortado el cabello, que ahora le llegaba justo por debajo de los hombros. Se sintió decepcionado, lo cual era una estupidez. Pero su largo cabello tenía algo muy femenino que le había gustado. También estaba más delgada, y eso que ya lo estaba antes, Parecía una adolescente con sus largas piernas cubiertas por unos viejos vaqueros y, bajo la camiseta, sus pequeños y redondos senos, cuyos prominentes pezones se adivinaban.

Se excitó y apretó los dientes, furioso por su debilidad, pero... *Thee mu*, sin la ropa de aspecto formal que llevaba en el despacho, estaba muy sexy.

–¿Por qué no sigues con tu vida y te olvidas de nuestra existencia? –preguntó Merry, muy enfadada–. Hace un año, era lo que querías y te lo concedí. Firmé todo lo que tu equipo legal me puso delante. No querías ser padre ni saber nada de tu hija, y no querías que la relacionaran con tu precioso apellido. ¿Qué ha cambiado de repente?

Angel adelantó la mandíbula de manera agresiva.

–Puede que sea yo el que haya cambiado –reconoció.

Sus palabras la desconcertaron y lo miró con expresión recelosa.

–Lo dudo. Eres lo que eres.

–Todos somos capaces de cambiar y, a veces, el cambio se produce lo quieras o no. Cuando, hace un año, me dijiste que estabas embarazada, no reflexioné sobre lo que estaba haciendo. El instinto me llevó a proteger mi modo de vida. Escuché a mis abogados, seguí su consejo y ahora tenemos... Ahora estamos metidos en un lío tremendo.

Mary se obligó a respirar hondo y a mantener la calma. Angel parecía sincero, pero no se fiaba de él.

–Es lo que elegiste, así que tendrás que aguantarte.

Angel echó hacia atrás sus anchos hombros y levantó la cabeza, dominando sin esfuerzo la pequeña y abarrotada oficina. Aunque Merry era alta, él lo era mucho más. Solía ser el más alto en cualquier reunión.

–No voy a aguantarme –declaró él de modo tajante–. Seguiré luchando para poder ver a mi hija.

La consternación y la furia se apoderaron de Merry.

–¡Te odio, Angel! ¡Si me sigues amenazando, si me sigues bombardeando con más cartas, te odiaré aún más! ¿Cuándo vas a dejar de importunarme? –le gritó con amargura.

–Cuando tenga una relación normal con mi hija –respondió él con obstinada determinación–. Mi deber es establecer dicha relación, y no tengo la intención de eludirlo.

–¿Del mismo modo que no has eludido todo lo que conlleva la paternidad? –preguntó ella con desprecio–. ¿La responsabilidad?, ¿el compromiso?, ¿el cariño? Para ti solo he sido un problema del que uno se deshace con dinero.

–No voy a disculparme por ello. Me educaron para solucionar así los problemas. Me enseñaron a tener fe en los abogados y a protegerme a mí mismo antes que nada.

–¡Eres tan fuerte que estarías protegido en una jaula llena de leones! –le espetó ella llena de ira–. ¡No necesitaste a los abogados cuando yo no te exigía nada!

Un torrente de dolor y emoción amenazaba con

engullirla, pero ella se defendió valientemente e intentó con todas sus fuerzas no lanzarle reproches sin sentido. Para tratar de poner una barrera física entre ambos, se sentó en la silla del escritorio.

–¿Has pensado alguna vez… en los sentimientos? –preguntó de forma involuntaria.

Angel frunció el ceño mientras se preguntaba qué era lo que ella quería realmente de él y cuánto estaba él dispuesto a concederle a cambio de poder ver a su hija. No era un cálculo que quisiera efectuar en aquel momento, cuando ella estaba sentada frente a él, con los hombros rígidos, el rostro tenso y blanca como la cera.

–¿Los sentimientos? –preguntó sin comprender.

–Mis sentimientos –especificó ella–. Cómo me sentiría, después de haberme acostado una noche con un hombre, cuando fuera al día siguiente a trabajar y me diera cuenta de que ni siquiera soportaba que estuviera en el mismo edificio.

Angel se quedó helado y el color desapareció de su piel morena, al tiempo que sus ojos oscuros quedaban velados por sus negras

pestañas.

–No, no puedo decir que lo hiciera. No lo vi así. Creí que separarnos era lo mejor para los dos porque nuestra relación había traspasado mucho límites y se nos había ido de las manos. También me aseguré de que tu futuro laboral no se viera perjudicado en modo alguno.

Merry cerró los ojos con fuerza negándose a seguirlo mirando. Le había dicho que no se acostaba con vírgenes y parecía que tampoco tenía sentimientos. Era incapaz de ponerse en su lugar e imaginar cómo se había sentido.

–Ese día me sentí totalmente avergonzada, completamente humillada y herida –afirmó ella en tono desafiante–. El dinero no suavizó el golpe. Lo acepté únicamente porque no sabía cuánto tardaría en encontrar otro empleo.

Angel vio el dolor en sus ojos y percibió la emoción de su voz. Su sinceridad lo ponía nervioso, lo despojaba de su capa de piel protectora y no le gustaba cómo hacía que se sintiera.

–No quería hacerte daño, no era mi intención –contraatacó en tono seco–. Me di cuenta de que nuestra situación era insostenible y que yo era más culpable que tú, porque había sido quien la había provocado.

Ese reconocimiento de culpabilidad la habría ablandado en otro tiempo. Él había hecho que la situación fuera insostenible y se había deshecho de ella cuando había tenido bastante. Que reconociera su culpabilidad no iba a mitigar el dolor que sentía.

–Podrías haber hablado conmigo en persona –apuntó negándose a abandonar el tema.

–Nunca he hablado de esa clase de cosas. No sabía por dónde empezar –confesó él.

–Entonces, ¿cómo podrías establecer un vínculo con tu hija? –lo presionó Merry–. En cuanto te moleste o te ofenda, ¿le darás la espalda como me la diste a mí?

Angel la miró con enojo.

–¡No he dejado de pensar un solo minuto en ti y en la niña desde que me dijiste que estabas embarazada! Y os he suministrado apoyo económico.

–Sí, nos diste dinero para mantenernos a distancia. Y ahora aquí estás, saltándote tus propias normas –susurró ella temblando.

–¿Qué sentido tiene que nos sigamos peleando? –preguntó Angel con impaciencia–. Ya no se trata de ti ni de mí, sino de una tercera persona que tiene derechos, aunque solo sea un bebé. ¿Me permites que conozca a mi hija esta tarde?

–Aparte de todo lo demás, como que te dé igual que te odie y que no me fíe de ti, hoy es imposible. Tengo una cita esta tarde. Voy a salir con alguien.

Angel tensó sus largos y poderosos músculos. No se explicaba por qué le había sorprendido que ella tuviera una cita. Tal vez suponía que, al estar tan ocupada como madre, no le interesaría tener vida social. Pero la idea de que se lo pasara bien con otro hombre le enfureció, y al imaginársela acostándose con otro, cuando él había sido el primero, el único, le entraron ganas de romper algo.

Cerró los puños.

–¿Una cita?

Merry se levantó y sacó pecho.

–Sí, y nos va a llevar a la playa. ¿Eso también te supone un problema?

Darse cuenta de que otro hombre, un desconocido, iba a estar con su hija, cuando él no podía hacerlo, hirió profundamente su orgullo. Respiró hondo mientras luchaba con todas sus fuerzas para controlar su furia y su amargura.

–Sí. ¿No puedes dejarla con tu tía y concederme diez minutos con mi hija?

–Me temo que hoy ya no hay tiempo.

Merry tragó saliva para deshacer el nudo que tenía en la garganta. Que él le hubiera recordado que Elyssa tenía derechos había sido una advertencia de que, años después, tendría que explicar a su hija y defender ante ella toda decisión que tomara en aquel momento. ¿Y no cuestionaría Elyssa su actitud mezquina hacia él? ¿No se preguntaría si su madre había dado la suficiente importancia a las necesidades de su hija? Se le contrajo el estómago y su convicción de tener toda la razón y de estar haciendo lo correcto sufrió un golpe.

Nunca nadie tenía toda la razón, se recordó de mala gana. Toda historia, todo conflicto, tenía dos caras.

Se estaba dejando influir por sus sentimientos para no mirar hacia el futuro, cuando Elyssa le exigiría respuestas a sus preguntas sobre su padre. Y ¿verdaderamente quería encontrarse en la situación de haberse negado a que su propio padre la viera? Pensó que ese paso agravaría aún más las hostilidades. Angel la había hecho sufrir, pero eso no probaba de forma incontestable que fuera a hacer sufrir a su hija.

–Elige otro día de esta semana –dijo y observó la sorpresa, como una llama dorada, en los ojos masculinos–. Pero habla conmigo

directamente, no a través de tus abogados. Podrás verla durante una hora. No pongamos el listón muy alto. No dejaré que salgas con ella si no os acompaño y no quiero que te presentes con una niñera.

Los espectaculares ojos oscuros de Angel brillaban. Él le dio la espalda durante unos segundos antes de volverse y asentir a sus condiciones. Pero, al hacerlo, ella reconoció la anticipación en sus ojos y comprendió que él iba en serio y que verdaderamente quería conocer a su hija.

–Mañana por la mañana –dijo Angel con decisión–. Y, a partir de ahí, lo iremos viendo.

¿Qué era lo que iban a ir viendo?, estuvo a punto de preguntarle, pero se calló porque estaba agotada por el estrés que le causaba enfrentarse a él. Temblaba en su interior por estar frente a él ocultando su temor y su ansiedad, ya que sabía que Angel se abalanzaría sobre cualquier signo de debilidad como un tiburón lo haría ante un rastro de sangre.

–Sobre las diez –sugirió con precaución–. Tengo que ver a alguien a las once y media.

Angel apretó los dientes para no preguntarle si iba a volver a ver a su novio. No tenía intención de ser lo bastante estúpido para hacerle preguntas a las que no tenía derecho y exigirle respuestas. Llevaba semanas vigilándola y pronto identificaría al novio por los informes que aún no había leído. Hizo una mueca porque sabía que ella se indignaría si se enteraba de que había contratado a un detective privado para que siguiera sus pasos.

Sin embargo, a la hora de proteger a un miembro de la familia Valtinos, Angel no se reprimía. Contratar personal de seguridad era parte de su vida, como lo era de la de su madre. La seguridad era lo primero, y su hija corría el riesgo de que la secuestraran si alguien averiguaba quién era su padre. Su deber era protegerla, por lo que no pensaba disculparse.

Merry abrió la puerta de la oficina para que saliera y lo siguió hasta donde estaba aparcada la limusina.

–Vivo en la casita que hay en la puerta principal –le informó ella.

–Creí que vivías con tu tía.

–Después de dar a luz, pensé que había llegado el momento de tener un espacio propio. Sybil prácticamente me crio. No quería que creyera que debía hacer lo mismo con mi hija –confesó Merry.

A la luz del sol veraniego examinó el rostro delgado y fuerte de Angel maravillándose ante la simetría de los pómulos, que realzaba sus rasgos masculinos. Era, literalmente, una obra de arte. No era de

extrañar que ella hubiera reaccionado de forma exagerada ante su interés y se hubiera negado a reconocer lo superficial del mismo. Trató de tranquilizarse ante la perspectiva de tener que volver a verlo.

Lo superaría. Tendría que hacerlo. Hasta aquel momento, se había enfrentado a todo lo que Angel Valtinos había puesta en su camino, se recordó con orgullo. Mientras recordase quién y qué era él, todo iría bien… ¿o no?

Capítulo 4

DEJAR que el padre de Elyssa la visite es lo correcto –opinó Fergus mientras examinaba el rostro preocupado de Merry, antes de dirigir la vista al mar–. Te ha tratado mal, pero eso no implica que vaya a ser un mal padre. Solo el tiempo lo dirá.

Merry se puso colorada. Cuando Fergus había ido a buscarla, había examinado a los últimos perros que habían llegado al centro y se había enterado de la visita de Angel, por lo que, como era de esperar, había hecho preguntas.

Merry miró a Fergus, atraída por su calma y por su forma de aceptar la situación en que se encontraba ella, y se preguntó si le sería posible volver a sentir algo por un hombre o confiar en él. Fergus era alto, tenía el pelo castaño, que llevaba muy corto, y unos alegres ojos azules. Nunca le había oído alzar la voz y había sido testigo de su compasión cuando examinaba a animales maltratados.

–¿Has superado tu relación con él? –preguntó Fergus sin andarse con rodeos.

Mary se echó a reír.

–Eso espero.

Entonces, Fergus la besó abrazándola con fuerza. Ella se quedó inmóvil durante unos segundos a causa de la sorpresa. De repente, deseó sentir más de lo que sentía por él, ya que era un buen hombre, sincero y tan distinto de Angel como la noche y el día. Este era retorcido, tenía rincones oscuros y era impredecible, y ella nunca se había hecho esperanzas de tener un futuro con él.

Además, no era su tipo. No estaba preparado para conformarse con expectativas convencionales. Lo sentimientos le eran ajenos y le suponían una amenaza. Cuando Fergus se apartó de su boca, aunque sin dejar de abrazarla, Merry se quedó horrorizada al darse cuenta de que se había pasado todo el beso pensando en Angel. El rostro le ardía de vergüenza y turbación.

Angel se sentó en la limusina y observó la foto que le habían mandado al móvil mientras se preguntaba con enfado si era masoquista o si le empezaba a gustar espiar los movimientos ajenos. Pero no, tenía que enfrentarse a la situación tal como era, no como hubiera preferido que fuese. Y lo que era aún peor: Merry había subido la apuesta, por lo que él debería hacer lo mismo.

Angel quería ir a aquella playa y darle una paliza a su competidor. Porque Fergus Wicklam era eso: la competencia, una competencia muy seria.

Y, como era de esperar, Angel no creía estar celoso. Al fin y al cabo, nunca había tenido celos, con una sola excepción: una vez había deseado que su madre se interesara tanto por él como lo hacía por sus novios. Por aquel entonces tenía siete años, recordó mostrándose indulgente consigo mismo, y, en su ingenuidad, esperaba que, tras haber pasado todo el trimestre en el internado, su madre lo convertiría en el centro de su atención y su cariño cuando volviera a casa.

Ahora ya no era ingenuo, pensó con tristeza. Desde sus primeros años había contemplado cuán pasajero era el amor para los miembros de la familia Valtinos. Compraban el amor, pagaban bien para conservarlo y se aburrían de él, en ese orden. Su madre pasaba de un jovencito a otro del mismo modo que un cortacésped pasaba por la hierba.

Con veinte años, por culpa de su madre, Angel había tenido que enfrentarse a intentos de soborno, fotos comprometedoras y sórdidos escándalos. Era una mujer con un enorme encanto, pero tan inmadura e irresponsable como una adolescente. Pero, a pesar de todo, era su madre y, en el fondo, la quería.

Angel no sentía celos de sus amantes ni tampoco tenía instinto de posesión, ya que no se apegaba a ellas ni se creaba expectativas. Las expectativas siempre se veían frustradas. Sin embargo, Merry se hallaba en una categoría distinta al ser la madre de su hija, y Angel no quería que hubiera otro hombre en su vida. Era de sentido común. La existencia de otro hombre la obligaría a dividir su lealtad, a no prestar tanta atención a su hija y a establecer odiosas comparaciones.

«Has pensado en tener que hacer de padre y has salido corriendo», había resumido su hermano Vitale la semana anterior. «No es un comienzo muy prometedor».

No lo era, reconoció Angel airado mientras seguía examinando la foto en que su hija aparecía como una mancha indistinguible en el cochecito. Lo había fastidiado todo, pero era un magnífico

estratega y no había quien lo detuviera cuando se proponía algo. Su hija era el único argumento que necesitaba.

¿Se estaría acostando Merry con aquel tipo? Angel se consumía pensándolo y, por primera vez, comenzó a leer los informes que hasta ese momento había desatendido por respeto a la intimidad de Merry. ¡Qué intimidad ni que niño muerto!, pensó con enfado. Debía luchar para proteger lo que era suyo.

–Entonces, ¿cómo te vas a comportar con el padre de Elyssa mañana? –preguntó Sybil esa noche, después de haber intentado, sin ningún resultado, sonsacar algo a su sobrina sobre la cita con Fergus.

Merry se encogió de hombros.

–Con calma y frialdad.

–Es muy testarudo, muy obstinado –afirmó su tía en tono de desaprobación–. Le apunté con la escopeta porque no quería que se presentara en tu puerta sin anunciarse, pero no admitió que me negara a llamarte.

–La palabra «no» no le resulta familiar –musitó Merry–. Ojalá la hubiera utilizado yo el año pasado.

–¿De verdad preferirías no haber tenido a Elyssa?

Merry se sonrojó y negó con la cabeza.

–Lo pensé cuando estaba embarazada, pero, cuando nació, todo cambió.

–Puede que cambiara también para él. Puede que no te haya mentido al respecto y que valore los vínculos familiares.

Merry frunció el ceño.

–¿Cómo lo sabes?

Sybil se puso colorada y desvió la mirada.

–Me has dicho que ve a su padre dos veces al mes y que nunca anula la visita. Y, por supuesto, conozco las hazañas de Angelina, su madre, por la prensa. Es todo un caso: rica, estúpida y caprichosa. Si sigue sintiéndose próximo a ella, debe de tener una elevada tolerancia a las situaciones embarazosas. Su madre es más o menos de mi edad, y los hombres que pasan por su cama cada vez son más jóvenes.

Merry la miró con los ojos como platos.

–No tenía ni idea.

–Las relaciones sexuales superficiales fueron lo único que Angel conoció en su infancia y adolescencia, el único ejemplo que tuvo. No es de extrañar que sea como es. No disculpo la forma en que te

ha tratado, pero parece que no sabe hacerlo mejor –concluyó Sybil mientras se daba cuenta de la sorpresa de Merry–. Pero tú podrías enseñarle a obrar de otro modo.

–No creo que se pueda domesticar a un animal salvaje.

Sybil puso los ojos en blanco.

–Elyssa tiene carisma suficiente para detener a un rinoceronte que embiste.

Merry no paraba de dar vueltas en la cama mientras se recriminaba por estar tan nerviosa. Angel había proyectado una alargada sombra sobre la tarde con Fergus y a ella la había impedido estar tranquila y pasárselo bien. Había establecido comparaciones odiosas e imperdonables. En un plano secreto e inexcusable, seguía anhelando la excitación que le había provocado Angel, que la agitaba y avergonzaba. Al fin y al cabo, una vez desaparecida, se había quedado embarazada y sola. Los recuerdos la hicieron retroceder quince meses en el tiempo.

Descubrir que estaba encinta la había dejado en estado de shock, ya que no había pensado que un accidente fuera a resultar en un embarazo y esperaba que todo hubiera quedado en un susto. Acababa de comenzar a trabajar en un nuevo empleo, por lo que la noticia de su embarazo era la peor que podía haber recibido.

Tuvo muchas náuseas matinales y llegó a temer que pudiera tener un aborto natural. Esperó a estar de más de tres meses para intentar ponerse en contacto con Angel y decirle que estaba esperando un hijo suyo. No tenía su número de móvil y no conseguía hablar con él cuando lo llamaba al despacho, por lo que sospechaba que estaba en una lista negra. La idea de mandarle una carta o un correo electrónico, que probablemente abriría uno de sus antiguos compañeros de trabajo, la avergonzaba. Al final, se sirvió de su conocimiento de la agenda de Angel para ir al hotel donde comía con su padre dos veces al mes.

Fruto de esa insensata y desesperada decisión, había tenido lugar el encuentro más humillante y doloroso de su vida. Angel, al entrar en el bar, lo hizo acompañado de una rubia alta y hermosa, cuyos senos se transparentaban a través del vestido de gasa. Parecía una de esas mujeres que nunca llevaban ropa interior, y todos los hombres la habían mirado con deseo mientras iba del brazo de Angel, se reía y lo acariciaba con confianza.

Solo con mirarla, Merry se había sentido enferma, fea, vulgar y aburrida, ya que el embarazo no le estaba sentando bien. El cuerpo

se le había hinchado, tenia ojeras porque no podía dormir y el olor de muchos platos le provocaba náuseas. Permaneció oculta tras un libro en una esquina de la barra, mientras Angel, su acompañante y, al final, su padre se sentaban a comer en la terraza.

Si Angel no hubiera reaparecido en la barra, probablemente hubiera vuelto a su trabajo sin intentar hablar con él. Pero al verlo se levantó y fue hacia él.

–Tengo que hablarte en privado. Es muy importante. Solo serán cinco minutos.

Él la miró con ojos fríos y cautelosos.

–Te escucho.

–¿Podemos ir al vestíbulo? –preguntó ella, consciente de la cantidad de gente que los rodeaba.

Él había accedido sin ocultar su renuencia.

–¿De qué se trata? –preguntó en cuanto llegaron al vestíbulo.

Entonces, ella se lo dijo. Los hermosos ojos de él habían centelleado como oscuros diamantes. Su consternación y su fastidio eran evidentes.

–¿Quieres tenerlo? –le preguntó. Y ella lo odió por cada sílaba de aquella pregunta–. Borra eso. No es políticamente correcto. Te ayudaré decidas lo que decidas, por supuesto –se sacó una tarjeta y se la entregó–. Informaré a mis abogados. Por favor, dales los detalles para poder ponerse en contacto contigo y ayudarte económicamente.

Esa fue la reacción instintiva de Angel ante su inesperada paternidad: breve y brutal, carente de emoción y objetiva. «Vete y te daré dinero para tenerte callada y a distancia».

Al recordar el encuentro, Merry se estremeció y los ojos se le llenaron de lágrimas. Ese fue el momento definitivo en que se dio cuenta de que había entregado su cuerpo a un hombre cruel y sin corazón.

¿Cómo iba a consentir que un hombre así se acercara a su preciosa hija? La pregunta le impidió dormir hasta el amanecer. De repente, mantener la paz y conceder a Angel otra oportunidad le parecían una estupidez.

Después de haber investigado sobre bebés antes de la visita, Angel creía estar preparado para cualquier eventualidad. Un primo segundo tenía gemelos de seis meses y un niño de dos años. Vivían en Londres. Era difícil saber a quién le había resultado más desconcertante su interés: a su primo o al propio Angel, al

encontrarse rodeado de bebés que se retorcían, lloraban, se hacían caca y vomitaban mientras lo golpeaban y tiraban de él. Había muchos bebés en su extenso círculo familiar, pero él siempre los había evitado.

Para la ocasión, se puso los vaqueros más viejos que tenía y, tras haber consultado a su primo, compró un único y sencillo regalo. A Merry no le impresionaría un despliegue de juguetes, ya que estaba metiendo cada penique del dinero que él le daba en un fondo para su hija, pensó con incredulidad. Su actitud de no gastar dinero por miedo le parecía deprimente. Le gustaba atesorar por naturaleza. Ojalá su madre padeciera la misma inseguridad, pensó irónicamente.

Desde el piso de arriba, Merry observó el elegante y caro coche que se detenía frente a la casa. Se había puesto elegante esa mañana. Al fin y al cabo, un posible cliente la visitaría a las once y media, por lo que debía tener un aspecto profesional. Se había lavado la cabeza y maquillado y llevaba un vestido veraniego que se ajustaba a sus curvas. Lo que llevaba puesto no tenía nada que ver con la visita de Angel, se dijo, salvo por el hecho de que estar elegante le aumentaba la seguridad en sí misma.

Angel se bajó del coche. Llevaba unos vaqueros negros y un suéter verde que era, sin lugar a dudas, de cachemira. Los veranos ingleses le parecían fríos.

Merry bajó con Elyssa. Su hija llevaba uno de los modernos conjuntos para bebé que le solía comprar Sybil: un jersey y unos leggings azules y floreados que hacían juego con sus ojos. Angel llamó dos veces a la puerta y ella dejó a Elyssa rápidamente en la alfombra y se apresuró a abrir al tiempo que se reprochaba la sensación de anticipación que se había apoderado de ella.

Angel entró y la miró a los ojos. Merry se puso tensa y comenzó a sentirse inquieta por la decisión que había tomado.

Él estaba guapísimo. Siempre lo estaba, se recordó burlándose de sí misma mientras se esforzaba en evitar todo tipo de reacción. Pero era imposible. Le faltaba el aire y sintió un cosquilleo en los senos y un calor sensual que le hizo apretar los muslos.

Angel le recorrió con la mirada el oscuro cabello hasta el modesto escote del vestido y la redondez de lo senos, antes de bajar a la cintura y las caderas, No le miro las piernas porque las tenía fantásticas y el deseo que le estaba creciendo en la entrepierna no necesitaba estímulos añadidos. No sabía qué había hecho para estar más delgada y al mismo tiempo con más curvas, pero le desagradaba sentirse atraído sexualmente por ella contra su

voluntad.

–Elyssa está aquí.

–Ese nombre es griego.

–Sí, tiene derecho a tener un nombre griego –afirmó ella a la defensiva.

–No era una crítica.

Angel notó que ella tenía los nudillos blancos en la mano con la que agarraba la puerta y se dijo que iba a estar pisando cáscaras de huevo cada vez que hablara.

Merry abrió la puerta del todo y, por fin, él vio a su hija. Durante unos segundos eternos, se quedó en el umbral mirándola.

–Tiene mi cabello –casi susurró mientras avanzaba hacia ella y se agachaba a una prudente distancia–. Pero los rizos le sientan bien.

Merry lo observó atentamente y se dio cuenta de que tenía el buen juicio de no pretender acercarse muy deprisa a un bebé que no lo conocía. Angel era lo bastante inteligente para no hacer un movimiento claramente equivocado, reflexionó ella con amargura. Cruzó la habitación para dirigirse a la cocina.

–¿Quieres un café?

–Si no es mucha molestia.

–No seas tan bien educado conmigo –dijo ella con sequedad.

–¿Qué quieres? –Angel le lanzó una sardónica mirad de reproche–. Ya sé que no deseas que esté aquí.

Merry palideció ante sus palabras.

–Intento no sentirme así.

Encendió el hervidor y vio que él se sacaba un juguete del bolsillo, un mordedor de vivos colores, que dejó en la alfombra, a sus pies. Fue un movimiento estratégico, y Elyssa pronto colmó sus expectativas al tenderle el juguete que tenía en la mano, con la esperanza de que le diera el otro, nuevo y más interesante. Angel lo aceptó y le entregó el regalo. Elyssa se rio satisfecha y le dedicó una enorme sonrisa, antes de meterse el nuevo juguete en la boca y morderlo alegremente.

–Tiene tus ojos –observó Angel–. Es guapísima.

A pesar de su deseo de no conmoverse, Merry se sonrojó, orgullosa.

–A mí también me lo parece.

–Y también, indudablemente, es mía –afirmó él con abierta aprobación.

–Eso ya lo sabías –le recordó ella–. Le hicieron la prueba del ADN después de nacer.

Angel hizo una mueca.

–Nunca dudé que el bebé fuera mío, pero de cara a los derechos de herencia, y por el hecho de no estar casados, era mejor tener la confirmación legal –vaciló antes de volver la cabeza hacia ella–. Dejé que los abogados se hicieran cargo de todo y fue un error. Ahora me doy cuenta.

Merry levantó bruscamente la barbilla para indicarle que estaba en lo cierto porque no se atrevía a hablar.

–No supe manejarlo de otro modo –reconoció él–. Tomé la salida más fácil y, por desgracia, fue una equivocación.

Desconcertada porque lo hubiera reconocido, Merry respiró hondo y fue a preparar el café. Un estallido de risas de su hija la hizo volverse y la vio saltando en la alfombra sostenida por Angel y disfrutando del ejercicio y la atención.

Cuando Elyssa se cansó de saltar, Angel volcó la caja de los juguetes. Tiger salió de debajo de la silla en la que se había escondido a la llegada de Angel y se acercó con paso vacilante a investigar.

–*¡Diavolos!* –exclamó Angel–. ¿De dónde ha salido este perro?

Asustado por su voz profunda, Tiger corrió a esconderse de nuevo bajo la silla.

–Vive aquí. Se llama Tiger.

–Pues es un poco nervioso para llamarse así y no tiene el cuerpo de un depredador.

–Vale, está gordo. Puedes decirlo. Es adicto a la comida y, de pequeño, no le enseñaron a relacionarse con los seres humanos. Viene de un criadero de perros que se cerró –explicó Merry mientras le tendía una taza de café solo. Él se puso de pie y volvió a dominar la habitación con su altura y su anchura de hombros.

–No sabía que te gustaban los perros.

–Prácticamente, me crie ayudando en el centro de acogida –Merry se oyó a sí misma hablando atropelladamente porque el corazón se le había desbocado al acercársele Angel. Incluso le costaba respirar bajo la mirada de sus brillantes ojos castaños–. Yo…

–Di las cosas como son –le pidió él.

Merry frunció el ceño.

–¿De qué hablas?

–Me sigues deseando tanto como yo a ti –susurró con voz ronca, antes de dar un sorbo de café como si estuvieran teniendo una conversación intrascendente.

–No quiero hablar de eso contigo –contestó ella con sequedad al

tiempo que se le coloreaban las mejillas y se preguntaba si se le notaba con tanta facilidad que seguía siendo vulnerable en su presencia. No iba a hacer nada al respecto ni a dejar que él lo hiciera, pensó con orgullo. La atracción solo consistía en una mala jugada hormonal y, en su caso, un camino equivocado y muy peligroso.

–¿Lo evitas?, ¿lo niegas? –preguntó él con desdén esbozando una sonrisa con sus hermosa boca y dirigiéndole una ardiente mirada, realzada por sus largas y negras pestañas. Ella se puso colorada–. ¿Qué sentido tiene que lo hagas?

–Si sigues por ahí, voy a tener que pedirte que te vayas –le advirtió ella con voz débil.

Angel se echó a reír.

–No voy a abalanzarme sobre ti delante de nuestra hija. Puedes estar segura de que, mientras ella esté presente, estarás a salvo.

De forma inexplicable, ese intercambio de frases la hizo sentirse ridícula, como si le hubieran tirado una tarta al rostro, que le ardía. Incluso entonces, cuando ya habían transcurrido muchos meses, no podía tomarse a risa lo que había sucedido entre ellos. Si volvía la vista atrás, era como si un sol cegador recubriera e hiciera borrosa la explosiva pasión que no se explicaba y que no deseaba volver a experimentar.

Para su desgracia, su cuerpo no era de la misma opinión. Le bastaba mirar el hermoso rostro de Angel y sus largos y musculosos miembros para tensarse como la cuerda de un arco y verse atrapada entre el placer prohibido y la belleza de él y su odio hacia sí misma por su vulnerabilidad a ella.

–Me he traído la comida –dijo él.

Ella, sorprendida, lo miró con los ojos como platos.

–Pero tengo que ver a un cliente.

–Volveré dentro de una hora. Tenemos que hablar de Elyssa y de lo que vamos a hacer a partir de ahora –señaló Angel como si fuera lo más natural y razonable del mundo, cuando, en realidad, nunca habían hablado de nada.

–Sí… sí, claro –murmuró ella, inquieta. Se daba cuenta de que era lógico que hablaran y mejor hacerlo de una vez y en un día–. Estaré libre dentro de una hora, pero…

–Que sea hora y media –la interrumpió Angel con decisión dirigiéndose hacia la puerta.

Merry le rozó el brazo con un dedo para llamar su atención.

–Creo que Elyssa te ha manchado el jersey –dijo con torpeza.

El sonrió de oreja a oreja, divertido, mostrando sus blancos y

perfectos dientes.

–No importa. He traído ropa para cambiarme.

–¡Por Dios, qué organización! –exclamó ella mientras él se acercaba al coche, sacaba algo del interior y se quitaba el jersey dejando a la vista los músculos de su torso dorado y poderoso.

A ella se le secó la boca al contemplarlo. Él se puso otro jersey, negro esa vez, antes de sentarse al volante y cerrar la puerta.

Merry no hizo caso del mareo que comenzaba a sentir y se concentró en lo verdaderamente importante. Angel era imprevisible, se recordó así misma con preocupación, astuto hasta decir basta y peligrosamente voluble.

¿Qué quería en realidad de ella? ¿Por qué se tomaba tantas molestias? ¿De repente decía que había llevado la comida? Se quedó asombrada ante el esfuerzo de planificación que eso suponía. ¿Tanto deseaba ver a su hija? ¿Tan interesado estaba en mantener una relación a largo plazo con ella? ¿Y cuál iba a ser el papel de ella, que, verdaderamente, no deseaba que él formara parte de ningún aspecto de su vida?

«Tendrías que haberlo pensado antes de dejar que viniera a veros», se dijo exasperada. Era posible que Angel solo intentara suavizar la hostilidad entre ambos, y también que ella estuviera exagerando por la amargura y la sensación de haber sido maltratada que le había dejado su anterior encuentro. Tenía que reconocer que, como mínimo, nunca conseguiría adivinar el siguiente paso de Angel y que siempre la pillaría desprevenida.

A fin de cuentas, así era como hacía negocios y prosperaba en un mundo feroz.

Capítulo 5

MERRY estrechó la mano de su nuevo cliente, que había tenido problemas con Hacienda, y le prometió que lo pondría al corriente de la situación esa misma semana. Pensó que pronto tendría que hacer un curso para refrescar sus conocimientos de los cambios legislativos vigentes, deseosa de pensar en cualquier cosa que la distrajera de la contemplación de Angel, que bajaba del coche con la agilidad de un bailarín, mientras su cliente se marchaba.

Sybil se había pasado por la casita para hacerse cargo de Elyssa después de que Angel se hubiera ido. Cuando Merry le contó lo de la comida, ella se rio y le dijo en tono seco: «Ha lanzado contra ti una ofensiva basada en sus encantos. Si vas a tener una conversación seria con él, será mejor no tengas que dar de comer a Elyssa y acostarla para que duerma la siesta. Llámame cuando quieras que te la devuelva».

Y Merry había vuelto a pensar en lo afortunada que era por tener a Sybil en su vida, que estaba a su lado cuando las cosas se ponían difíciles, aconsejándola y apoyándola; en resumen, era la única figura maternal que había conocido.

Sybil le había curado las heridas que le había causado su hermana pequeña por la falta de interés e impaciencia con su hija y, aunque Merry sabía que su tía se había sentido decepcionada al saber que estaba embarazada sin tener una relación estable, esta se había tragado la decepción y se había dedicado a ayudar de la mejor manera posible a su sobrina embarazada.

–La comida –dijo Angel, que llevaba un cesto grande y lujoso en la mano.

–Hay una terraza en la parte de atrás. Como hace sol, podemos comer ahí –sugirió Merry, que prefería un ambiente informal, porque creía que, así, Angel la intimidaría menos.

–Esto es muy agradable. No me lo esperaba –observó Angel mientras se sentaba en una silla de hierro forjado y miraba los campos y las colinas arboladas, que se veían más allá del seto.

–Fue una sorpresa navideña para nosotras –explicó ella–. Su último inquilino era mayor y el jardín estaba abandonado. Sybil contrató a un jardinero para que lo arreglara y, ahora, Elyssa tendrá un lugar seguro para jugar cuando empiece a andar.

–Tienes muy buena relación con tu tía. Yo no le caigo bien.

Los ojos de Merry, desafiantes, se fijaron en los suyos.

–¿Qué te esperabas?

Angel no estaba preparado para enfrentarse a una condena tan osada, por lo que apretó los dientes y adelantó la mandíbula. Una sombra de barba oscurecía su piel broncínea y acentuaba y hacía resaltar su bien formada boca.

–Te aseguraste de que tuviera dinero para sobrevivir, pero eso fue todo –afirmó ella.

Angel evitó el controvertido asunto y no quiso entrar en él. Abrió el cesto y puso los platos y los cubiertos en la mesa, antes de preguntar dónde estaba su hija. A fin de cuentas, ¿qué podía decir del modo en que había tratado a Merry? Los hechos eran inapelables, no podía cambiarlos. Sabía que lo había hecho todo mal y lo había reconocido. ¿No equilibraban un poco la balanza su sinceridad y su arrepentimiento? ¿Esperaba que se arrastrara ante ella a cuatro patas?

–¡Qué festín! –exclamó Merry mientras colocaba la comida y él descorchaba una botella de vino tinto y llenaba las copas–. ¿Dé donde viene?

–De uno de mis hoteles –respondió él con la despreocupación exclusiva de los muy ricos.

Merry se sirvió una pequeña selección de apetitosos bocados en el plato y le preguntó:

–¿De qué querías hablar?

–De nuestro futuro –contestó Angel mientras Tiger se sentaba a sus pies mirando con ojos suplicantes la carne que había pinchado con el tenedor.

–Nadie puede preverlo.

–Yo sí, en lo que se refiere a nosotros –le aseguró Angel–. O nos pasamos los próximos diez años peleándonos por Elyssa o… nos casamos y la criamos juntos.

Merry lo estudió por encima de la copa de vino con sus ojos azul pálido muy abiertos y tragó más vino del que pretendía, por lo que se puso a toser de manera embarazosa mientras trataba de contener sus fluctuantes emociones. Primero la había asustado al hablar de una batalla en los tribunales por su querida hija; después le había sugerido algo que jamás hubiera soñado que saldría de sus labios.

Hizo una mueca antes de preguntarle:

–¿Que nos casemos? ¿Has perdido el juicio o solo tratas de ponerme nerviosa?

Después de haberse obligado a sí mismo a lanzar la granada de la propuesta de matrimonio, Angel se recostó en la silla y saboreó el vino.

–Es una idea que también a mí me pone nervioso. Aparte de con mi madre, que entra y sale de mis propiedades, nunca he vivido con una mujer. Pero tenemos que ser creativos para resolver nuestros problemas actuales.

–En estos momentos, yo no tengo problemas. Y no me creo que quieras estar tanto con Elyssa, tras vuestro breve encuentro, como para rebajarte a llevar a cabo lo que, prácticamente, es un chantaje –dijo Merry con frialdad y los ojos brillantes como trozos de hielo al sol.

–Puedo rebajarme mucho más y creo que lo sabes –afirmó él con total desvergüenza, mirándola con obstinada determinación–. Haré lo que sea preciso para conseguir lo que quiero; en este caso, para proporcionarle a mi hija las ventajas de un hogar adecuado.

–Elyssa ya tiene un hogar adecuado –apuntó Merry esforzándose en mantener la calma y en aparentar que no la había impresionado su amenaza de batalla legal–. Somos felices aquí. Mi trabajo lo puedo hacer en casa y vivimos bien.

–No según mi criterio. Elyssa es mi heredera y un día será una mujer muy rica. Si tienes tantos prejuicios para gastarte mi dinero, ¿cómo esperas que se adapte a mi mundo cuando sea independiente?

Merry frunció los labios y se levantó llena de ira.

–No tengo prejuicios –protestó–. No quería depender de tu dinero. Prefiero valerme por mí misma.

–Al igual que yo, tienes problemas para confiar en los demás y eres muy orgullosa.

–¡No me digas que tengo problemas de confianza cuando no sabes nada de mí! –le espetó ella furiosa–. ¡Por si no lo sabías, Angel, tuvimos dos encuentros sexuales, no una relación!

Angel recorrió lentamente con la mirada su delgada figura y su agresiva postura, y recordó que era fuego en la cama y que ese fuego había alimentado el suyo, lo que se había traducido en la conflagración pasional más intensa que había tenido en su vida. Por regla general, ella mantenía oculta esa pasión, reprimida bajo una fachada tranquila y remilgada, pero, en presencia de él, no era capaz, lo cual le parecía encantador. La ira era mucho más

prometedora que la indiferencia.

Merry puso los brazos en jarras y le dirigió una mirada de censura.

–¡Y deja de mirarme así! –le advirtió, consciente de su mirada ardientemente sexual–. Es grosero e inadecuado.

Angel se removió en la silla. Notaba su tremenda excitación y la tirantez de los vaqueros y se maravillaba de que pudiera estárselo pasando bien con ella, a pesar de su carácter difícil. Esbozó una sonrisa.

–El deseo sigue aquí, *glyka mu*, pero vamos a centrar nuestra energía en mi solución a nuestro futuro.

–Eso no es una solución, sino una tontería –le espetó ella–. No quieres casarte conmigo. ¡Ni conmigo ni con nadie!

–Pero lo haré por el bien de Elyssa, porque creo que necesita a un padre tanto como a una madre –afirmó él sin levantar la voz–. No se puede prescindir de un padre. El mío ha sido muy importante en mi vida, a pesar de no haber estado conmigo todo lo que yo hubiera querido.

Merry no estaba preparada para ese nivel de sinceridad y gravedad en un hombre tan reservado y distante como Angel, lo que la desconcertó.

–¡Por Dios! Nunca he dicho que se pudiera prescindir de ti –dijo menos enfadada–. Por eso te he dejado conocerla.

–¿Cuánta relación tuviste con tu padre? –preguntó Angel.

El rostro de Merry permaneció impasible.

–No tuve padre. Natalie, mi madre, se quedó embarazada de su jefe, que estaba casado. Lo vi una vez, pero su esposa no soportó verme, probablemente porque yo era la prueba de la infidelidad de su esposo –explicó sintiéndose incómoda–. Él no pidió que nos volviéramos a ver. A la hora de elegir entre su esposa y yo, eligió a su esposa, como es natural.

–Lo siento.

Angel volvió a desconcertarla con una mirada compasiva que hirió su orgullo tanto como lo hubiera hecho una bofetada.

–Pues yo no. Me fue muy bien sin él.

–Puede que sí –observó él mostrándole que no le convencía en absoluto una afirmación hecha para guardar las apariencias–. Pero a otras personas no les va tan bien sin la guía paterna. Mi madre se crio con todo tipo de privilegios económicos, pero básicamente sin padres que se preocuparan de ella y le impusieran disciplina. Ahora tiene cincuenta y muchos años, aunque no los aparenta, pero, mentalmente, continúa siendo una adolescente rebelde. Quiero que

mi hija tenga estabilidad. No deseo que pierda la cabeza cuando sea adulta y tenga el mundo a sus pies con todas sus tentaciones.

Impresionada, contra su voluntad, por sus argumentos, Merry negó con la cabeza.

–Falta mucho para eso. Además, si no me opongo a que os relacionéis ahora, tú seguirás a su lado para entonces.

Angel se recostó en la silla y cruzó las piernas. Parecía totalmente relajado, como si estuviera posando para un anuncio, y estaba mortalmente atractivo, con su cabello de negros rizos y sus ojos de color caramelo.

Ella apartó la mirada de sus muslos y su entrepierna. Sintió un calor repentino y le ardieron las mejillas. Su provocativa belleza masculina atravesaba sus defensas cada vez que lo miraba y la hacía sentirse como una quinceañera enamoriscada.

–Pero lo esencial es que, si no nos casamos, yo no estaré a su lado lo suficiente. Me paso al menos la mitad del año en el extranjero. Quiero que conozca a mis familiares y que aprenda lo que significa ser miembro de la familia Valtinos.

No podía haber calculado peor sus palabras para enfriar la febril reacción de Merry ante él. Se quedó consternada, ya que entendía el mensaje que le transmitían. En cuanto Elyssa alcanzara determinada edad, Angel la mandaría a Grecia y la alejaría de su madre, que perdería el control de lo que sucediera en la vida de su hija.

–¿Hablabas en serio al decir que lucharías contra mí en los tribunales? –preguntó con enfado.

–Por primera vez en mi vida, no era una amenaza.

–Pero ¿a qué viene, de repente, todo esto? ¡El invierno pasado no querías saber nada de nosotras!

–He tardado en aceptar lo que sentía al ser padre. Al principio pensé que lo más importante era conservar mi mundo. Creí que podía daros la espalda a la niña y a ti, pero me di cuenta de que no era capaz –Angel suspiró como si le estuvieran sacando las palabras a la fuerza–. No podía dejar de pensar en ella… y en ti.

–¿En mí? –preguntó Merry, totalmente incrédula–. ¿Por qué ibas a pensar en mí?

Angel se encogió de hombros.

–Soy un ser humano. Saber que una mujer lleva en su vientre a tu hijo es un descubrimiento inesperadamente poderoso…

–Angel –lo interrumpió Merry sin dudarlo–, volvamos a la tierra. Saber que estaba embarazada hizo que te apartaras de mí a toda velocidad.

–Pero aprendí que no se podía huir de la realidad –contraatacó

él en tono sardónico–. Luché contra mi curiosidad durante mucho tiempo, hasta que me rendí y te pedí que me dejaras conocer a la niña. Te negaste repetidamente, pero aquí estamos, comportándonos, supuestamente, como adultos. Intento ser sincero. Trato de no amenazarte, pero me parece que el matrimonio es la mejor opción para los tres.

–¡Me has amenazado de modo explícito! –exclamó ella furiosa.

–Debes saber que hablo en serio y que no se trata de un capricho que desaparecerá si esperas lo suficiente. He venido para formar parte de vuestra vida –dijo él con dureza.

–Pues va a ser un poco difícil porque no es lo que yo quiero, y voy a luchar –contraatacó ella–. Querías que saliera de tu vida y lo hice. No puedes obligarme a volver.

–Si eso implica que mi hija tendrá el futuro que se merece, te obligaré –dijo Angel con voz airada al tiempo que se levantaba y proyectaba una larga sombra sobre la mesa–. ¡Debes aceptar que ya no se trata de ti ni de mí, sino de ella!

Merry palideció.

–Lo acepto.

–No, no lo aceptas. Sigues empeñada en castigarme por las decisiones egoístas que tomé, y así no vamos a ninguna parte. ¡No quiero ir a los tribunales, pero lo haré si no tengo más remedio! –declaró furioso, con los ojos brillantes y su acento griego tiñendo cada vocal pronunciada–. ¡Cuando te he pedido que te casaras conmigo, intentaba demostrarte respeto!

–¡No sabrías lo que es el respeto aunque te mordiera el trasero! –contraatacó ella gritando y usando un lenguaje vulgar–. Y siento mucho no haber babeado de gratitud ante tu proposición de matrimonio, que, obviamente, era lo que esperabas.

–¡No, no lo sientes! –gritó él a su vez–. Disfrutas reprendiéndome severamente y pones en duda mi motivación y mi compromiso. En ningún momento te has tomado en serio mi proposición.

–¡Deja de gritarme! –le advirtió Merry, sorprendida por aquel estallido de ira. No se había dado cuenta de que la ira pudiera estar tan cerca de la fachada de Angel, aparentemente tan fría.

–¡Te he dicho que lo siento de todas las formas que conozco, pero quieres vengarte en vez de ir hacia delante, y yo no puedo hacer nada para cambiarlo! –dijo él mientras abría la puerta trasera para volver al interior de la casa y marcharse.

La verdad que había en aquellas riada de acusaciones hizo que Merry reflexionara sobre su actitud.

–No busco venganza. ¡Eso es ridículo! –protestó débilmente agarrándolo del brazo mientras él le lanzaba otra mirada asesina antes de volverse hacia la puerta.

«Te he dicho que lo siento de todas las formas que conozco»: sus palabras resonaron en el cerebro de ella, lo que hizo que lo agarrara del brazo con más fuerza.

–Angel, por favor, vamos a tranquilizarnos.

–¿Por qué motivo voy a tranquilizarme? Ha sido un intento inútil por mi parte tratar de cambiar las cosas entre nosotros.

A ella le castañeteaban los dientes a causa de los nervios.

–Sí ya lo sé, pero que te vayas hecho una furia solo va a empeorarlas –murmuró ella arrepentida–. Puede que no haya sido justa contigo y que no te haya escuchado como debiera, pero me has salido con eso de forma tan inesperada… Yo no me adapto a las ideas nuevas a la velocidad en que lo haces tú.

–¡Pues te adaptaste muy deprisa a mí en la cama!

–¡Es tu incontenible ego el que habla! –le espetó ella con voz airada.

–No –contestó él atrayéndola y apretándola contra sí para que se diera cuenta de lo excitado que estaba–. Haces que te desee.

–¿Es culpa mía? –preguntó Merry incrédula, aunque su cuerpo se inclinaba hacia el de Angel, como imantado por su excitación, como una planta sedienta que, de pronto, tuviera agua a su alcance.

Pequeños temblores le recorrían el cuerpo mientras intentaba controlar la tirantez de los pezones y el calor que notaba entre los muslos. Quería darse de bofetadas y abofetearlo a él, congelar ese momento y revivirlo a su manera, en la que ella se apartaría de él con evidente desagrado y diría algo tremendamente inteligente e hiriente que lo mantendría a raya.

–No aceptas que a ti te pasa lo mismo –masculló Angel al tiempo que bajaba la cabeza y agarraba la de ella con una mano para echársela hacia atrás y besarla en el cuello. Lo recorrió y mordisqueó con la boca hasta llegar a la oreja. Ella estaba electrizada y mareada de deseo, de un deseo que sabía que no debería experimentar, de un ansia que llevaba reprimiendo y negando muchos meses y que anhelaba que él saciase.

Entonces, Angel la besó. Pegó su boca a la de ella introduciendo y retirando la lengua. Y ella vio estrellas y planetas multicolores con los ojos cerrados, mientras su cuerpo estallaba como los fuegos artificiales. Lo besó a su vez y le introdujo los dedos en el cabello, abrazándolo, deseándolo con frenesí, sin control alguno, como siempre le había sucedido.

Angel la apartó empujándola por los delgados hombros y la miró con sus ojos color de miel centelleando.

–No, no soy un obseso ni la aventura de una noche. Tendrás que casarte conmigo para tener más de eso –le dijo en tono burlón mientras le dejaba su tarjeta en la mesa–. Es mi número de teléfono, por si acaso te replanteas tu actitud de hoy.

Cuando se hubo marchado, Merry se puso a deambular por el pequeño salón analizando determinadas realidades. No se había planteado en serio la supuesta solución de Angel, pero de eso tenia más la culpa él que ella. Advertirla de que pensaba llevarla a los tribunales y luchar por su hija no había sido, precisamente, una buena forma de presentarle su propuesta. Ella estaba enfadada y no pensaba disculparse por estarlo, pero tal vez debería haberlo escuchado, haberle hecho más preguntas y haber perdido menos los estribos.

Además, la visita de Angel había empeorado su relación, en vez de mejorarla, ya que, ahora, ella sabía que estaba dispuesta a demandarla judicialmente para poder ver a Elyssa. ¿Y si su ambición no se detenía ahí? ¿Y si pretendía tener la custodia exclusiva de su hija y apartarla de ella?

Merry palideció y comenzó a jadear. Decidió ir a ver a su tía para exponerle su creciente preocupación y la sensación de que estaba amenazada.

Sin embargo, no encontró a Sybil en la planta baja de su cómoda casa. Solo cuando oyó a su hija supo que su tía y ella estaban en el piso de arriba. Se sintió desconcertada al entrar en el dormitorio de Sybil, donde Elyssa jugaba en el suelo mientras su tía sacaba ropa de los armarios y la metía en dos maletas que estaban abiertas sobre la cama.

–Pero ¿adónde vas? –preguntó sorprendida.

Sybil la miró avergonzada.

–Iba a llamarte por teléfono, pero tenía que hacer tantas llamadas que no me ha dado tiempo. Tu madre tiene problemas y me voy a Perth para estar con ella.

Merry parpadeó asombrada.

–¿Que tiene problemas?

Sybil hizo una mueca.

–Keith tiene una relación con otra mujer y ha dejado a tu madre. La pobre tiene el ánimo por los suelos.

–¡Por Dios! –exclamó Merry sentándose en el borde de la cama para levantar a su hija del suelo y sentarla en su regazo. La noticia la había entristecido, pero la problemática relación con su madre le

impedía darle todo su apoyo y comprensión, lo cual siempre le remordía la conciencia. No era la primera vez que la asombraba que Sybil fuera tan indulgente con las debilidades de su hermana pequeña. Su tía siempre se había involucrado en los dramas emocionales de Natalie y se había apresurado a solucionarlos con compasión y apoyo infinitos.

A veces, Merry se preguntaba por qué ella, la hija de Natalie, no era tan indulgente y tolerante ni estaba tan dispuesta a ofrecerle otra oportunidad. Posiblemente, se dijo sintiéndose culpable, porque recordaba el resentimiento de su madre hacia ella cuando era una niña. Natalie no quería ser madre de nadie y sus constantes rechazos la habían herido profundamente.

Su tía suspiró.

–Natalie estaba destrozada cuando me llamó, y ya sabes las estupideces que comete cuando está alterada. No debería estar sola ahora.

–¿No tiene amigas allí?

Sybil frunció el ceño. Era evidente que la forma de reaccionar de Merry le había parecido insensible.

–La familia es la familia, pero ella y tú no os lleváis tan bien como para que seas tú la que se vaya para allá. Además, no sería adecuado que Elyssa hiciera un viaje tan largo. A Natalie tampoco le gustaría la compañía de un bebé.

–No le gustan los niños pequeños –dijo Merry con ironía–. ¿De verdad que tienes que marcharte?

A Sybil pareció apenarle la pregunta.

–¡Merry, no tiene a nadie más! –declaró a la defensiva, tanto en el tono de voz como en la actitud–. Claro que eso significa que te vas a tener que cuidar todo esto… ¿Podrás encargarte del centro? Nicky te sustituirá a partir de la semana que viene. Ya he hablado con ella. Como tienes que cuidar de Elyssa y atender tu propio negocio, no puedes dejarlo todo para ocuparte de mis cosas.

–Pero me las habría arreglado –le aseguró Merry reprimiendo el deseo de protestar contra la decisión de su tía de recurrir a la ayuda de una vieja amiga en vez de a la de su sobrina. Al notar la tensión y ansiedad del rostro de Sybil, Merry decidió no contarle lo que había pasado entre Angel y ella. En aquel momento, ya tenía bastante con lo que tenía, y no hacía falta que ella le aumentara el estrés.

Esa noche, después de haber bañado y acostado a Elyssa, Merry abrió una botella de vino. Sybil ya se había marchado para tomar el primer vuelo que había podido reservar y Merry se sentía bastante

sola.

Abrió el ordenador portátil y escribió el nombre de Angel para buscar información sobre él. Era algo que no se había permitido hacer antes porque consideraba que buscar información en Internet no era sano y podía convertirse en una obsesión. Mientras se bebía el vino, eso dejó de importarle. Estaba desanimada y necesitaba distraerse.

Aparecieron muchas fotos y ella, desafiante, fue seleccionándolas de una en una. Como era de esperar, Angel salía muy bien en las fotos. Merry hizo una mueca y volvió a llenarse la copa de vino, que fue tomándose mientras echaba un vistazo a las fotos, hasta que se detuvo en la más reciente, en la que se veía a Angel con la misma rubia a la que había llevado a comer con su padre el día en que ella le había dicho que estaba embarazada.

La foto se había tomado la noche anterior en un evento solidario: Angel, de esmoquin, elegante y guapísimo, y su rubia acompañante, Roula Paulides, deslumbrante con su brillante y ajustado vestido, que revelaba el asombroso tamaño de sus senos.

También era griega, una mujer con la que cabía suponer que Angel tendría mucho más en común que con ella. Merry reprimió con fiereza la urgente necesidad de buscar información también sobre Roula. No quería convertirse en una espía por Internet.

Acabó la copa y levantó la botella de modo desafiante para volvérsela a llenar. Se alegraba de haberse enterado. La noche antes de proponerle matrimonio, Angel había estado en compañía de otra mujer y lo más probable era que hubieran pasado la noche juntos. Y, lo que aún era peor, la sexy rubia era, claramente, una mujer poco común, ya que Angel parecía tener un interés duradero en ella, y no una de sus mujeres habituales, que aparecían brevemente en escena para no volver a ser vistas con él.

Merry trató de controlar la turbulenta oleada de emoción que le oprimía el pecho negando que le doliera, negando que la molestara lo más mínimo haber descubierto que Angel seguía viendo a la misma rubia tantos meses después.

Pero negarlo no le sirvió de nada en el estado de ánimo en que se hallaba, tomando vino, mirando al vacío y llena de una airada amargura que amenazaba con consumirla.

¿Cómo se había atrevido Angel a proponerle matrimonio solo unas horas después de haber estado con otra mujer? ¿Cómo se había atrevido a condenarla a ella por no habérselo tomado en serio? ¿Y cómo se había atrevido a besarla en la terraza, antes de marcharse? ¿Acaso carecía de toda moral?, ¿de conciencia? ¿Y

cómo podía ella estar celosa de aquel desvergonzado e incurable playboy?

Sin embargo, tenía celos, reconoció Merry con desconsuelo: tenía celos estúpidos y sin sentido de un hombre caprichoso e indigno de su confianza.

Volvió a sentirse furiosa al recordar su proposición matrimonial. Él le había quitado importancia, la había minimizado al ponerla sobre la mesa sin ceremonia ni romanticismo de ninguna clase. ¿Acaso era de extrañar que ella no se la hubiera tomado en serio?

De repente, Merry se levantó de un salto y se dirigió a grandes zancadas a la cocina a buscar la tarjeta que Angel le había dejado. Comenzó a escribirle un mensaje antes de haber siquiera pensado lo que le iba a decir.

¿Te das cuenta de que si te casaras conmigo tendrías que renunciar a otras mujeres?

Angel miró con incredulidad la pantalla del móvil. Estaba cenando con Vitale, su hermano, y el inesperado mensaje de un número que no le resultaba conocido, que resultó ser el de Merry, lo dejó perplejo. Respiró hondo y apretó su sensual boca, exasperado.

¿Por fin me tomas en serio? Si me casara contigo, NO HABRÍA MÁS MUJERES.

–¿Algún problema? –preguntó Vitale.

Angel negó con la cabeza y sonrió mientras se preguntaba si Merry habría bebido. No se imaginaba que, en caso contrario, pudiera ser tan directa. Merry, ni más ni menos, escribiéndole borracha; Merry, siempre tan cuidadosa y comedida.

Lo invadió una sensación de satisfacción inesperada que eliminó la tensión nerviosa que sentía y la convicción de que había dado un grave paso en falso al haber ido a verla.

Ni tampoco más hombres para ti.

Lo añadió con placer a su respuesta.

A Merry, eso no le suponía problema alguno. Se quedó asombrada ante la prontitud de su respuesta. En realidad, nunca

había deseado a nadie tanto como deseaba a Angel Valtinos. Todo pensamiento sobre el amable y formal Fergus se le evaporó de la mente. No le gustaba desearlo así ni se sentía orgullosa de ello. De hecho, no lo habría reconocido, aunque Angel la hubiera asado a fuego lento en una hoguera, pero era, de forma indiscutible, la realidad secreta con la que vivía.

–¿A quién escribes? –preguntó su hermano.

–A la madre de mi hija –Angel le dirigió una mirada de triunfo–. Creo que tendrás que acudir a mi boda en cuanto pueda organizarlo todo.

Vitale frunció el ceño.

–Creí que habías fracasado en el intento.

–Es evidente que no –contestó Angel mientras seguía escribiendo el mensaje, ansioso de obtener una respuesta clara.

Aprobada la exclusividad. ¿Accedes a casarte conmigo?

Merry se quedó petrificada al volver de pronto a la realidad y preguntarse qué estaba haciendo. Un terrible ataque de celos había estado a punto de consumirla cuando había vuelto a ver a esa mujer con Angel.

Tendríamos que hablarlo.

Yo actúo, no hablo. Tienes que darme una oportunidad.

Pero él ya había tenido su oportunidad y la había echado a perder, se recordó Merry enfebrecida. A él no le gustaban los sentimientos ni las relaciones fuera de su círculo familiar. Sin embargo, había algo tentadoramente seductor en que el orgulloso y arrogante Angel le pidiera que le diera otra oportunidad.

Decidió hacerle una advertencia.

Es tu ÚLTIMA oportunidad.

¡DE ACUERDO! ¡TRATO HECHO!

Angel, divertido, contestó al mensaje con una intensa sensación de haber conseguido su objetivo.

Había ganado. Había logrado compartir la vida de su hija, en vez de perderla. Además, había ganado una esposa, una esposa poco

habitual, que no iba detrás de su dinero. Otro hombre se habría alegrado, pero, en lo que se refería a las mujeres, Angel era suspicaz y siempre buscaba motivos ocultos y objetivos secretos. Las mujeres eran complicadas y, por eso, nunca intimaba con sus amantes ni iba más allá de la superficie. Y Merry era infinitamente más complicada que la clase de mujeres que conocía.

¿Podría funcionar semejante matrimonio?

Solo el tiempo lo diría, reflexionó con una seriedad que no era propia de él. No habría más mujeres, pensó. No estaba preparado para esa condición, reconoció, ya que había propuesto a Merry que se casaran como la forma más conveniente de criar a su hija, no como algo más personal.

Conocía a varias parejas que llevaban vidas separadas bajo el mismo techo y seguían casadas. Continuaban juntas por el bien de los hijos o para proteger su fortuna del daño que podía ocasionarle un divorcio, pero no intervenía ningún tipo de sentimiento.

En realidad, Angel no le veía nada positivo a estar casado. El punto de vista oficial de los Valtinos sobre el matrimonio era que solía ser un desastre extremadamente caro. La infidelidad de su madre había causado la separación de sus padres cuando él tenía cuatro años. La unión de sus abuelos había sido igual de desastrosa, pero habían renunciado a divorciarse a cambio de vivir en alas separadas de la misma casa.

Tampoco le había hecho cambiar de idea sobre el matrimonio la cantidad de cónyuges que engañaban a su pareja que había conocido a lo largo del tiempo. A los veintitantos años, ya había aceptado que no se casaría.

Era evidente que Merry tenía un concepto muy distinto del matrimonio y la paternidad, mucho más convencional que el punto de vista cínico y desconfiado de los Valtinos. Ella exigía fidelidad desde el principio, como si fuera la base de la estabilidad. Y tal vez lo fuera, reconoció Angel, al pensar en la constante agitación que la promiscuidad de su madre provocaba.

Sin embargo, tampoco le parecía mejor la escena de aparente alegría familiar que había observado en casa de su primo, en la que el esposo se apresuraba a volver a casa con su esposa y sus hijos, a los que quería y echaba de menos. Contemplarla le había proporcionado una perspectiva inquietante de otro mundo que nunca antes había visto, una versión mucho más personalizada e íntima del matrimonio.

Y parecía que Merry había decidido considerar que su proposición de matrimonio era personal, muy personal, en vez de

práctica, como había sido su intención.

Ante la mirada exasperada de su hermano, Angel se recostó en la silla, sin haber probado la comida, y, por primera vez en su vida, sonrió ante la perspectiva de conseguir una esposa y una alianza matrimonial.

Capítulo 6

DEBERÍAS haber advertido a Angelina –dijo Charles Russell en tono de censura a su hijo mientras esperaban en la iglesia–. Tu madre no está preparada para ser abuela.

–Es una lástima –contestó Angel con sarcasmo–. Tengo treinta y tres años, no soy un adolescente. No creo que se lleve una gran sorpresa.

Charles, siempre comprensivo ante la vulnerabilidad ajena, suspiró.

–No puede evitar ser vanidosa. Es como es. Pero, al no haberla prevenido, corres el riesgo de que monte una escena.

Esa misma mañana, de camino a la iglesia, Merry se hallaba inmersa en el extraño estado de aturdimiento que se había apoderado de ella desde el momento en que había accedido por mensaje de texto a casarse con Angel. Estaba asombrada de lo que había hecho, más a causa del vino y los celos que de la sensatez y el buen juicio.

Sin embargo, en las dos semanas que habían transcurrido, todo deseo de renegar del trato al que habían llegado, como Angel lo había denominado, se había ido evaporando. No estaba dispuesta a alejarse de Angel Valtinos y a enfrentarse a una batalla legal por la custodia de su hija. Era asimismo consciente de que él la había chantajeado para que se casaran, pero no le había sorprendido su crueldad, después de haber visto cómo actuaba en los negocios.

Angel, sin lugar a dudas, la haría sufrir, pero, a la hora de la verdad, prefería tenerlo como esposo a no tenerlo en absoluto. Sería suyo con un anillo en el dedo y ella tendría que conformarse con ese nivel de compromiso. No se hacía ilusiones, desde luego, de que Angel, carente de sentimientos, fuera a tenerlos. Intentaba ser realista, ser práctica sobre las perspectivas que tenían, y habría estado más contenta el día de su boda si no hubiera tenido una bronca tremenda con Sybil sobre sus planes.

No tenía una idea clara de cómo se había producido la terrible

discusión. Su tía, como era de esperar, se había quedado atónita cuando la había llamado a Australia para decirle que se iba a casar. Sybil le había pedido que esperase a que volviera para hablar de ese importante paso con ella. Pero Merry, temerosa de perder el valor para casarse con un hombre que no la quería, se había negado a esperarla, y Sybil se había tomado muy mal su negativa a esperarla para que la pudiera aconsejar.

Cuanto más criticaba su tía a Angel y su reputación de mujeriego, más obstinada se volvía ella. Conocía perfectamente los defectos de Angel, pero no le gustaba que su protectora tía se los restregara por las narices de forma tan sincera. Se había dado cuenta de que estaba muy bien que ella criticara a Angel, pero, inexplicablemente, otra cosa totalmente distinta era que lo hiciera otra persona.

Y las dos semanas anteriores, tumultuosas y ajetreadas, Angel se había portado de maravilla al intentar organizarlo todo para que ella pudiera hacer frente al gigantesco cambio de vida que iba a experimentar por su causa. Por desgracia, también era cierto que, a causa de los diversos compromisos de ambos, apenas se habían visto.

Entregar a Tiger al nuevo amo al que Sybil había aprobado la entristeció, ya que se había encariñado mucho con el perrito. Esperaba que sus manías no irritaran a sus nuevos dueños.

Angel había tenido que trabajar mucho mientras Merry se encargaba de cerrar su negocio y hacer las maletas. De todos modos, se las había arreglado para quedar con ella dos veces en Londres y ver a Elyssa. Por su forma de contenerse, poco habitual, Merry se había dado cuenta de que él tenía el mismo deseo que ella de no hundir el barco. Se había comportado con desapego, pero juguetón y sorprendentemente atento con Elyssa.

Merry tenía claro que Angel no quería arriesgarse a hacer nada que pudiera alterar sus planes de boda y privarlo de la custodia compartida de su hija.

Era evidente que él tardaría un tiempo en adaptarse a la idea de estar casado y tener una familia. Merry era consciente de ello. Él no iba a ser perfecto desde el primer momento, pero ver que se estaba esforzando bastaba para satisfacer sus expectativas, que eran bajas, había que reconocerlo.

No podía ponerle el listón muy alto desde el principio, se dijo. Tenía que conformarse y centrarse en lo verdaderamente importante.

¿Y que podía ser más importante que Elyssa y aprovechar la

oportunidad de darle un padre? Merry sabía lo que era vivir sin padre. No había conocido al suyo y, a pesar de que le resultara desagradable, él no había intentado conocerla hasta pasados varios años de su nacimiento.

Sin embargo, Angel se estaba esforzando hasta el punto de haber entrevistado con ella a posibles niñeras para encontrar la más adecuada. A él lo habían criado exclusivamente niñeras antes de ir al internado, por lo que había hecho preguntas a las candidatas que a ella nunca se le hubieran ocurrido. Se había quedado impresionada por su preocupación por su hija y su resolución de elegir la candidata más cariñosa y dedicada.

Así que, ¿qué más daba que no hubieran hablado de la boda ni de su relación futura? Angel había contratado a una organizadora de bodas para que se encargara de todo y no parecía en absoluto preocupado por los detalles que, inesperadamente, consumían a Merry. ¿Se debía simplemente a que era un hombre? ¿O acaso era un peligroso indicio de que le daba exactamente igual la mujer con la que se iba a casar?

Merry reprimió un escalofrío y el miedo que intentaba apoderarse de ella y se miró las uñas, en las que se había hecho la manicura, con creciente tensión. Había tomado una decisión y debía atenerse a las consecuencias, ya que la alternativa era mucho peor. ¿No era mejor darle una oportunidad al matrimonio?

Le había resultado violento decirle a Fergus que se iba a casar con Angel, pero él se había tomado la noticia bien, probablemente porque ya había notado que ella no era en absoluto indiferente al padre de su hija.

La primera sorpresa que se llevó Merry el día de su boda fue ver a Sybil esperando en los escalones de la iglesia, vestida con un elegante traje azul y un sombrero. Con los ojos como platos debido al asombro, Merry se bajó de la limusina que la había llevado a la iglesia desde el hotel en el que se había alojado la noche anterior y exclamó en tono incrédulo:

–¿Sybil?

–Era evidente que no iba a perderme tu gran día, cariño. He llegado esta madrugada –dijo Sybil en voz baja y los ojos brillantes mientras tomaba a Merry de la mano–. Siento mucho lo que te dije. Me pasé de la raya, me metí donde no me llamaban…

–¡No, yo estaba muy susceptible! –la interrumpió Merry poniéndose de puntillas para dar un beso a su tía en la mejilla–. Es natural que estuvieras sorprendida.

–Sí, sobre todo porque vas a conseguir lo que yo nunca pude: te

vas a casar –murmuró Sybil con cariño–. Y has elegido muy bien este vestido, a pesar de que no he podido aconsejarte. Es maravilloso.

Mary sonrió, reconfortada por la presencia balsámica de su tía.

–Te oía en mi cabeza mientras lo elegía –se burló al tiempo que subían al porche de la iglesia–. ¿Dónde está el padre de Angel? Se ha ofrecido a recorrer la nave conmigo hasta el altar, lo que me parece todo un detalle por su parte.

–Sí, un encanto ese hombre –dijo Sybil con aspereza. Era evidente que ya conocía a Charles Russell–. Pero le he dicho que podía sentarse tranquilamente porque estoy yo aquí para recorrer ese largo camino.

–Creo que preferirías no tener que hacerlo –observó Merry con voz suave.

Sybil le apretó la mano y sonrió con afecto a la joven que era más su hija que su sobrina, pero se puso tensa al pensar en la confesión que tendría que hacerle antes o después. Natalie le había pedido que le contara la verdad, por lo que Sybil estaba obligada a revelarle el secreto de la familia.

Por desgracia, contar esa misma verdad había destrozado su relación con Natalie cuando esta tenía dieciocho años, pero tenía la esperanza de que no tuviera el mismo efecto devastador en su relación con Merry y su hija.

Felizmente ignorante de la tormenta emocional que se avecinaba, Merry se alisó el vestido, que delineaba la alta curva de sus senos y su estrecha cintura antes de caerle hasta los pies. Le hacía una hermosa silueta. Echó los hombros hacia atrás y levantó la cabeza. El corto velo bailaba alrededor de su sofocado rostro y le acentuaba el azul claro de los ojos.

Antes de dirigirse a la nave, oyó la risa de Elyssa. Su hija estaba al cuidado de la nueva niñera, una encantadora y práctica joven de Yorkshire que se llamaba Sally y que había causado una óptima impresión tanto a Angel como a ella por su afecto e interés por los niños.

Merry desvió la vista de la cabeza de su hija, que trotaba sobre las rodillas de Sally, y la dirigió a Angel, situado junto al altar con otro hombre tan alto como él, Vitale, cuyo parecido con Angel denotaba el parentesco que lo unía a su hermano. Pero, en opinión de Merry, que no era nada objetiva, Angel lo aventajaba por la hermosa precisión de sus rasgos broncíneos, que resaltaban el brillo de sus ojos oscuros y su innegable atractivo.

Con la garganta seca, los nervios agarrados al estómago y una

opresión en el pecho que le dificultaba la respiración, Merry asió el brazo de Sybil y llegaron al altar, donde las saludó el sacerdote ortodoxo griego. Angel la tomó de la mano, lo que la sobresaltó. Lo miró y vio la tensión de sus pómulos y la fina línea que formaban sus labios apretados.

En efecto, casarse iba a ser una prueba de resistencia para un caprichoso playboy como Angel Valtinos, reflexionó Merry, divertida y atribulada a la vez, pero no fue un pensamiento afortunado, ya que comenzó a preguntarse si le supondrían una prueba y un aburrimiento los tediosos aspectos domésticos de la vida familiar.

El servicio continuó, a pesar de su ansiedad. Intercambiaron los votos, él le puso una alianza de oro en el dedo y ella lo imitó.

Y entonces, librándola del poderoso hechizo en que Angel la tenía atrapada, apareció de repente Charles Russell para besarla afectuosamente en ambas mejillas, seguido de Sybil, que se esforzaba en ocultar su actitud negativa hacia Angel de forma resuelta y brillante. Elyssa, sentada en un banco cercano en el regazo de Sally, tendió los brazos a su madre y gimió para llamarla.

–La pequeña sabe elegir el momento –comentó Sybil con ironía, mientras Merry se agachaba para tomar en brazos a su hija, pero Angel la interceptó a medio camino para hacerlo él, con la excusa de que la novia no podía ir cargada con la niña.

–¿Y eso? –se burló Merry al tiempo que veía a Elyssa tirarle a Angel de los rizos y de la corbata. Angel sonrió de oreja a oreja al ver que no controlaba la situación. De nuevo, Merry tuvo que reprimir la sorpresa que le causaba su flexibilidad al hallarse a merced de una niña testaruda.

Angel continuó con Elyssa en brazos mientras les hacían fotos en la escalera de la iglesia. Merry observó a los paparazis que, con las cámaras, se hallaban detrás de una barrera protegida por guardias de seguridad. Era evidente su interés por la primera aparición en público de su hija.

Consternada, se dio cuenta de lo mucho que cambiarían la vida de Elyssa y la suya propia. Durante años, cada paso de Angel había sido un bocado jugoso para la prensa sensacionalista. Poseía un jet y un yate, y llevaba una vida propia de los muy ricos y privilegiados. Su belleza y su predilección por las rubias ligeras de ropa aumentaban su atractivo para los medios de comunicación. Como era de esperar, su repentina boda y la existencia de una hija pequeña incrementaban aún más el interés hacia él.

Merry se preguntó con desánimo si, al saber que había sido

empleada suya, no la acusarían de haberlo maquinado todo para cazarlo.

Mientras se acercaban a la limusina para ir al hotel, otra se detuvo delante de ellos, de la que se bajó de un salto una pequeña mujer morena con unos altísimos tacones, ropa de vívidos colores y un sombrero de plumas. Era una mujer exquisita y muy elegante, e iba perfectamente arreglada.

–¡Ay, Charles! ¿Me la he perdido? –exclamó a voz en grito mientras todas las cámaras comenzaban a disparar.

Angel murmuró algo en griego en tono seco mientras su padre se adelantaba para saludar a la recién llegada, algo que su hijo no parecía estar dispuesto a hacer.

Angel devolvió a Elyssa a Sally e hizo montarse a Merry en el coche sin más preámbulos.

–¿Quién es? –preguntó Merry, llena de curiosidad, observando que la mujer se había acercado a la barrera, hablaba con los paparazis y posaba como una profesional–. ¿Es una modelo o algo así?

–Algo así –murmuró Angel con impaciencia–. Es Angelina.

–¿Tu madre? –preguntó Merry con incredulidad–. ¡No puede ser! No parece tan mayor.

–Es típico de ella haberse perdido la ceremonia. Odia las bodas –le informó Angel–. En una boda, la novia es el centro de atención, y Angelina Valtinos no tolera pasar desapercibida.

Merry frunció el ceño.

–Seguro que no es tan mala –murmuró en tono de reproche.

–Ya te darás cuenta, no te quepa duda –respondió Angel con ironía, visiblemente renuente a seguir hablando de su madre.

–¿Es de esas suegras que se meten donde no las llaman? –preguntó Merry con aprensión.

–¡*Thee mu*, ni por asomo! –respondió Angel con una risa cínica–. Le importa un pito que me haya casado o con quién lo haya hecho, pero se pondrá furiosa cuando sepa que la he hecho abuela, porque considera que serlo es de viejas.

Merry no entendía semejante actitud. Sybil había llegado a la madurez con gracia y había reconocido que le resultaba muy relajante no tener que estarse preocupando siempre de su aspecto.

–Me encanta el vestido –Angel cambió rápidamente de tema y la envolvió en una ardiente mirada–. Tienes un tipo espectacular.

Merry sintió que le ardían las mejillas ante aquel cumplido inesperado. La mirada de Angel denotaba reconocimiento masculino en estado puro. A ella se le contrajo el estómago y el

deseo perforó su cuerpo vulnerable con la precisión de un cuchillo imposible de esquivar. Él la hacía sentirse así simplemente con mirarla, hablarle o sonreírle. Siempre conseguía que se pusiera nerviosa y perdiera el control.

El banquete se iba a celebrar en un exclusivo hotel de cinco estrellas de la ciudad. Merry conoció a su suegra mientras se servían las copas previas a la cena. Para entonces, Angelina Valtinos iba del brazo de un joven italiano, muy guapo, del que dijo que se llamaba Primo. Habló poco y prácticamente no prestó atención a su hijo, como si le echara la culpa de haber tenido que asistir a la boda.

–En persona, es peor de lo que me esperaba –susurró Sybil.

Merry se encogió de hombros.

–El tiempo lo dirá.

–Ojalá ese pobre hombre se dejara aconsejar –se quejó Sybil mientras Charles Russell se les acercaba sonriendo para conducirlas a sus asientos en la mesa principal.

Merry intentó contener la risa. Había entendido rápidamente que el padre de Angel poseía una de esas naturalezas enérgicas y seguras de sí mismas que pasaba como una apisonadora por la educada falta de interés de Sybil sin siquiera darse cuenta. Pero también había entendido que a ella le caía bien su suegro porque había aceptado incondicionalmente su repentina boda. Su entusiasta forma de reaccionar ante Elyssa le había transmitido el mensaje de que era un hombre que adoraba a los niños. Emanaba toda la calidez y la aceptación de la que claramente carecía Angelina, su exesposa.

El hermano de Angel, el príncipe Vitale, se les acercó a intercambiar unas palabras. Era un hombre elegante y bien educado, pero a Merry la intimidaba. Desde que Angel le había contado que su hermanastro era de sangre real y heredero del trono de un pequeño país europeo fabulosamente rico, a Merry la ponía nerviosa la idea de conocerlo.

Una mujer rubia agarró la mano de Merry. Esta miró a la mujer, más alta que ella, y se quedó consternada. La reconoció al instante: era la misma mujer que había visto con Angel dos veces. Una mujer joven, delgada, de largas piernas, de treinta y pocos años, con brillantes ojos castaños y una sonrisa que denotaba seguridad en sí misma.

–Merry, te presento a Roula Paulides, una vieja amiga –dijo Angel en tono afectuoso.

Merry le sonrió con dificultad al tiempo que se ponía colorada porque se avergonzaba por haberse puesto inmediatamente a la

defensiva con la mujer. Una vieja amiga… Debiera haber pensado en esa posibilidad, se reprochó a sí misma. Eso explicaba la relación duradera de Angel con la hermosa rubia.

Por desgracia, Roula Paulides era una mujer despampanante y el tipo de Angel. Y lo que era aún peor, era la misma mujer que estaba comiendo con él aquel horrible día en que Merry había tenido que decirle que estaba embarazada.

Solo cuando Sally se hubo llevado a Elyssa al piso de arriba para que echara la siesta, la madre de Angel se acercó a Merry y le dijo sonriendo levemente:

–Angel debería haberme avisado de que su prometida ya tenía una hija.

–Sí, debería haberlo hecho –concedió Merry.

–Tu hija es muy pequeña. ¿Quién es el padre? –preguntó Angelina en voz tal alta que varias cabezas se volvieron hacia ella.–. Espero que seas consciente de que no puede utilizar el apellido Valtinos.

–Me parece que te equivocas –afirmó Sybil acercándose a su sobrina con un brillo protector en la mirada–. Elyssa es una Valtinos.

La madre de Angel se puso tensa y la miró con los ojos como platos al tiempo que fruncía los labios con incredulidad.

–¿Mi hijo ha tenido una hija contigo? –preguntó en tono de duda–. No puede ser.

–Lo es –intervino Merry rápidamente, deseosa de terminar con aquella tensa conversación.

–Debería haberse casado con Roula. Siempre creí que, de casarse con alguien, lo haría con ella –afirmó Angelina Valtinos en un tono que era una queja amarga.

Cuando volvieron a quedarse solas, Sybil observó:

–El tacto no es una de sus cualidades. ¿Quién es Roula? ¿O no lo sabes?

Merry se sentía humillada por la tensa escena y el comentario final de su suegra sobre Roula Paulides. Esta, evidentemente, era algo más que una vieja amiga inofensiva, dedujo con tristeza.

Mientras tanto, conmocionada por la noticia de la que se acababa de enterar y muy sofocada, Angelina fue a buscar a su hijo, que estaba en el otro extremo de la mesa hablando con Vitale. Se produjo un diálogo breve y agresivo entre madre e hijo, tras el que ella se alejó a toda velocidad, agarró una copa de champán de la bandeja de un camarero y se sentó en la silla que le correspondía.

Sybil y Merry se miraron, pero no hicieron comentario alguno.

–Tu madre está muy disgustada por Elyssa –le dijo Merry a Angel cuando este se sentó a la mesa, a su lado–. ¿Por qué?

–Porque le horroriza ser lo bastante mayor para ser abuela – contestó él en tono irónico.

–¿Lo dices en serio?

–No hay nada que podamos hacer al respecto. Tendrá que aprender a aceptarlo.

–¿La ves mucho?

–Más de lo que quisiera. Utiliza todas mis propiedades –afirmó Angel–. Pero, si quiere seguir haciéndolo, deberá moderarse.

A lo largo de la tarde, Merry observó que la madre de Angel bebía como una esponja y se exhibía bailando con Primo en la pista. No se comportaba como una mujer que estuviera dispuesta a moderar su extrovertida naturaleza.

Observó asimismo que Angelina buscaba a Roula Paulides y se sentaban juntas para charlar animadamente durante largo rato. Así que, al menos de momento, ella no iba a ser santo de la devoción de su suegra, se dijo con ironía. Pensó que lo soportaría, mientras, en brazos de Angel, se deslizaba por la pista de baile. Su poderoso cuerpo contra el de ella le provocaba todo tipo de reacciones desconcertantes. Apoyó la cabeza en su hombro y aspiró su aroma como si fuera una droga sin la cual no pudiera vivir, y tuvo que contenerse para no lamerle la fuerte y morena columna de su masculino cuello.

Al final de la tarde, los recién casados volaron a Grecia, a la casa de la isla de Palos, donde Angel había nacido. Merry sentía una enorme curiosidad por la islita, por lo que le molestó no poder ver bien debido a la oscuridad.

Cuando el helicóptero aterrizó, apretadas líneas de luces que ascendían por una colina iluminaban un pueblecito blanco por encima de la bahía. Dos todoterrenos los recogieron y los condujeron por una empinada cuesta bordeada de cipreses hasta la ultramoderna casa que dominaba el promontorio. Como un enorme crucero, la casa estaba totalmente iluminada.

Se bajaron del vehículo y subieron los escalones que conducían a la casa. El personal los esperaba para saludarlos en un vestíbulo octogonal de mármol, adornado con piezas de escultura contemporánea.

–Sally va a acostar a Elyssa inmediatamente –dijo Angel agarrando de la mano a Merry antes de que ella saliera corriendo a buscar a su hija–. Está tan cansada que se dormirá enseguida. Esta noche es nuestra.

Merry se puso colorada al darse cuenta, de repente, de que se había olvidado que era su noche de bodas. Estuvo tentada de decirle que debía cuidar a Elyssa, pero sabía perfectamente lo eficaz que era Sally.

A pesar de todo, como estaba acostumbrada a ser madre a tiempo completo, le resultaba difícil apartarse temporalmente de su papel y reconocer que otra persona podía hacerlo casi tan bien como ella. Vaciló unos segundos mientras él la tenía agarrada de la mano, pero finalmente lo siguió. Los empleados los precedían con el equipaje.

–Nos han preparado la cena. Cenaremos en la habitación –dijo Angel–. Me alegro de estar en casa. Esto te va a encantar. En pleno verano suele hacer un calor insoportable, pero, en junio, la vegetación es exuberante y el aire fresco.

–No sabía que estuvieras tan apegado a tu casa –comento Merry mientras observaba la serie de impresionantes cuadros del pasillo.

–Palos es el hogar de los Valtinos desde hace generaciones. Mi abuelo derribó y volvió a levantar la casa original. Le gustaba creer que era arquitecto, pero su ambición se frustró cuando se separó de mi abuela y ella se negó a abandonar la casa. Hubo que dividirla en dos, una para mi abuela y otra para él. Y así sigue. Espero volver a unir las dos mitades algún día.

Merry frunció el ceño.

–¿Tus abuelos se divorciaron?

–No, no quisieron hacerlo, pero se separaron después de que naciera mi madre. Él era un donjuán incorregible y ella no podía vivir con un hombre como él –explicó Angel mientras se abrían las puertas de madera tallada al final del pasillo–. No llegué a conocerlos. Mi abuelo se casó cuando tenía casi sesenta años y mi abuela tenía cuarenta cuando nació mi madre. Murieron antes de que se casaran mis padres.

En el umbral de la puerta, Merry se detuvo a admirar el magnífico dormitorio. Una esquina de la enorme habitación estaba ocupada por una zona para estar. Una puerta conducía al cuarto de baño; otra, a un hermoso vestidor, donde los empleados ya estaban deshaciendo las maletas. Había una mesa al lado de la puerta de la terraza, con vistas a una enorme y fabulosa piscina con luces submarinas. En el centro de la habitación, un lecho gigante, con ropa de cama de colores mediterráneos, descansaba sobre patas doradas.

Merry sintió calor en el rostro y el pulso se le aceleró bajo su aparente tranquilidad porque deseaba a Angel, y darse cuenta de su

deseo la avergonzaba, ya que era consciente de que no podía controlarse en su presencia.

–Vamos a cenar –propuso él.

Merry, vestida con pantalones holgados de lino y una blusa verde esmeralda, se sentó. Se había puesto ropa cómoda para el viaje. Se maravillaba de que, con unos vaqueros de diseño y una camisa negra, Angel estuviera mucho más elegante que ella. Daba igual lo que llevara puesto, poseía la habilidad, suponiendo que tal cosa existiera, de tener clase y elegancia.

Les sirvieron vino y les llevaron el primer plato. La comida estaba pensada para tentar el apetito, no era pesada ni muy especiada. Como no había comido mucho en la boda, Merry lo hizo con ganas. Mientras se tomaban el segundo plato, oyó que alguien chapoteaba en la piscina y un estallido de risas. Volvió la cabeza para mirar al exterior.

Angel frunció el ceño

–*¡Diavolos!* –exclamó. Se levantó de un salto, abrió las puertas de la terraza y salió.

Merry se levantó más despacio y lo siguió para ver lo que lo había hecho saltar de la silla como si hubiesen tirado de él unas cuerdas invisibles. Se quedó asombrada al ver que los causantes del ruido eran su suegra y su novio, que estaban tonteando desnudos en la piscina. Parpadeó sin dar crédito a lo que veía, en tanto que Angel se dirigía a ellos en griego, muy enfadado.

Primo fue el primero en reaccionar. Salió del agua a toda prisa y agarró una toalla de una tumbona para enrollársela a la cintura. Angelina, furiosa, respondió a su hijo también en griego, antes de salir de la piscina por la escalerilla, totalmente desnuda y sin que pareciera preocuparle lo más mínimo. Su novio se le acercó para darle un albornoz. Su turbación por la interrupción era evidente. Sin embargo, la madre de Angel, se tomó con tranquilidad lo de cubrirse mientras lanzaba una sarta de airadas objeciones por la intromisión de su hijo.

Merry, muy avergonzada, tragó saliva, en tanto que Angel se mantuvo firme mientras, con su voz profunda, en tono sardónico y desdeñoso, cambiaba al inglés.

–No vas a utilizar la piscina mientras mi esposa, mi hija o yo estemos viviendo aquí.

–¡Esta es mi casa! –exclamó Angelina–. ¡No tienes derecho a exigirme eso!

–La casa me pertenece y ahora hay normas que se deben cumplir –contraatacó Angel con dureza–. Si no las respetas, búscate otro

sitio para vivir en la isla.

Después de haber proferido esa amenaza, Angel se volvió y le puso una mano a Merry en el hombro para que entraran de nuevo. Su madre despotricó contra él en griego, pero él no le hizo caso. Cerró las puertas de la terraza para seguir cenando.

Nerviosa por lo que había visto, Merry se dejó caer pesadamente en la silla. Estaba sofocada de inquietud.

–Creo que tu madre ha bebido mucho.

Angel le lanzó una mirada sombría.

–No trates de justificarla. Debería haberle dicho, antes de casarnos, que ya no sería bien recibida en esta casa. Su comportamiento es intolerable, y me niego a que Elyssa o tú tengáis que ser testigos de él en lo que ahora es nuestro hogar.

Merry tomó un sorbo de vino. Estaba aturdida por el espectáculo que había presenciado y se preguntó cómo habría sido para Angel criarse con semejante madre. Parecía que Angelina no tenía límites ni un concepto de lo que era aceptable. Debía de haber sido una pesadilla criarse al cuidado de una mujer tan indulgente consigo misma.

Por primera vez entendió por qué Angel se sentía tan cercano a su padre: solo tenía un progenitor; siempre había tenido un único progenitor. Era probable que Angelina nunca hubiera ejercido de madre. Merry comprendió por qué habían mandado a Angel a un internado a tan corta edad.

Cuando se hizo el silencio de nuevo en la piscina, él expulsó el aire que había estado reteniendo. Su hermoso rostro y sus anchos hombros se relajaron. Estaba decidido a que Merry no se sintiera avergonzada por las tácticas de su madre para llamar la atención. Merry era demasiado formal para soportar las escenas que a su madre le gustaba montar. En cualquier caso, su esposa tenía derecho a que Angelina la respetara. Aunque a Angelina no le cayera nada bien, tenía que aceptar que la esposa de su hijo era la nueva señora de la casa, por lo que tenía derecho a esperar determinado tipo de comportamiento.

–¿Cómo es que la casa es tuya y no de tu padre? –preguntó Angelina con curiosidad.

–Mi abuela murió varios meses después que mi abuelo. Nunca pudo controlar a su hija y, cuando se enteró de que Angelina estaba embarazada, dejó la casa a sus descendientes en vez de a ella.

Merry hizo una mueca.

–Eso es muy triste.

–No compadezcas a mi madre. Mi abuelo la adoraba y le dejó un

enorme fondo fiduciario. Toda la vida ha hecho únicamente lo que le ha dado la gana, sin tener en cuenta si su comportamiento afectaba a los demás o los hacía sufrir. Llega un momento en que eso tiene un precio –afirmó Angel–. Hace tiempo que deseo que mi madre se compre una casa donde pueda hacer lo que le plazca sin que yo me vea mezclado.

–¿Por qué no lo hace?

–Poseer una propiedad implica una serie de responsabilidades: contratar personal, mantenimiento, costes diversos… y todas esas cosas de las que se encargan los adultos –apuntó Angel sonriendo con ironía–. Mi madre evita tener responsabilidades del tipo que sea. ¿Podemos dejar ya este asunto?

–Desde luego –dijo Merry dando un sorbo de vino. Sin embargo, su cerebro rebosaba de conjeturas sobre su suegra y la relación antagónica entre su hijo y ella. Al mismo tiempo, no le preocupaba que Angelina fuera a causar problemas a la relación entre Angel y ella porque se había dado cuenta de que él no se hacía ilusiones sobre su madre y trataba de proteger a su esposa de todo enfrentamiento.

Le entristecía pensar lo que debió haber sido para él que le hubiera tocado en suerte como madre a una heredera mimada, a una juerguista que se negaba de plano a madurar y a aceptar responsabilidades. Una madre que, por lo que había visto, nunca se había comportado como una madre normal.

Era indudable que eso tenía que haber disminuido el respeto de Angel hacia las mujeres y su confianza en el sexo opuesto.

–Vamos a centrarnos en nosotros –propuso él.

A ella se le secó la boca. Se puso tensa y sintió leves temblores en la pelvis, temblores de excitación y anticipación. Le avergonzaba su susceptibilidad, estaba consternada por el poder que Angel ejercía sobre ella. Y, de repente, se preguntó si él era consciente de hasta qué punto estaba a su merced.

Capítulo 7

ANGEL la tomó de la mano y la levantó de la silla.

–Tengo que pedirte algo especial –dijo casi con dureza.

Cautivada por el brillo dorado de su intensa mirada, Merry se humedeció los labios con la punta de la lengua.

–¿El qué?

Los largos dedos de la mano masculina acariciaron su cabello, que le llegaba justo por debajo de los hombros.

–Te lo has cortado. Me encantaba como lo tenías antes. ¿Te lo dejarás crecer para mí?

Merry se quedó sorprendida, ya que se había preguntado si él siquiera se había fijado en que se lo había cortado.

–Supongo que puedo hacerlo –dijo ella con voz temblorosa.

–¿Por qué te lo has cortado? Lo tenías precioso.

Aún más desconcertada por esa pregunta tan directa que si le hubiera dicho un cumplido, Merry se sonrojó. No podía decirle la verdad ni pensar en recuerdos desgraciados en aquel momento de su matrimonio, como tampoco mencionar verdades que él creería que constituían un reproche. Cuando se había quedado embarazada y luchaba, día tras día, contra la sensación interminable de las náuseas y el agotamiento, la cantidad de cuidados que le exigía su largo cabello le habían parecido una carga añadida innecesaria.

–Me daba mucho trabajo cuidármelo durante el embarazo –musitó, incómoda.

–Por suerte, ya no tienes que cuidártelo –dijo Angel–. Añade una estilista a tu personal.

Merry lo miró con los ojos como platos.

–¿Voy a tener mi propio personal?

–Por supuesto. Necesitarás una secretaria para que se ocupe de tu agenda, alguien que te haga las compras, a no ser que quieras hacerlas tú –le propuso Angel–. Ya te he proporcionado un nuevo guardarropa…

–¿Ah, sí? –lo interrumpió Merry.

–Es un regalo de boda. No estaba seguro de que quisieras molestarte tú en hacerlo –explicó él mientras le recorría el labio inferior con la punta del dedo, lo cual a Merry le provocó un escalofrío–. Nunca me ha parecido que te interesaran la ropa y la apariencia.

–No me interesan –reconoció ella, casi sintiéndose culpable–. Sybil siempre ha intentado convencerme de que ir de compras es divertido.

–No quiero que tengas que hacer cosas que no deseas –observó él con voz ronca–. No quiero que cambies tu forma de ser para adaptarte a mi mundo, así que lo más fácil es disponer de alguien que se encargue de lo que menos te guste hacer.

El corazón de Merry se le desbocó.

–¿Te gusta como soy?

–Mucho –aseveró Angel–. Eres inusual y lo valoro.

Una sonrisa lenta suavizó la línea tensa de los labios femeninos.

–¿Y eres fetichista?

La expresiva boca de Angel esbozó una sonrisa lobuna al tiempo que atrapaba a Merry con su intensa mirada.

–Solo desde el momento en que te conocí.

Una oleada de calor invadió a Merry y la dejó sin aliento.

–Eso es lo más romántico que me has dicho.

–No soy romántico, *kouka mu* –dijo Angel con inquietud mientras fruncía el entrecejo–. Para mí, fue una sensación sexual e instantánea.

Merry reflexionó con tristeza que, para ser sinceros, a ella le había pasado lo mismo ese primer día: una reacción física instantánea y poderosa que se había ido profundizando al continuar viéndolo.

Angel le puso las delgadas y bronceadas manos en la cintura y le desabrochó los pantalones. Ella contuvo el aliento mientras sentía que los pechos se le hinchaban en el sujetador, los pezones adquirían febril prominencia y el centro de su feminidad se le derretía. Se puso a temblar y en estado de alerta incluso antes de que la atrajera hacia sí y apretara con avidez su boca contra la de ella.

–*Thee mu*… Te deseo todavía más ahora de lo que te deseaba entonces. Y ya era mucho. Pero es cierto que nunca hasta ahora he tenido que ser paciente.

–No tienes paciencia –susurró ella con los labios enrojecidos–. Lo quieres todo para ayer.

–Cuando conseguí que volvieras a mí no quise ser demasiado

exigente por si cambiabas de opinión. Antes de la boda, me parecía tener una camisa de fuerza en tu presencia que me obligaba a comportarme bien –se quejó.

Merry soltó una carcajada, fascinada al comprender que había interpretado su contención, tan poco característica de él, de manera acertada.

Lo conocía mejor de lo que pensaba, se dijo victoriosa. La emocionó que él se lo hubiera confesado. No había querido arriesgarse a alejarla y perderla. A perderlas, se corrigió estremeciéndose consternada, lo que hizo que su emoción se evaporara.

Había sido paciente con la madre de Elyssa por la niña, temeroso de no poder relacionarse con ella si no se casaban, lo cual llevaba a considerar su actitud desde una perspectiva totalmente distinta.

–Para mi desgracia, soy, por naturaleza, un hombre muy exigente –reconoció Angel mientras le desabotonaba la blusa, se la abría y la empujaba sobre sus delgados hombros hasta hacerla caer al suelo–. Tampoco me gusta esperar ni posponer la gratificación.

Ella contuvo la respiración porque sentía timidez al haberse quedado solo con el sujetador de encaje. Aunque habían tenido relaciones íntimas dos veces, la primera habían estado casi a oscuras, y la segunda se habían comportado los dos con tal frenesí que ella no había tenido tiempo de sentir la más mínima timidez.

Ahora, sin embargo, la cara le ardió cuando Angel le soltó el sujetador y liberó sus senos, redondos, hinchados y pesados.

–Creo que me he muerto y estoy en el paraíso –dijo él, tomándola en brazos y llevándola a la cama–. Me encantan tus curvas.

–Me alegro, porque no tengo otras –señaló Merry mientras se contenía para no cubrirse lo senos, que el embarazo había hecho aumentar de tamaño.

Angel se los agarró y se los masajeó y acarició antes de echarse hacia atrás para quitarse la camisa por la cabeza. Un revoltijo de rizos negros, que brillaba a la tenue luz de la habitación, le cayó sobre la frente y el delgado y fuerte rostro, tenso de deseo, mientras los ojos le brillaban como lingotes dorados.

Con el pulgar le acarició un tembloroso pezón hasta que se le endureció. Ella reaccionó temblando y dejando escapar el aliento por los labios entreabiertos con un silbido audible.

–Haces bien en temblar porque quiero comerte entera –la advirtió Angel mientras llevaba sus manos a la cintura de ella para

quitarle los pantalones de lino, de los que tiró sin ninguna ceremonia arrastrando con ellos, con descarada satisfacción, la última prenda que le quedaba–. Siempre hemos tenido mucha prisa en llegar a la meta. Pero esta noche no será así.

Merry notó humedad entre los muslos y se puso colorada como un tomate al darse cuenta de que su cuerpo ya estaba listo para él, que se adelantaba impaciente y desvergonzadamente hacia esa meta que él había mencionado,

Pensó que él conseguía que fuera resuelta y descarada y que estuviera ávida de placer. Le daba la vuelta a todo lo que ella creía saber de sí misma. Lo había hecho desde el principio.

Sin dejar de mirarla, Angel se puso de pie para quitarse el resto de la ropa. Era tan hermoso que ella admiró su largo y flexible torso, levemente salpicado de vello negro y rizado, la maravillosa definición de sus músculos, los largos, poderosos y velludos muslos y el atrevido y ávido empuje de su masculinidad. Se le contrajo el estómago y se le secó la boca de pecaminoso deseo.

Angel volvió a su lado y sus ojos la dejaron embelesada mientras la contemplaba. Le puso las manos en las caderas y la boca en una de sus cimas rosadas. Ella se contuvo para no gritar mientras él jugueteaba con los rosados capullos hasta que la sensación le resultó casi insoportable.

Él deslizó un dedo entre sus húmedos pliegues y ella se arqueó y, sin poder evitarlo, le pidió más. Él le separó los muslos para invadirle el cuerpo con hábiles dedos y explorarle la carne más tierna.

Merry ya estaba tan excitada que apenas podía contenerse. Angel jugó con ella utilizando la boca y la lamió y besó hasta que ella se retorció impotente ante sus caricias. Tenía el cuerpo en llamas, agitado y excitado más allá de lo soportable, como si cada terminación nerviosa hubiera alcanzado el punto de saturación y la lanzara cada vez más arriba, a medida que transcurrían los segundos, hasta que su cuerpo estalló en un clímax extático sin ella quererlo. Lanzó un grito mientras su cuerpo se contorsionaba con la intensidad de la liberación y oleadas convulsas de placer la volvían a recorrer.

–Verdaderamente lo necesitabas –dijo Angel con voz ronca mirándole con complicidad el rostro sofocado–. Yo también. Necesitaba ver de nuevo cómo alcanzabas el clímax. Necesitaba saber que soy el único hombre que te contempla así.

–¿Por qué? –preguntó ella, asombrada por lo que le acababa de decir.

Angel se encogió de hombros.

–No lo sé –reconoció con total despreocupación por su ignorancia y los motivos que la provocaban–. Pero cuando te vi besándote con aquel veterinario me dieron ganas de eliminarlo de la faz de la tierra.

Merry, sobresaltada se incorporó y se quedó sentada en la cama. Se abrazó las rodillas, consternada.

–¿Cómo me viste?

–Un detective privado os ha estado observando, a Elyssa y a ti, discretamente durante meses, por motivos de seguridad. Es el procedimiento habitual en mi familia y no es negociable –contestó Angel sin disculparse–. Tenía que estar seguro de que estabais a salvo. Me mandaron una foto en la que se os veía besándoos. No necesitaba verlo ni lo pedí. Y no me hizo ninguna gracia.

Merry se quedó helada. La sorpresa y el resentimiento se apoderaron de ella.

–¿El procedimiento habitual?

–Debo encargarme de vuestra seguridad –afirmó él–. Pero a veces prefieres no saber los detalles. ¿Te acostaste con él?

–No es asunto tuyo –respondió ella al tiempo que se levantaba de la cama–. ¿Con cuántas mujeres has estado desde que concebimos a Elyssa?

El silencio burbujeó como un hervidor que hubiera alcanzado el punto de cocción.

Merry se volvió hacia él tan enfadada que ni siquiera le importó estar desnuda.

–Ya me parecía que eso te callaría la boca.

–Después de nuestro accidente con el preservativo, tardé meses en volver a estar con alguien. Te seguía deseando, pero tenía que mantenerme a distancia de ti –el rostro de Angel estaba rígido por el recuerdo de su frustración y su resentimiento–. Ninguna mujer me excitaba. Habías destruido mi impulso sexual y, por fin, conseguí romper el hechizo una noche en que me emborraché mucho.

Merry se dijo, mientras entraba en el cuarto de baño, que aquel era el Angel brutal y categórico que conocía. Lágrimas calientes llenaban sus ojos. Quería matarlo, arañarle, por celos, su hermoso rostro y hacerlo sangrar como castigo.

La consumían los celos y el odio, y amenazaban con partirla en dos porque no sabía cómo defenderse de semejante sinceridad. Por supuesto que había pensado que habría habido otras mujeres mientras estaban separados, otras aventuras y entretenimientos

sexuales. Pero una cosa era pensarlo y otra muy distinta saberlo.

En el cuarto de baño, Angel la estrechó entre sus fuertes brazos.
.

–Fue el peor sexo que he tenido.

–¡Que bien! –le espetó ella con total sinceridad.

–No fue como lo nuestro. No fue lo que verdaderamente deseaba, pero no podía tener lo que quería y el celibato hacía que me sintiera un pelele –gimió él con la boca pegada a su nuca–. Me tenías sexualmente atrapado, lo que me había puesto nervioso desde el principio. Me parecía tóxico, peligroso.

–Supongo que tendré que darte las gracias –dijo ella mientras él la estrechaba con más fuerza, aprisionándola en el calor húmedo de su poderoso cuerpo.

–A ti te pasaba lo mismo y también tuviste que luchar contra ello –le recordó él.

Era verdad, reconoció ella de mala gana. Ese deseo todopoderoso la había asustado y abrumado, además de haberla hecho consciente de su vulnerabilidad. ¿De verdad le habría pasado a él lo mismo?

–Aunque el preservativo no se hubiera roto esa noche, habría salido corriendo –afirmó Angel en voz baja–. Me parecía que había perdido el control y que no podía vivir así.

–Yo tampoco –confesó ella.

–Pero ahora que llevas ese anillo en el dedo, todo me parece distinto –declaró él respirando sobre su hombro al tiempo que sus manos le recorrían el cuerpo para celebrar el sentido de posesión que bramaba en su interior–. Ahora eres mía, toda mía.

–¿Ah, sí? –se atrevió a preguntar ella.

El cuerpo de Angel vibró con su risa. Él le colocó las manos en los senos, sopesándoselos y tirándole de los pezones, lo cual hizo que a Merry la atravesara un dulce estremecimiento hasta el húmedo centro de su feminidad.

–Si aún no lo sabes, es que estoy haciendo algo mal –dijo él tomándola en brazos para volver a llevarla al dormitorio.

–Solo tiene usted una cosa en el cerebro, señor Valtinos –afirmó Merry, mientras la depositaba en la cama y se tendía sobre ella, deseoso de más acción.

–No, solo reclamo a mi esposa –declaró él al tiempo que se deslizaba entre sus muslos se los levantaba y la penetraba con voraz dominio sexual–. Y esta noche nada va a apartarme de ti. Ni mis errores ni mis fallidos intentos de enmendar las cosas, ni tampoco la decepción que te causé, ni mi incapacidad para estar a la altura de

tus elevados ideales. Estamos casados y haremos todo lo que podamos para salir adelante.

Su repentina entrada en sus dulces profundidades hizo que ella, primero, se tensara para después derretirse de excitación. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. Su cuerpo era un instrumento erótico dominado por Angel. Las maravillosas sensaciones que experimentaba hicieron desaparecer el dolor y la desilusión.

Más tarde, desde luego, retomaría el dolor, se amargaría y se odiaría a sí misma, pero, en aquel momento, no podía aferrarse a ese dolor, cuando una exquisita oleada de sensaciones invadía su centro con cada movimiento sensual de Angel.

Por primera vez, le pareció que era suyo. Y cuando un clímax explosivo la encendió de dentro afuera, y él gimió con apasionado placer sobre su cabello, ella se calmó y se sintió gratificada por ser la fuente de esa satisfacción sin inhibiciones.

Capítulo 8

MERRY y Angel estaban tumbados uno al lado del otro en el naranjal que crecía por encima de la playa privada. Los días se habían sucedido como si el tiempo no existiera, lo que, de forma gradual, había eliminado toda la tensión que sentía Merry y le había enseñado a relajarse.

Le resultaba increíble que ya llevaran un mes entero en la isla. Le dolía el cuerpo por las exigencias de Angel, a pesar de que ella siempre estaba más que dispuesta, pero le seguía sorprendiendo el deseo voraz que sentía por ella.

Se repetía que era sexo, solo sexo. Pero, en la oscuridad de la noche, cuando Angel no era el sabelotodo sardónico habitual, se acurrucaba junto a él y se deleitaba en la intimidad que los unía.

Mantenerse a una distancia prudente de un hombre tan desvergonzadamente apasionado como aquel con quien se había casado era imposible. Angel no tenía límites. Se metía en el despacho de la casa para trabajar un par de horas y, después, la iba a buscar, dondequiera que estuviese, y la volvía a llevar a la cama, como si hiciera por lo menos un mes que se hubiesen separado.

–Te he echado de menos –decía lleno de satisfacción mientras Merry seguía con el pulso todavía acelerado después de haber hecho el amor.

–Podría trabajar contigo.

–Eres mi esposa y la madre de mi hija. Ya no eres mi empleada.

–Podría ser tu socia.

–No podemos estar juntos las veinticuatro horas del día, siete días a la semana –había dicho él en tono seco–. No sería sano.

A veces, lo que Merry pensaba que no era sano era todo el amor que Angel había llegado a inspirarle. Era una verdad que había esquivado todo el tiempo que había podido: lo quería.

Reconocía, compungida, que solo porque quería a Angel y a su hija había accedido a darle una última oportunidad. Seguía habiendo mil cosas por las que deseaba castigarlo, pero sabía que

los pensamientos amargos y vengativos no llevaban a ninguna parte y acabarían por destruir toda esperanza de que ellos pudieran conseguir una relación estable. Le parecía que, a ese respecto, ella era sensata, muy sensata. Solo se volvía estúpida cuando se trataba de Angel.

A veces tenía que esforzarse mucho para ocultar su amor. Veía a Angel reírse por las gracias de Elyssa mientras la bañaban, y el modo en que la diversión dulcificaba sus hermosos rasgos, y no podía apartar la vista.

La había llevado a cenar a la taberna del pueblo, situada encima del puerto, y le había presentado a la gente de la localidad. Nunca lo había visto tan relajado en compañía; se había olvidado de su cortante cinismo habitual.

La había sacado de la cama para subir a la colina más alta de la isla a ver amanecer y le había reprochado que se quejara de lo cansada que estaba. Y, al llegar a la cima, le había quitado la energía que le quedaba teniendo sexo al aire libre.

Por supuesto que estaba cansada, ya que hacía el amor la mitad del día y de la noche y estaba físicamente activa las horas restantes esforzándose al máximo en igualar el alto nivel de energía de Angel.

Resultaba una ironía que reinara una paz total en la casa de los Valtinos desde el día siguiente de la boda. Angel le había dicho que su madre y su novio se habían marchado al amanecer de ese día, sin destino conocido, tras dejar la parte de la casa en la que se habían alojado en un estado deplorable que el personal tuvo que encargarse de limpiar.

Merry se había sentido aliviada y culpable de sentirse así, ya que, le gustara o no, la complicada madre de Angel ahora formaba parte de su familia, por lo que tendrían que integrarla de algún modo en su vida o se convertiría en un problema continuo.

Habían salido a navegar en el yate de Angel, habían visitado otras islas, habían ido de compras y de pícnic. Habían celebrado una enorme fiesta en la casa, a la que habían acudido todos los parientes de Angel, cercanos y lejanos. Merry había conocido a su primo segundo, el que vivía en Londres y sabía todo lo sucedido en la primera visita que Angel había hecho a Merry, antes de conocer a Elyssa. Y Merry se había reído mucho al saber con qué astucia había intentado él averiguar algo más sobre bebés antes de presentarse como nuevo padre de uno.

–¿Cuál es tu color preferido? –le preguntó ella, con voz soñolienta.

–No soy una chica. No tengo un color preferido –contestó él en

tono divertido.

–¿Cuál es tu signo del Zodiaco?

–Mira el certificado de nacimiento, perezosa. Soy Escorpio, pero no me creo esa mier…

–Cuidado con esa lengua –le advirtió ella poniéndole un dedo en los labios.

–Mojigata, recatada y remilgada –la calificó él de inmediato.

–¿Y tu primer amor? ¿Cuántos años tenías? –le presionó Merry desafiando su censura al tiempo que se preguntaba cómo podía seguir teniendo esa idea de ella después del tiempo que llevaban juntos.

–Era muy joven. Es mejor que no lo sepas.

–Pero es que quiero saberlo –protestó ella estirándose con indolencia en aquel calor húmedo y preguntándose vagamente qué hora sería.

Habían pasado la mañana bañándose y jugando con Elyssa en la playa. Después, Sally había bajado a recoger a la niña para llevarla a la casa, darle de comer y acostarla para que durmiera la siesta. Ahora las olas susurraban en la orilla a pocos metros de ellos, mientras el bosque de cañas que protegía el naranjal de las brisas costeras los ocultaba por completo de miradas ajenas.

–Tenía catorce años. Fue una de las amigas de mi madre –reconoció Angel con expresión sombría.

Merry, con el ceño fruncido, se volvió para mirarlo.

–¿En serio?

–Sigues siendo una ingenua –gimió Angel que se irguió para mirarla apoyándose en los codos y flexionando los músculos de su bronceado torso desnudo. Sus caderas resaltaban por encima de los pantalones cortos, de cintura baja. A Merry se le secó la boca al contemplar tal despliegue de belleza masculina y el corazón le dio un vuelco por la excitación que la invadió con la fuerza de una tormenta.

–¿Cómo crees que eran las cosas cuando yo era adolescente y quien mandaba en casa era Angelina? Cuando volvía del internado para pasar el verano, no había reglas de ningún tipo. Solo se celebraban fiestas salvajes y decadentes, y la casa siempre estaba llena de gente. Aunque te parezca mentira, mi madre, por aquel entonces, era aún más desinhibida que ahora. Yo era un adolescente con las hormonas revolucionadas, por lo que, como es natural, pensé que era fantástico tener la libertad de hacer lo que me diera la gana. Nunca le conté a mi padre las orgías que se montaban.

–Así que tu primera experiencia fue con una mujer mayor que tú

–dedujo Merry, resuelta a pasar por alto la sórdida revelación y a no juzgarlo, porque creía que, al ser él tan joven e inocente, más que haber sido un pecador habían pecado contra él.

–Y la experiencia fue decepcionante –observó Angel en tono desdeñoso–. Me resultó sórdida, me sentí utilizado. Cuando las fiestas aquí duraban demasiado, solía bajar y quedarme en casa de la familia de Roula durante unos días.

–¿Vivía entonces en la isla? –preguntó Merry sorprendida.

–Lo sigue haciendo. Como yo, Roula nació y se crio en Palos. Y conserva su casa. Dirige una cadena de salones de belleza y vuelve aquí cuando necesita un descanso. Sin embargo, al contrario que yo, tuvo una familia estructurada, sus padres no se divorciaron y su hogar era un pequeño oasis de paz y tranquilidad. Me encantaba escaparme para ir allí. Las reglas y las comidas a sus horas son más atractivas de lo que pudiera pensarse.

–Lo entiendo –le aseguró Merry–. Mi madre era muy desorganizada. Cuando le apetecía comer, no había nada en la nevera. Cuando quería salir, no contrataba a una niñera para que me cuidase. A veces me dejaba en la cama y se marchaba. Eso no se lo he contado a Sybil. Sin embargo, cuando estaba con mi tía, reinaba la estabilidad. .

De repente, Angel exclamó:

–*Thee mu*… ¡Se me había olvidado! Ha llamado tu tía para preguntarme si habría alguna posibilidad de que volviéramos a Gran Bretaña en las dos semanas próximas porque tu madre va a regresar de Australia para quedarse con ella un tiempo y quiere verte. Le he dicho que trataría de arreglarlo.

Merry frunció el ceño. No le apetecía repetir otra escena de reconciliación con su madre. A Natalie le gustaban las escenas emotivas, disfrutaba preguntando a Merry por qué no se comportaba como una hija normal y la quería y valoraba. No parecía haberse dado cuenta de que el tiempo para establecer la base de tales vínculos había pasado.

Habían perdido el barco y Merry había aprendido a arreglárselas sin su madre, a la que había sustituido por Sybil, una persona digna de confianza.

–No pareces muy entusiasmada –dedujo Angel examinando con ojos astutos el preocupado rostro de Merry–. Sybil me ha dado a entender que era verdaderamente importante que vieras a tu madre en algún momento. Creo que tiene la esperanza de que mejores las relaciones con su hermana.

Merry se encogió de hombros con brusquedad.

–Ya lo he intentado, sin resultado alguno. Sybil es una persona conciliadora y desea que todo el mundo sea feliz, pero yo siempre molesto a Natalie diciendo o haciendo algo que, en su opinión, está mal.

–Prueba a darle otra oportunidad –le pidió Angel, lo cual le sorprendió–. Yo tampoco me llevo bien con mi madre, pero ella no hace el más mínimo esfuerzo por llevarse bien conmigo. La tuya, al menos, está dispuesta a intentarlo.

–Y, cuando la cosa sale mal, siempre me echa la culpa –afirmó Merry con amargura.

–Tú también eres implacable cuando alguien no está a la altura de tus expectativas –murmuró Angel–. Sé que no me has perdonado por haberte abandonado.

Ella se quedó petrificada.

–¿Qué te hace pensarlo?

–Sé sincera. Sigo en periodo de prueba. Todavía esperas que haga algo horrible o que me muestre tal como soy en realidad –dijo él con impaciencia–. Te reprimes. Controlas todo lo que haces y dices y siempre me das una versión cuidadosamente aséptica de las cosas.

Merry lo miró a los ojos y vio en ellos lo exasperado que estaba. Estaba consternada y se sentía culpable. Pero lo que más le desconcertaba era la claridad con la que él había visto más allá de su fachada, de su temeroso deseo de mantener la paz entre ellos.

Angel levantó la mano y acarició la suave y carnosa curva de su labio inferior mientras ella se lo mordía.

–No era mi intención portarme así –reconoció ella con incomodidad.

–Tendré que hacer algo con esa vena pesimista tuya. Por descontado, pon el listón alto, porque me gustan los retos –le aseguró Angel–. Pero no me ahogues antes de que haya cumplido tus expectativas más bajas.

–No tengo bajas expectativas –protestó ella sin aliento y con las mejillas ardiendo.

Angel le agarró la mano y se la puso debajo de su estómago con una deslumbrante sonrisa de desacuerdo.

–Venga, dime, por una vez, que estás muy cansada o que no te apetece.

Ella dobló los dedos sobre su piel caliente por el sol y se soltó de su mano para recorrer el vello sedoso que le descendía desde el ombligo y se perdía debajo de la cintura de los pantalones, mientras el deseo anidaba en el vientre de ella.

–No lo entiendes, ¿verdad? –susurró mientras le desabrochaba el primer botón que la separaba de él–. Por muy cansada que esté, no puedo evitar que siempre me apetezca –confesó con voz insegura–. No finjo ni trato de complacerte.

Notó que él contenía la respiración mientras ella atacaba los otros botones. Sintió la dureza de su excitación, que, obviamente, él no podía ocultarle, y le encantó que él la deseara de manera tan descarada.

Había supuesto que su entusiasmo inicial desaparecería cuando ella dejara de ser una novedad en su cama, pero Angel no había flaqueado lo más mínimo.

Le bajó los pantalones y extendió el brazo hacia él.

Angel la contemplaba fascinado. Lo había vuelto a pillar por sorpresa y a desafiar todas sus expectativas con un atrevido contraataque, a pesar de su falta de experiencia. Valoraba enormemente su capacidad de desconcertarlo y se deleitaba al darse cuenta de que ella parecía tener más interés en el cuerpo de él que en el guardarropa que le había comprado.

No se parecía a ninguna de las mujeres con las que había estado. No le impresionaba su riqueza ni lo que pudiera comprarle.

Los dedos de ella lo acariciaron y una dulce sensación de placer se apoderó de él. Soltó el aire por entre los dientes y se tumbó, cediéndole el control sin dudarlo.

Merry le lamió la larga y poderosa columna dándole golpecitos con la lengua, ansiosa de devolverle sus atenciones, aunque su intento no fuera tan logrado como el de él. Angel tensó los músculos del abdomen, levantó las caderas y un sonido muy sexy se escapó de sus labios entreabiertos.

Y ella sonrió, encantada de su reacción, de su inesperada disposición a dejar que, para variar, ella tomara el mando. Cerró la boca en torno a él y Angel gimió en voz alta mientras sus dedos se introducían en el cabello de ella para animarla a seguir y controlar el ritmo.

–¡Basta! –exclamó él bruscamente apartándola y colocándola con destreza debajo de él para obtener lo que realmente deseaba y necesitaba.

Abierta bajo él como una estrella de mar, Merry gritó cuando él la embistió directamente, con feroz urgencia y pasión desatada. Sus delgadas caderas subían y bajaban entre los esbeltos muslos de ella provocándole oleadas de dulce placer que la recorrían de arriba abajo.

La excitación de él fue aumentando de manera exponencial y,

cuando dio la vuelta a Merry y la puso de rodillas para volver a embestirla una y otra vez, mientras la acariciaba con el pulgar, hizo que alcanzara un clímax explosivo que la dejó sollozando mientras jadeaba y trataba de recuperar el control.

–No, esta vez no has fingido ni tratado de complacerme –le murmuró Angel al oído con satisfacción mientras le retiraba el cabello del sofocado rostro y la besaba.

En algún momento de la noche, Angel la despertó. Ella abrió los ojos y lo miró soñolienta. Estaba vestido con un elegante traje y recién afeitado. Él se sentó en el borde de la cama.

–Me voy a Londres. Hay una crisis en la Bolsa y prefiero manejarla desde allí, rodeado del personal que trabaja para mí. He organizado tu vuelta para mañana por la mañana. Ahora, vuelve a dormirte –dijo él acariciándole la mejilla con inesperada ternura–. Cuando hayas visto a tu tía y a tu madre, puedes ir a reunirte conmigo.

Angel miró a su esposa, un poco inquieto por el sentimiento de culpa que lo invadió cuando observó las sombras que tenía debajo de los ojos y la cansada caída de sus párpados. Había sido demasiado exigente. No se saciaba de ella en la cama ni fuera de ella, y Merry se esforzaba tanto en ser la esposa y la madre perfectas que no tenía tiempo para sus propios deseos.

Él era egoísta, siempre lo había sido, e intentaba serlo menos, a pesar de lo que le costaba. Pero, cuando la deseaba a su lado, le resultaba difícil no satisfacer su deseo. Dejarla dormir toda la noche era un sacrificio cuando lo que quería era tenerla a su lado en el viaje.

–¡Me saca de quicio que decidas por mí! –exclamó ella, llena de frustración–. Podría haber viajado contigo.

–No me parece bien sacar a Elyssa de la cama a estas horas de la noche, y tú estás agotada. Te propongo que la dejes aquí con Sally, a menos que planees quedarte con tu familia unos días –dijo Angel enarcando una negra ceja a modo de pregunta.

Merry suspiró. No le entusiasmaba en absoluto volver a ver a su madre.

–No es probable. Después de un par de horas poniéndonos al día, lo más seguro es que esté deseando huir de allí.

Angel se puso de pie. Su elegancia y su energía, tan sexys, retuvieron la mirada de ella como si fueran una llama ardiendo en la oscuridad.

–Y estaré contento de que vuelvas –afirmó con una deslumbrante sonrisa que a Merry le derritió el corazón y los sentidos.

A la mañana siguiente, Merry recordó esa conversación mientras se tomaba un café en la terraza. Era el día libre de Sally y Merry acababa de subir a Elyssa a su habitación para que durmiera un rato, lo cual la permitía relajarse al sol. Se estiró el veraniego vestido rojo que se había puesto para impedir que se le subiera más arriba de los esbeltos muslos porque no quería enseñárselos al jardinero, que estaba cortando el césped.

Angel le había comprado un nuevo guardarropa y había dejado su huella en él. Las faldas eran muy cortas, los escotes muy bajos o ceñidos y los colores muy atrevidos, aunque lo cierto era que ella no estaba acostumbrada a lucir su figura ni a llamar la atención.

Tal vez ese hubiera sido el malvado plan de Angel al comprarle la ropa, pensó divertida; tal vez tuviera la esperanza de llevarla de compras ofreciéndole una serie de prendas que a ella le parecieran muy atrevidas. Se dijo que no andaba muy descaminada al pensarlo. Sin embargo, la ropa interior le quedaba muy bien y era de su gusto, sencilla y cómoda, en vez de provocativa y recargada.

Una de las doncellas salió a la terraza para anunciarle que tenía visita. Unos segundos después apareció Roula Paulides esbozando una gran sonrisa en su hermoso rostro, a modo de saludo.

–He oído despegar el helicóptero de Angel anoche y he pensado que sería una buena oportunidad de que nos conociéramos mejor.

Resuelta a parecer acogedora, Merry sonrió y le ofreció un café. Roula era una de las amigas más antiguas de Angel, aunque Merry también era consciente del instinto de posesión que vibraba en su interior cuando revivía cómo se había sentido al ver a su esposo en compañía de aquella glamurosa rubia.

Roula se sentó. Se la veía muy segura de sí misma con su ropa informal de diseño, su cabello rubio, recogido con mucho estilo en un moño, y sus ojos castaños, que se le iluminaron al volver a sonreír.

Algo en esa segunda sonrisa advirtió a Merry que su visitante no estaba ni la mitad de tranquila de lo que quería aparentar.

–Que quede claro que no voy a convertir esta visita en un hábito –le aseguró Roula al tiempo que levantaba la taza de café–. Las dos tenemos derecho a nuestra intimidad. Nos veremos de vez en cuando, siempre que Angel dé una gran fiesta, porque son las únicas veces en que me invita a su casa.

–Serás bienvenida siempre que quieras visitarnos –respondió

Merry mientras se preguntaba si Roula la estaba acusando, dando un rodeo de forma artera, de ser una esposa celosa y posesiva que desconfiaba de las amigas de su esposo.

–No puede ser, ya que Angel no lo consentiría –objetó Roula–. No lo consideraría adecuado, dadas las circunstancias. Creí que ya te habría hablado de nuestro acuerdo, aunque nunca justifica su estilo de vida y, como la mayoría de los hombres, intenta evitar los conflictos.

Mientras Roula hablaba, Merry había ido abriendo cada vez más los ojos al tiempo que intentaba entender a qué se refería.

–¿Qué acuerdo? –preguntó con determinación–. Creo que no sé a qué te refieres.

Roula le lanzó una mirada cínicamente divertida.

–Soy la amante de Angel desde hace años.

Durante unos segundos, Merry creyó que no había oído esa afirmación porque le supuso un golpe tal que el cerebro, incrédulo, se le quedó paralizado. Miró a su acompañante sin saber qué decir.

Roula, al darse cuenta, se encogió de hombros.

–Así vive Angel y yo nunca he sido capaz de negarle nada. Si tú y yo alcanzamos un compromiso que nos permita vivir a las dos, la vida nos será mucho más fácil. No soy celosa y espero que tú tampoco lo seas.

Merry se estremeció.

–A ver si lo he entendido: ¿Has venido a decirme que te acuestas con mi esposo?

–Últimamente no. Angel no me necesita ahora, ya que tiene a una nueva mujer en la cama –afirmó Roula en tono seco–. Pero, con el tiempo, cuando dejes de suponerle una novedad, volverá a mí. Lo acepto. Siempre lo he aceptado y tú lo harás también si eres lista y quieres seguir siendo su esposa. No puedes poseerlo ni enjaularlo.

Merry miró más allá de la cabeza de Roula, incómoda por la repentina intensidad de su voz y por la dura y descarada confianza con la que hablaba, porque daba a entender que era ella la que conocía a Angel mejor que nadie.

En la colina, a cuyos pies se estaba el pueblo, se hallaba la casa de los Paulides, una villa blanca y moderna. Angel le había indicado, sin darle importancia, que era allí donde Roula vivía.

En estado de shock y tratando de negar desesperadamente lo que acababa de oír, Merry cerró los puños en el regazo. No podía ser cierto; de ninguna manera podía ser verdad que Angel tuviera un acuerdo permanente de no exclusividad sexual con esa otra mujer y que no se lo hubiera contado.

–Pareces sorprendida, pero ¿por qué? Somos amigos desde la infancia y siempre hemos estado muy próximos el uno del otro. Nos entendemos a la perfección –dijo Roula con calma–. Del mismo modo que yo acepté que, después del nacimiento de vuestra hija, él acabaría casándose contigo inevitablemente. No te quiere, ni tampoco a mí, pero cumplirá con su deber de padre. He venido únicamente para asegurarte que no interferiré en tu matrimonio en modo alguno y que espero que no seas rencorosa y trates de impedir que Angel me vea.

Merry tragó saliva ante esa vana esperanza.

–¿Qué ganas tú con ese extraño acuerdo? –le espetó.

Roula se echó a reír.

–Una parte de él, con lo cual estoy dispuesta a conformarme. Lo he querido desde que era una niña. Libró a mi padre de la bancarrota y me financió mi primer salón de belleza. Cuando yo era más joven esperaba que acabara viéndome como una posible esposa, pero, desde luego, eso no ha sucedido. Casarse con la amante no está en los genes de un Valtinos.

Merry sintió náuseas. Tomarse el café sin ahogarse le suponía un enorme esfuerzo. Roula se las arreglaba para que todo pareciera normal, inevitable. Quería a Angel y no tenía ningún reparo en hacer lo que fuera necesario para aferrarse a su escasa participación en su vida, por lo que había aceptado que hubiera otras mujeres y, al final, una esposa con la que tendría que compartirlo

Sin embargo, dicha aceptación a Merry le resultaba incomprensible. Era una persona de todo o nada. Le había dicho a Angel, antes de acceder a casarse con él, que no podría haber otras mujeres en su vida y que esperaba que le fuera completamente fiel. Él había estado de acuerdo con esa condición. ¿Había mentido? ¿Esperaba que ella cambiara de opinión? ¿O pensaba comportarse con tanta discreción que ella nunca se enteraría de que a veces se acostaba con Roula Paulides?

Merry intentó librarse de su aturdimiento y recuperar su capacidad de razonar. ¿Iba a aceptar que Roula le había dicho la verdad? ¿Por qué iba a mentirle sobre su relación con Angel? ¿Pudiera ser que, sencillamente, intentara crear problemas a su matrimonio? ¿Con qué fin, a menos que tuviera una relación con Angel, por lo que saldría ganando si el matrimonio de ellos se iba a pique?

Además, según Roula, ¿Angel no había estado con ella desde hacía un tiempo? ¿O desde su boda? A Merry, la cabeza le daba vueltas. Quería hacer las maletas, recoger a su hija y volver a toda

prisa a Gran Bretaña para llevar una vida normal y sana, en la que una belleza rubia no entrara tranquilamente en su casa una mañana para anunciarle que estaba enamorada de su esposo y deseosa de continuar teniendo relaciones sexuales con él sin problemas.

Un inmenso dolor atravesó el corazón de Merry y la sacó de su aturdimiento. Había sido feliz, pensó desconsoladamente, muy feliz con Angel y con su matrimonio, tal como era. Nada le había parecido mal ni nada había levantado sus sospechas. Se había creído sus promesas de fidelidad y que juntos tenían un futuro.

Sin embargo, si creía lo que Roula le había contado, su futuro con Angel sería una farsa engañosa y frágil, ya que nunca aceptaría que la traicionara con otra mujer. Nunca lo compartiría con nadie.

–Puesto que ya has dicho lo que has venido a decir, creo que deberías marcharte –dijo Merry a Roula en voz baja, con un gran dominio de sí misma, a pesar de lo vulnerable que se sentía.

–Espero no haberte disgustado –respondió Roula, sin ningún convencimiento–. Sospechaba que no lo sabías y no me parecía justo.

En lo que a Merry respectaba, no había nada justo en la actitud de Roula hacia Angel, su matrimonio o su esposa. Roula tenía unas convicciones que se basaban exclusivamente en lo que deseaba. Parecía vivir para complacer a Angel.

Merry quería a Angel, pero nunca había cerrado los ojos ante sus defectos. ¿Había descartado él su relación íntima con Roula del mismo modo que había preferido pasar por alto el hecho de que antigua empleada, ya embarazada, podía necesitar de él algo más que apoyo económico?

Por aquel entonces, a Angel le hubiera resultado incómodo dominar sus sentimientos y ofrecer a Merry su apoyo, por lo que no había sido capaz de ir un poco más allá por ella. Del mismo modo, ser sincero sobre su relación con Roula habría eliminado toda esperanza de casarse con ella y relacionarse con su hija.

¿Por eso no le había dicho nada? ¿O cabía la posibilidad de que creyera que la relación con Roula se había acabado? Pero ¿no lo sabría Roula? ¿Le había mentido Angel para llevarla al altar? ¿Tan despiadado era?

«Ya lo creo», dijo una vocecita en el interior de su cabeza.

Capítulo 9

LA señora Valtinos ha insistido en que debía marcharse inmediatamente del aeropuerto –repitió el chófer de Angel–. Le he dicho que usted la esperaba para comer antes de que se fuera de Londres, pero ella me ha contestado…

–Que no tenía tiempo –lo interrumpió Angel.

–A las dos, la he llevado a Foxcote Hall y, una hora después, la he dejado en casa de su tía. Me ha dicho que me llamaría cuando tuviera que ir a recogerla.

Angel respiró hondo. Había pasado algo. Su esposa había llegado a Londres con su hija y un montón de equipaje, a pesar de que se iba a quedar en el país dos días como máximo. Le había dado plantón a la hora de comer y no contestaba a sus llamadas ni a sus mensajes.

Ese comportamiento no era propio de Merry. No era una mujer malhumorada ni bromista y no le gustaba jugar. Si algo le molestaba, lo más probable era que lo dijera inmediatamente.

La creciente perplejidad de Angel estaba dando paso a una ira justificada y una aprensión que le resultaba desconocida y que lo enfurecía aún más.

¿Qué podía haber pasado entre la partida de él de la isla y la llegada de ella a Londres? ¿Por qué Merry se había llevado tanto equipaje? ¿No pensaba volver a Grecia? ¿Cabía la posibilidad de que fuera a dejarlo y a llevarse a su hija? Pero ¿por qué iba a hacerlo?

Había preguntado al personal de su casa de Palos, que le había dicho que Merry solo había recibido una visita, la de Roula. Cuando él había llamado a Roula, ella había insistido en que Merry se había portado de forma muy amistosa con ella y estaba muy tranquila.

Angel, muy tenso, cerró los puños y decidió que la estaría esperando en Foxcote cuando volviera de visitar a su madre y a su tía.

Merry salió de la casa de campo de Angel, cuya existencia ella había desconocido hasta ese día, y se subió a la limusina que la estaba esperando. Había dejado a Elyssa con Sally porque le parecía poco probable que su madre estuviera saltando de impaciencia por conocer a su primera nieta, ya que Natalie nunca había tenido mucho tiempo para los bebés.

Además, si Natalie pretendía castigarla y montarle una de sus escenas emocionalmente agotadoras, era mejor que Elyssa estuviera lo más lejos posible de aquel espectáculo, ya que ella solía perder la paciencia con su madre.

De todos modos, ¿qué importancia tenía después de tantos años? Natalie ni siquiera había intentado asistir a la boda de su hija. Pero tampoco había acudido a la ceremonia de su graduación ni, desde luego, a ninguno de los acontecimientos significativos que habían marcado su vida.

Obsesionada con el recuerdo de las sórdidas afirmaciones de Roula, no estaba de humor para ver a su madre. Le había desasosegado enterarse, después de haber aterrizado en Londres, de que Angel había dispuesto que comieran juntos. Merry estaba decidida a enfrentarse a él a su debido tiempo, solo cuando hubiera decidido exactamente lo que le iba a decir.

Como no había llegado ese momento, resolvió no acudir a la cita y no hacer caso de sus mensajes y llamadas. Que se enconara durante un tiempo como ella lo había hecho al recordar las palabras de Roula, hasta que comenzó a dolerle la cabeza y a sentir náuseas, para acabar llorando hasta la última lágrima que le quedaba.

Mientras la limusina se detenía frente a la casa de Sybil, Merry se dijo que Angel no le había pedido que lo quisiera, pero sí que confiara en él. Y lo había hecho.

Ahora, esa confianza se había perdido y se sentía tan herida que le parecía que la habían partido en dos.

De Grecia se había llevado todas sus pertenencias y las de su hija, pero aún no sabía qué iba a hacer ni dónde iba a vivir. Mientras preparaba la boda, la vida había seguido. La casita tenía otro inquilino y no quería volver a mudarse a casa de su tía. Ni tampoco deseaba sentirse de nuevo una estúpida y triste fracasada con Angel.

–Cuánto me alegro de que hayas tenido tiempo de venir –dijo atropellada, casi nerviosamente, Sybil, cuando Merry entró por la puerta principal al salón, donde se hallaba su madre, que se levantó muy rígida para saludarla.

Natalie se parecía muy poco a su hija. Era baja, rubia y regordeta, y aparentaba muchos menos años de los cuarenta y pico que tenía.

–Natalie –dijo Merry obligándose a adelantarse y a besarla torpemente en la mejilla–. ¿Cómo estás?

Su madre le respondió quejándose.

–No seas tan amable y educada como si no nos conociéramos. Haces que me sienta peor. Sybil tiene algo que decirte. Será mejor que te sientes porque te va a sorprender.

Merry frunció el ceño al escuchar la advertencia. Se sentó en un sillón y miró a su tía. Sybil se quedó de pie. Estaba muy pálida.

–En esta familia tenemos un gran secreto, que siempre ha permanecido oculto –afirmó Sybil, muy agitada–. No le veía sentido a contártelo cuando había pasado tanto tiempo desde que sucedió.

–No, a ti nunca te ha gustado contar nada en lo que salieras malparada –dijo Natalie en tono de crítica–. Pero me has prometido que se lo dirías.

Sybil apretó los labios.

–Cuando tenía quince años me quedé embarazada de uno de mis compañeros de la escuela. Mis padres estaban horrorizados y me mandaron al norte a vivir con una prima, y después adoptaron al bebé. Se corrió un velo sobre el asunto. Tuve que prometerle a mi madre que nunca le contaría a mi hija la verdad.

Merry estaba desconcertada.

–Y yo…

Natalie la interrumpió.

–Yo fui el bebé adoptado. No soy la hermana pequeña de Sybil, sino su hija, cosa de la que me enteré a los dieciocho años.

Merry palideció y se estremeció. Incrédula, miró a Sybil.

–¿Es tu hija?

–Sí. Cuando mi madre murió pensé que Natalie tenía derecho a saber quién era yo en realidad. Ya hablaba de buscar a su madre biológica, por lo que me pareció sensato decírselo antes de que empezara a buscarla.

–Y de la noche a la mañana, cuando la verdad salió a la luz, Sybil pasó de ser mi famosa y maravillosa hermana mayor, que me hacía fantásticos regalos, a ser una embustera que llevaba toda la vida engañándome –dijo Natalie con una amargura que sorprendió a su hija.

–Entonces, en realidad eres mi abuela, no mi tía –reflexionó Merry en voz alta y temblorosa mientras examinaba a Sybil y se esforzaba por desenredar las relaciones familiares que tan

inocentemente había dado por sentadas.

–Después de la adopción, no podía revelar el secreto. Había renunciado a mi derecho a hacerlo. Pero, cuando confesé quién era verdaderamente, tu madre se volvió loca.

–Mentiras… Sus consecuencias son siempre imprevisibles –observó Natalie lacónicamente–. Por eso, en parte, me quedé embarazada de ti, Merry. Cuando tuve esa estúpida aventura con tu padre, estaba emocionalmente confusa y desorientada. Había perdido a mi madre adoptiva y había descubierto que la hermana a la que quería y admiraba era, en realidad, mi madre… y que no me caía muy bien.

–Natalie no pudo perdonarme por haber dado prioridad a mi profesión, pero fue lo que permitió ayudar a mis padres económicamente para que llevaran una vida cómoda mientras criaban a mi hija –arguyó Sybil en su defensa–. Les estaba agradecida por que se hubieran hecho cargo de ella. No estaba preparada para ser madre.

–Al menos, hasta que naciste tú, Merry –añadió Natalie sin ocultar su desdén–. Entonces, Sybil se metió donde no la llamaban y te apartó de mí.

Sybil protestó.

–¡No fue así! Necesitabas ayuda.

Natalie fijo su tensa mirada en el rostro compungido de su hija y dijo de forma descarnada:

–¿Cómo crees que me sentía al ver que mi madre biológica le daba a mi hija todo el amor y los cuidados que me había negado?

Merry respiró hondo y se esforzó en ordenar sus pensamientos. En realidad, seguía estando muy alterada por las declaraciones de Roula para poder concentrarse por completo en lo que las dos mujeres le estaban contando.

Sybil era su abuela, no su tía, y a Merry no le habían dicho que Natalie era adoptada. Le horrorizaba que no le hubieran contado antes la verdad sobre su familia.

–La forma en que te trataba Sybil, cómo te mimaba, hizo que me volviera contra ti –confesó la madre de Merry con expresión culpable–. Destrozó nuestra relación al interponerse entre nosotras.

–No era esa mi intención –aseguró Sybil.

–Pero es lo que ocurrió –se quejó Natalie.

Merry agachó la cabeza. Reconocía que las dos tenían parte de razón. Sybil solo tenía quince años cuando entregó en adopción a Natalie a sus padres y, por la promesa hecha a su madre, no había podido confesarle que era su madre biológica.

Merry se negaba a condenar a Sybil por la decisión que había tomado, pero entendía que el fingimiento y las mentiras hubieran destrozado a su madre, así como el hecho de enterarse de la verdad tantos años después.

–Dices que quieres tener una relación más cercana conmigo, pero no quisiste venir a mi boda ni conocer a mi hija –dijo Merry a su madre.

–¡No podía permitirme el precio del billete de avión! –se defendió Natalie–. ¿Quién te crees que me ha pagado esta visita?

–¿Qué piensas de todo esto? –preguntó Sybil a Merry con ansiedad.

–Me siento confusa –respondió esta en tono seco–. Me duele que no me dijerais la verdad hace años. Detesto la mentira, Sybil, y acabo de enterarme de que me has estado mintiendo toda la vida.

De hecho, a Merry le parecía que el sólido suelo que la sostenía se había hundido y que tenía que hacer difíciles equilibrios para no caer. Su abuela y su madre la miraban expectantes, pero ella no sabía qué decir para satisfacerlas.

La triste realidad era que siempre había tenido más en común con Sybil que con Natalie y que, por mucho que lo intentara, no podría tener esa relación cercana con su madre.

–Lo único que quería era ayudarte a que siguieras teniendo una vida, a pesar de ser madre soltera –dijo Sybil a su hija con tristeza–. Eras muy joven. No era mi intención interponerme entre Merry y tú.

–Me gustaría conocer a Elyssa –afirmó Natalie–. Sybil me ha enseñado fotos. Es muy rica.

Merry se dio cuenta en ese momento de que era culpable de haber seguido guardando rencor a su madre, por no darle una infancia estable, hasta la edad adulta, en vez de aceptar la posibilidad de que Natalie hubiera cambiado y madurado.

–Te la traeré para que la veas –le prometió–. ¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

–Dos semanas –respondió Natalie–. Pero, como Keith se ha ido y nos hemos separado, estoy pensando en volver a este país. También me gustaría conocer a tu esposo durante mi estancia.

A Merry se le llenaron los ojos de lágrimas. Asintió bruscamente, incapaz de hablar. Entendía por qué su madre quería que Sybil le contara la historia, pero no estaba segura de poder ofrecer a Natalie la afectuosa relación que claramente esperaba.

Se dijo, sintiéndose culpable, que la bomba que había hecho explotar su matrimonio había despertado en ella demasiadas

emociones. La confesión de Roula la había destrozado y, en esos momentos, en lo único en lo que podía pensar era en que debía dar la espalda al hombre al que quería y a su matrimonio. La idea, el hecho de ser terriblemente consciente de lo que iba a tener que hacer, no le dejaba espacio para nada más y la paralizaba.

Enseñó a su madre y a su abuela fotos de la boda y de Elyssa, le quitó importancia cuando Sybil le dijo que estaba muy pálida y callada y volvió en cuanto pudo a Foxcote Hall, después de prometer que llevaría de visita a Elyssa al cabo de unos días.

La limusina la condujo cómodamente a la elegante casa de campo, que tenía la preciosa arquitectura de una casa de muñecas gigante de estilo georgiano. Desde la casa se extendían los jardines, a los que daban sombra grandes árboles, que se iban fusionando lentamente con el paisaje de verdes campos y bosques. Foxcote era una finca magnífica. Sin embargo, Angel no le había mencionado que poseía una propiedad cercana a la casa de su tía.

En un principio había pensado ir a un hotel desde el aeropuerto, pero, como todavía tenía que ver a Angel y hablar con él, esa declaración de separación le había parecido algo prematura.

Al entrar en el espacioso vestíbulo, de altas ventanas y suelo de baldosas, oyó a Elyssa reírse y emitir sonidos incomprensibles, y se dejó guiar por ellos.

Entró en el salón, pero se detuvo al ver que Angel estaba sentado en el suelo con Elyssa, que se le había subido encima, lo abrazaba con sus regordetes brazos y le daba un sonoro beso en el rostro. Él sonrió, encantado del afecto y la confianza que le mostraba la niña, pero la sonrisa se le desvaneció en cuanto vio a Merry. De repente, sus hermosos rasgos se serenaron y sus bellos ojos oscuros adoptaron una expresión precavida.

–No me habías dicho que tenías una casa cerca de la de Sybil –dijo Merry con voz crispada, mientras él se levantaba ágilmente con Elyssa agarrada a su cuello.

–Mi padre compró la finca en una época en que le dio por cazar y pescar, pero pronto se aburrió. Angelina la utilizó durante un tiempo, mientras se relacionaba con el heredero de un ducado local. Ya debería haberse vendido –contestó Angel mientras cruzaba la habitación y descolgaba el teléfono para que la niñera fuera a hacerse cargo de su hija.

Un doloroso resentimiento se apoderó de Merry cuando Elyssa se quejó amargamente porque la separaran de su padre. El vínculo se había creado mucho antes de lo que Merry esperaba. Elyssa se había acostumbrado a Angel y se portaba con él como si lo conociera de

toda la vida. Además, le encantaban su forma de jugar, muy física, y su bulliciosa personalidad.

Si su padre desapareciera de su vida, la niña lo echaría de menos y le dolería su ausencia. Pero ¿de quién sería la culpa?, se preguntó Merry enfadada. No suya, desde luego, se dijo. Ella se había atenido a las reglas. Si el matrimonio se iba a pique, sería por la exclusiva responsabilidad de Angel.

–¿Qué te pasa? –preguntó Angel, después de que Sally hubiera cerrado la puerta. Adoptó una actitud levemente combativa, afirmando los pies en el suelo, con los hombros echados hacia atrás y la mandíbula adelantada–. Me diste plantón en la comida y llevas todo el día sin responder a mis llamadas y mensajes. ¿Por qué?

Merry respiró hondo para serenarse.

–Te dejo. Bueno, estoy en proceso de hacerlo –afirmó muy tensa y pálida.

–¿Por qué has decidido dejarme de pronto? –preguntó Angel avanzando hacia ella de forma intimidatoria, con los ojos brillantes como fuegos artificiales en el cielo–. No tiene ningún sentido.

El ambiente se cargó de ira. Merry tensó todos los músculos y maldijo el no estar mentalmente preparada para el enfrentamiento que estaba a punto de producirse.

–Roula me lo ha contado todo.

Angel la miró desconcertado.

–¿Todo el qué?

–Que hace años que es tu amante y que, al final, siempre vuelves a ella.

–No tengo ninguna amante ni nunca la he tenido. Antes de conocerte, nunca quise repetir con la misma mujer –dijo Angel en tono despreocupado y mirándola fijamente a los ojos–. Debes de haber malinterpretado algo de lo que Roula te ha dicho. Es imposible que te haya contado que somos amantes.

–La he entendido perfectamente –dijo ella en tono seco–. Ha sido muy sincera sobre vuestra relación y sobre el hecho de que esperaba que continuara, a pesar de que estés casado.

–Pero no es verdad. No sé a qué juega, pero esas afirmaciones no tienen sentido –recalcó Angel–. ¿Es eso lo que hay entre nosotros, Merry? ¿Basta con que una mujer te diga que me acuesto con ella para que te tragues la historia entera?

Merry junto sus temblorosas manos y alzó la barbilla. Estaba rígida.

–Ha sido muy convincente. La he creído.

–*¡Diavolos!* ¿Me has juzgado sin pensarlo dos veces? ¿La crees a

ella antes que a mí? –le reprochó Angel lleno de ira mientras, incrédulo, negaba con la cabeza y los negros rizos le golpeaban la frente–. ¿Vale más la palabra de ella que la mía?

–Es tu amiga. ¿Por qué iba a mentirme sobre algo así?

–¿Y cómo quieres que lo sepa? –contraatacó él–. ¡Pero miente!

–Dice que lleváis años siendo amantes, pero que siempre has estado con otras mujeres. Yo no voy a aceptar que vayas con otras mujeres.

Angel la miró a los ojos y ella retrocedió un paso ante el enojo que vio en ellos.

–En ese caso, trata de no empujarme a irme con ellas –contraatacó él con furia–. No te he sido infiel.

–Ella me ha dicho que no habéis estado juntos desde que nos casamos, pero que, al final, volverás con ella porque es lo que siempre haces.

–¡Tú eres la única mujer con la que he vuelto! –declaró él–. Me resulta increíble que estemos teniendo esta conversación tan estúpida…

–No es una conversación, sino una discusión –lo interrumpió ella.

–Te prometí que no habría más mujeres –le recordó Angel en tono sombrío–. ¿Me hiciste caso? Es evidente que no creíste…

–Tu fama te precede –le espetó Merry con amargura.

–No voy a disculparme por mi pasado. Lo asumo abiertamente, pero nunca he engañado a una mujer –dijo Angel en voz baja–. Me crie con una madre que engañaba a todos sus amantes y viví las consecuencias de esa clase de comportamiento. Así que no lo imito. Soy sincero y busco a otra cuando me aburro.

–¡Pues puede que no quiera estar esperando a que te aburras de mí y te busques a otra! –exclamó ella con desprecio–. Puede que crea que valgo más y que me merezco mayor respeto. Por eso quiero que nuestro matrimonio termine, antes de que las cosas se compliquen.

–Nuestra unión no se va a romper. No te corresponde tomar esa decisión –dijo Angel con un desprecio letal–. Nos casamos para formar un hogar para nuestra hija y, si tenemos que esforzarnos para obtener ese feliz resultado, lo haremos,

Una sensación de frío vacío se extendió como un veneno por el pecho de Merry cuando se dio cuenta de lo estúpida e ingenua que había sido al soñar que Angel llegaría, finalmente, a quererla. Se había casado con ella únicamente por el bien de Elyssa. Ella, por sí misma, nunca sería importante para él, nunca sería una mujer

especial a sus ojos, nunca sería nada más que una segunda opción.

Él podía tener a cualquier mujer, y una como Roula Paulides, que era de su misma nacionalidad y su amiga desde la infancia, tendría mucho más que ofrecerle. Angel no necesitaría decirle a nadie que debía esforzarse para que su matrimonio con él funcionara. De hecho, Merry se quedó alucinada al pensar que Angel estuviera preparado para llevar a cabo algo tan convencional y sensato como esforzarse para mantener una relación.

–No quiero esforzarme –aseguró sin proponérselo, aunque era lo que verdaderamente sentía en ese momento, porque su orgullo no soportaba la idea de que él tuviera que reprimir sus instintos naturales para poder aceptar que estaba casado con ella y serle fiel.

–No te queda más remedio –observó él en tono sombrío–. Volvemos a Palos mañana por la mañana…

–¡No! –le interrumpió ella–. ¡No voy a volver a Grecia contigo!

–Eres mi esposa y no vas a abandonarme –le aseguró él con dureza–. No es negociable.

Merry echó la cabeza hacia atrás para apartarse el cabello de las sofocadas mejillas. Los ojos le brillaban de furia.

–Ni siquiera voy a intentar negociar contigo. Ya sé lo difícil que resulta. Nuestro matrimonio se ha acabado y voy a quedarme aquí –declaró con fiereza–. Me marcharé de esta casa en cuanto decida dónde voy a vivir.

Angel la miró con dureza.

–¿Vas a tirar por la borda todo lo que tenemos? –preguntó en un tono de rabia reprimida que hizo que ella se estremeciera–. ¿Y nuestra hija?

Merry tragó saliva con dificultad imaginándose la batalla que la esperaba. Al hacerlo, deseó que se la tragara la tierra.

–Lucharé por la custodia de nuestra hija aquí, en Gran Bretaña –afirmó, sorprendiéndose de sus propias palabras. Pero tenía que convencerlo de que sus amenazas no la ablandarían ni harían mella en ella.

Angel se quedó inmóvil, como si lo hubiera golpeado. Sus ojos se habían oscurecido y no quedaba en ellos el más leve rastro dorado. Su rostro estaba rígido a causa de la tensión.

–¿Nos vas a separar? Eso no te lo perdonaré nunca.

Diez segundos después, Merry se había quedado sola en la habitación. Oyó, como atontada, el ruido de un helicóptero que despegaba cerca de allí, seguramente para llevar a Angel de vuelta a Londres.

Se hallaba en estado de shock; la cabeza le iba a estallar a causa

de la insoportable tensión que sentía y se le había hecho un nudo en el estómago. Se le llenaron los ojos de lágrimas calientes y parpadeó con furia, pero se le acabaron derramando por el rostro.

Su matrimonio se había terminado. ¿No había temido siempre que no duraría? ¿Por qué estaba tan afectada?

Era cierto que Angel había negado que Roula Paulides fuese su amante, pero no se lo había creído. Al hacer el equipaje en la isla supo con certeza que no iba a volver. Y, desde luego, no continuaría casada con un hombre que tenía que esforzarse para estar casado con ella.

Capítulo 10

LA pena y el sentimiento de culpa mantuvieron despierta a Merry la mitad de la noche. Había amenazado a Angel del mismo modo que él la había amenazado al principio. Y se avergonzaba y le remordía la conciencia porque había observado la profundidad del vínculo entre Elyssa y él, había contemplado cómo se iba desarrollando y lo sorprendido que estaba Angel por la alegría que le suponía ser padre.

No quería a su esposa, pero era indudable que quería a su hija.

Con todas las emociones en caída libre después de los problemas familiares de los que habían hablado en casa de Sybil, no se hallaba en condiciones de enfrentarse a Angel. Reconoció con desconsuelo que había establecido líneas de batalla para una guerra en la que no deseaba luchar. Un divorcio no debía ser amargo y desagradable, y Merry no tenía el más mínimo deseo de que ellos lucharan a muerte por su hija. Angel era un buen padre, muy buen padre, y ella no iba a privarlo de que viera a su hija.

Que no pudiera fiarse de que él no fuera a irse con todas las Roulas del mundo no implicaba que no se diera cuenta de sus cualidades como padre y de que Elyssa se beneficiaba tanto como él de su relación. No era tan egoísta ni tenía tantos prejuicios en contra de él. ¿O sí?

Sentada a la mesa del desayuno, en el comedor, se sonó la nariz. Estaba muy angustiada.

Desentonaba en aquel entorno tan elegante, ya que llevaba puesto un cómodo pijama y un kimono de seda que había visto días mejores. Había dejado su nuevo guardarropa en Palos, en señal de un rechazo que esperaba que Angel notara. Quería que se diera cuenta de que no lo necesitaba ni a él ni su dinero, ni siquiera aquella ropa de diseño, aunque no fuera cierto.

Sin embargo, el verdadero problema era que el dolor lo magnificaba todo y distorsionaba la lógica. Le había dicho a Angel que lo iba a abandonar porque el orgullo le exigía que se

comportara como si fuera fuerte y decidida, cuando la realidad era que estaba destrozada, confusa y muy dolida.

El ruido de un helicóptero aterrizando le dio aún más dolor de cabeza, y bebió más té, en un intento desesperado por calmar los nervios. Se puso tensa al oír que cerraban la puerta de entrada de un portazo. Alzó la cabeza bruscamente cuando la puerta del comedor se abrió inesperadamente y apareció la alta y poderosa figura de Angel. No se hubiera horrorizado más si la hubiera sorprendido desnuda, porque sabía que tenía un aspecto deplorable, con los ojos y la nariz rojos y el cabello despeinado.

–¿Quieres venir al salón? –le preguntó Angel con expresión adusta–. Hay alguien que quiere verte.

–No estoy vestida –contestó ella mientras agachaba la cabeza y se levantaba con torpeza, desesperada por huir de su astuta mirada.

–Estás presentable.

–No puedo ver a nadie vestida así –protestó Merry con vehemencia mientras intentaba salir del comedor y correr al piso de arriba esquivándolo, pero él no se movió del umbral de la puerta.

–Estarás en muy buena compañía. Te juro que ha llorado durante todo el viaje desde Grecia –le informó Angel de forma incomprensible mientras la agarraba del codo con mano firme y prácticamente la arrastraba a la habitación de al lado.

Merry se quedó helada al ver a la mujer que estaba al lado de la ventana. Era Roula, con un aspecto menos elegante de lo habitual. Tenía la tez cenicienta, los ojos hinchados y la nariz roja, y rasgaba de forma compulsiva un pañuelo de papel.

–Lo siento mucho –dijo al ver a Merry–. Te mentí.

Angel le espetó algo en griego y en tono airado a Roula, que gimió y le dijo algo. Después, la puerta se cerró detrás de Merry y, cuando ella se volvió, Angel había desaparecido y las había dejado a solas.

–¿Me mentiste? –preguntó Merry atónita.

–Trataba de asustarte para que te fueras. Creí que, si dejabas a Angel, él, por fin, vendría a mí –confesó Roula temblando, con voz ronca y avergonzada.

–Ah –murmuró Merry, que se había quedado en blanco–. Entonces, ¿no eres su amante?

–No, eso era una tontería. Ni siquiera hemos tenido sexo. A Angel nunca le he interesado en ese sentido. Pero, como éramos tan buenos amigos, pensé que, si rompías con él, me haría su confidente y tal vez comenzara a mirarme de forma distinta. Eso no va a suceder. Me ha dicho que la idea de tener intimidad conmigo le

parecía desagradable e incestuosa. Ojalá me hubiera dado cuenta, hace años, de cómo me veía. Me habría ahorrado mucho dolor.

Merry tuvo un fuerte deseo de darle palmaditas en el hombro para consolarla, y tuvo que contenerse. Se daba cuenta de que se sentía humillada, culpable y muy triste.

–¿Te ha obligado Angel a venir aquí para contármelo?

–No ha sido idea mía, desde luego, pero me ha dicho que le debía una y tenía razón. Desde que me dijo que se iba a casar contigo, he tenido muchos celos de ti –confesó Roula con un desgarrador sollozo. Se llevó la mano a la boca y no volvió a hablar hasta haberse controlado–. ¿Por qué tú?, me preguntaba. ¿Por qué no yo? Trabajabas para él y Angel nunca se acuesta con sus empleadas. Sin embargo, lo hizo contigo, que tienes muy buen tipo y eres muy guapa, pero no una supermodelo, precisamente. Y le dejaste sorprendido al tener un hijo, pero resulta que ahora también está loco por la niña.

–¿Siempre has estado enamorada de él? –preguntó Merry, que se sentía incómoda porque había entendido que, según Roula, era increíble y un milagro inmerecido que Angel se hubiera casado con ella.

–Cuando era adolescente me encapriché de él. Era mi mejor amigo y yo sabía todo lo mal que Angelina se había portado con él, lo cual me dolía mucho. Aprendí a manejarla para que lo dejara en paz, para ayudarlo a soportarla. Por eso le caigo bien y por eso decidió que, si algún día se casaba, lo haría conmigo. He tenido otras relaciones, desde luego. Pero, cada vez que una de ellas se terminaba, me decía que con Angel habría sido distinto. Para mí era el hombre ideal, mi príncipe azul… ¡al menos hasta que me ha arrastrado al avión y se ha pasado media noche gritándome!

–Tiene mal carácter –reconoció Merry mientras, frenéticamente, intentaba comprender por qué había juzgado tan equivocadamente al hombre con el que se había casado. Era evidente que Roula ahora sí le decía la verdad. Los celos la habían impulsado a tratar de destruir el matrimonio de Angel.

–Y tiene una memoria de elefante: nunca se olvida de que lo hayas hecho enfadar. No me perdonará haberle causado tantos problemas –murmuró Roula apesadumbrada.

–Lo superará –afirmó Merry al tiempo que se preguntaba si la perdonaría a ella.

–Lo siento, de verdad que lo siento –dijo Roula–. Sé que no te servirá de consuelo, dadas las circunstancias, pero lamento profundamente haberte mentido. No pensé lo que hacía. Me dije

que te habías quedado embarazada a propósito, que lo habías planeado para cazarlo. Vi que estaba contento el día de la boda, pero no quise reconocerlo. Y, si hay alguien que merece ser feliz, es Angel.

–Creo que debemos olvidar lo sucedido –observó Merry incómoda–. Con la mano en el corazón, no puedo decirte que te perdono, pero te agradezco que me hayas explicado por qué lo hiciste y lo entiendo.

–Me parece bien –Roula suspiró mientras abría la puerta para salir.

Merry vio que Angel la esperaba en el vestíbulo.

–Le he contado la verdad –dijo Roula–. ¿Puedo marcharme ya?

–¿Estás satisfecha? –preguntó Angel a Merry,

Ella asintió.

–Pediré que te lleven al aeropuerto –dijo Angel a Roula en tono seco.

Merry aprovechó la ocasión para subir las escaleras a toda velocidad. Quería lavarse el rostro y los dientes, peinarse y quitarse el pijama de conejos rosas. Después pensaría qué iba a decirle a Angel para reparar el daño que le había causado por su falta de fe. Probablemente tendría que arrastrarse a sus pies y ofrecerle sinceras disculpas.

Se estaba poniendo unos vaqueros cuando Angel entró en el dormitorio. Cerró la puerta dando un portazo, se apoyó en ella y le dirigió una mirada perturbadora.

–Lo siento, lo siento mucho –murmuró ella mientras se subía los pantalones–. Pero resultaba muy convincente. No creo que sea mala persona. Me parece que solo estaba celosa y se dejó llevar.

–Me da exactamente igual Roula y por qué ha hecho lo que ha hecho –afirmó Angel impaciente–. Lo que me importa es que, tras llevar varias semanas casados, sigas dispuesta a amenazarme con perder a mi hija.

Merry palideció y apartó la vista de sus ojos sintiéndose culpable.

–Fue un error –reconoció consternada–. Pero tú me amenazaste del mismo modo para convencerme de que me casara contigo. ¿Acaso lo has olvidado?

–Mi intención era buena. Quería persuadirte de que nos dieras la oportunidad de formar una verdadera familia. Pero tus intenciones eran destructivas –contraatacó él sin vacilar–. Querías utilizar a Elyssa como un arma para castigarme, lo cual le habría hecho tanto daño a ella como a mí.

–No, de verdad que no era eso lo que pretendía –protestó Merry al tiempo que le daba la espalda para quitarse la parte de arriba del pijama y ponerse una camiseta, después de decidir, para ser más rápida y conservar la dignidad, olvidarse del sujetador–. Incluso cuando estaba furiosa contigo reconocía que eres un gran padre, pero supuse que convertirías el divorcio en una batalla amarga y desagradable.

–¿Y por qué lo supusiste? –preguntó él con sequedad.–. Ni siquiera te pedí que firmaras un acuerdo prematrimonial antes de la boda, lo cual escandalizó a mis abogados. Pero fue un acto deliberado por mi parte, un acto de fe basado en el estúpido supuesto de que respetarías nuestro matrimonio tanto como yo.

Merry se puso roja como un tomate y se sintió todavía más culpable. Angel sabía verdaderamente qué teclas tocar, reflexionó con desconsuelo. No había pensado en que él no le había pedido que hicieran separación de bienes antes de casarse, pero ahora se daba cuenta de que se trataba de una omisión mayúscula. De hecho era una declaración de intenciones muy positiva, ya que el matrimonio se realizaba entre un hombre muy rico y una mujer bastante pobre.

La frialdad de él comenzaba a atacarle los nervios. Nunca antes había empleado ese tono con ella. Parecía distante y negativo, y seguía estando muy enfadado.

Le escudriñó el rostro buscando una interpretación más halagüeña de su estado de ánimo, pero lo que observó fue la línea de su ancha y sensual boca, el duro ángulo de su firme mandíbula y la oscuridad de su mirada acusadora.

–Pero, en el momento en que nuestro matrimonio pasa una mala racha, ya estás dispuesta a tirarlo por la borda.

–Tener una amante desde hace tiempo no es pasar una mala racha –protestó ella–. Creí lo que Roula me contaba porque me la presentaste como una amiga en la que confiabas.

–Es la hermana que no tuve –afirmó Angel en tono sardónico–. La idea de que haya algo de naturaleza sexual entre nosotros me repele.

En ese momento, la última pieza del rompecabezas encajó. Merry había creído a Roula, pero no entendía por qué a Angel nunca le había tentado tener una relación más íntima con ella. A fin de cuentas, Roula era una belleza y compartía muchas cosas con él.

Sin embargo, si Angel la consideraba una hermana, su indiferencia ante ella como mujer era inmediatamente comprensible, además de ser poco probable que dicha a indiferencia

fuera a cambiar.

–He visto muchos divorcios –afirmó Angel–. En mi familia y entre mis amigos. Nadie sale ileso, pero los hijos son los que sufren más. No quiero que mi hija sufra semejante daño, pero tampoco deseo tener una esposa que salga huyendo como un conejo al primer indicio de que algo va mal.

–¡No hui como un conejo! –sostuvo Merry, con el rostro encendido–. ¡Puede que estés pensando en lo que hiciste tú cuando te dije que estaba embarazada!

–Me hice responsable y me aseguré de que tuvieras cubiertas tus necesidades económicas.

–Pero no estabas allí cuando vomitaba cada mañana y me arrastraba hasta el trabajo para poder conservarlo.

–No hacía falta que siguieras trabajando. El dinero que te pasaba cubría tus gastos –Angel vaciló antes de preguntarle, con el ceño fruncido–: ¿Todas las mañanas tenías náuseas?

–Todos los días durante los cuatro primeros meses. Y una noche comencé a sangrar. Supuse que estaba teniendo un aborto espontáneo. Después de aquello, dejé el trabajo y me fui a casa, a estar con Sybil.

Angel apartó con agilidad su largo y delgado cuerpo de la puerta y avanzó hacia ella con su innata gracia característica. Su rostro expresaba preocupación.

–¿Estuviste a punto de perder a Elyssa?

–Pensé que la estaba perdiendo y me dio un ataque de pánico. Fui al hospital, pero solo se trataba de uno de esos percances del embarazo que parecen más graves de lo que son. Sin embargo, me asusté y alteré mucho.

–Y yo no estaba allí cuando debería haber estado –murmuró él al tiempo que la examinaba con expresión sombría–. No puedo volver atrás, así que tampoco puedo cambiar eso. ¿Crees que siempre me echarás en cara mi ausencia durante esos meses?

–Intento no pensarlo. Si por aquel entonces no deseabas una relación conmigo, no habría sido lógico que volvieras a mi vida –reconoció ella–. Nos habría resultado violento a los dos.

Angel hizo una mueca.

–Por aquel entonces, ni siquiera me había dado cuenta de que quería tener una relación contigo. Tengo que reconocer que estaba completamente ciego con respecto a mis traumas. Durante mi infancia y adolescencia, lo único que vi fueron relaciones superficiales y caóticas, por lo que, en la edad adulta, evité todo aquello que se pudiera considerar una relación. Tenía sexo y se

acabó. Pero te conocí y mi proyecto de vida relajada y sin emociones saltó por los aires.

–¿Cómo podías llevar una vida carente de emoción cuando eres tan emotivo? –preguntó Merry con incredulidad.

–Teniendo esa parte de mí bajo control, al menos hasta que Elyssa y tú os colasteis por entre mis defensas –razonó Angel con ironía–. Puede que no fueras muy feliz durante el embarazo, pero debes saber que yo tampoco lo era. Me dejaste conmocionado. Me hiciste desear más, lo cual me asustó, ya que carecía de la experiencia de lo que era una relación normal.

–Tú no tienes relaciones –le recordó ella con sequedad.

–¿Qué llevo haciendo contigo todo el mes anterior? –contraatacó él–. ¿Crees que es normal para mí estar tan contento pasando tanto tiempo con la misma mujer?

–No te he pedido que lo hagas.

–Soy un canalla egoísta. Lo he hecho porque he querido.

–Por el bien de tu hija, te has esforzado para seguir casado conmigo –le parafraseó Merry con doloroso desdén.

Angel, asombrado, negó con la cabeza.

–Tengo que reconocer que, en este preciso instante, debo esforzarme para seguir casado contigo porque te has empeñado en pensar lo peor de mí.

–Eso no es cierto.

–No te fías de mí. ¡Siempre esperas que el techo se hunda! Al principio me parecía gracioso, pero ahora empiezo a preguntarme si vas a llegar a reconocer que, a pesar de que he cometido muchos errores, te quiero de verdad –concluyó él, casi desafiante.

Merry lo miró estupefacta.

–No me quieres.

–Incluso cuando llevas el pijama de conejos que llevabas la noche que te dejé embarazada –aseguró Angel–. No fui consciente de que era amor hasta después de casarnos. A pesar de que estoy constantemente preocupado por ti, soy tremendamente feliz contigo. Me despierto por la mañana y todo me parece bien porque estás allí, a mi lado. Cuando no estás, es como si el mundo se hubiera apagado, y me siento extrañamente solo.

Merry lo miró boquiabierta y consternada.

–Y lo más extraordinario de todo es que pensaba que me querías hasta que te marchaste, después de haberme acusado de estarte engañando –afirmó Angel–. Creía que, por primera vez en mi vida, alguien me quería por ser quien era, no por lo que podía hacer o comprar. Sabes que tengo defectos y lo has aceptado. Sabes que sigo

buscando el modo de encajar en esta familia.

–No eres el único. Ayer me enteré de que Sybil no es mi tía, sino mi abuela –le contó Merry siguiendo un impulso repentino–. Esa es otra razón por la que ayer estaba tan trastornada y me pasé de rosca contigo. Estaba conmocionada. Los padres de Sybil adoptaron a mi madre, que supo la verdad a los dieciocho años. Da igual, ya te lo explicaré. Pero enterarme de que Sybil y Natalie me lo habían estado ocultando toda la vida me hizo sentirme engañada. Y tienes razón: claro que te quiero –concluyó ella en tono de disculpa–. Casi desde el principio. No sé cómo ni por qué; solo sé que me sentí unida a ti desde el principio, sin tener en cuenta lo que me dictaba el sentido común.

Angel le puso las manos en los hombros.

–Ha habido una conexión eléctrica entre nosotros desde el primer día. De algún modo, encajamos. Ojalá no hubiera desperdiciado tanto tiempo estando alejado de ti cuando lo que quería era estar contigo. Me hallaba inmerso en un estado de negación. Me negaba a reconocer que todo había cambiado y que deseaba tener contigo una relación que nunca había querido ni había experimentado con otra mujer.

–Y te fallé –susurró ella sintiéndose culpable–. Es cierto que pensé lo peor en cuanto se presentó el primer problema. No fui todo lo fuerte y sensata que debería haber sido.

–Es un consuelo que el sentido común te abandone cuando estás disgustada. Cuando he llegado y he visto que habías estado llorando, que era evidente que estabas disgustada, ha renacido en mí la esperanza de que me quisieras.

–Siempre te he querido –murmuró ella mientras él le acariciaba la mejilla.

–No me fiaba del amor. Sé que mi padre me quiere, pero mi madre dejó de interesarse por mí desde el momento en que dejé de ser un bebé –confesó él–. ¿Qué has dicho de Sybil y tu madre? Fíjate en lo fundamental, *agapi mu*. Aunque no conocieras toda la historia, siempre te han querido, por lo que deberías dar gracias. Es mucho más difícil querer sin haber tenido esa experiencia ni la seguridad en uno mismo que te proporciona.

Merry apoyó el rostro en su hombro y aspiró el olor a almizcle de su piel, que tan bien conocía, como si fuera una poción curativa. Él la agarró de la barbilla y se la levantó para besarla apasionadamente.

–Sabes tan bien… –dijo mientras la guiaba caminando hacia atrás hasta la cama, con un objetivo muy claro–. Dime otra vez que

me quieres. Me encanta oírlo.

–¿Cómo te diste cuenta de lo que sentía? –preguntó ella–. Pensaba que no se me notaba.

–Soportabas todas mis exigencias, poco razonables, con una sonrisa. No me lo merecía, así que tenía que haber otro motivo para que fueras tan tolerante. A veces, incluso te ponía a prueba para ver si te derrumbabas.

–No me derrumbo. Soy leal y cariñosa… siempre que no te eches una amante.

–¿De dónde iba a sacar la energía? –preguntó Angel, distraído, pues le había metido la mano por debajo de la camiseta para agarrarle, satisfecho, un seno. Después le quitó la camiseta con desvergonzada impaciencia–. *Thee mu*, te deseo tanto que me hace daño. Creí que te había perdido.

–Y te decepcioné.

–Se suponía que no debías marcharte, sino plantarte y luchar por mí –dijo Angel–. Yo he luchado por ti.

–Me escondía detrás de mi orgullo.

–En lo que respecta a ti, carezco de orgullo y aún más de escrúpulos. Estaba dispuesto a drogarte y secuestrarte para llevarte de vuelta a Grecia. Será mejor que no te cuente las cosas que se me ocurrieron cuando creí que te perdía. Fue una locura, para serte sincero.

–Eso es porque me quieres –dijo Merry con alegría–. Tienes mi permiso para pensar locuras si es para luchar por conservarme a tu lado.

La ropa fue cayendo en un montón desordenado mientras Angel se preparaba para poseerla de nuevo y calmar los últimos restos de inseguridad que acechaban en su interior.

Merry era suya de nuevo y todo volvía a estar bien en el mundo. Bueno, casi todo. La abrazó estrechamente y le dijo:

–Cuando te sientas preparada, tendremos otro hijo y compartiré contigo toda la experiencia –le prometió.

Sus palabras sobresaltaron a Merry y la sacaron de su sensual ensoñación.

–¿Otro hijo? –preguntó incrédula–. ¡No hablarás en serio! ¡Elyssa solo tiene siete meses!

–Puedes planteártelo dentro de un tiempo. Aunque me conformaré solo con Elyssa si no quieres tener otro.

–¿Estás seguro de que, ante la amenaza de esa responsabilidad añadida, no volverás a salir huyendo? –preguntó Merry en tono malicioso.

–No, si te vuelvo a dejar embarazada, te aseguro que aceptaré con alegría todas las exigencias que conlleve, por muy agotadoras que sean–. Angel le lanzó una mirada divertida y una sonrisa relajada–. De hecho, la idea me excita.

Merry le dio un puñetazo en el hombro desnudo.

–¡Todo lo que tiene que ver con el sexo te excita!

Angel pareció reflexionar y, después, una sonrisa traviesa le iluminó el rostro.

–Estoy seguro de que si tuviéramos media docena de hijos ruidosos y alegres convencería a mi madre para que se buscase una casa.

–Espero que estés de broma –suspiró Merry, tan contenta y feliz que le parecía estar flotando.

Él la quería y se le notaba. ¿Cómo no se había dado cuenta? ¿Cómo era posible que se hubiera estado atormentando durante tanto tiempo cuando lo que deseaba con tanta desesperación se hallaba frente a sus ojos, esperando a ser reclamado?

Ahora, Angel era suyo, por fin todo suyo. Y también de repente notaba que se sentía mucho más tolerante y comprensiva con respecto a las debilidades ajenas. Su madre intentaba demostrarle que la quería y tal vez hubiera llegado la hora de que se esforzara más en el mismo sentido.

Y luego estaba Roula, desgraciada y humillada… Posiblemente podría permitirse ser también más comprensiva con ella. La felicidad extendía la felicidad, se dijo alegremente, mientras acariciaba el costado masculino, deseosa de aumentar asimismo la felicidad de su dueño.

–Bueno, debo reconocer que no me lo esperaba –dijo Natalie mientras observaba a su madre, Sybil, y a Charles, el padre de Angel, de pie en medio de la habitación para recibir a los invitados a su banquete nupcial, que se celebraba en casa de Angel y Merry, en la isla de Palos–. Creí que la relación se esfumaría, que no llegaría tan lejos.

–Él está loco por ella y Sybil le ha hecho esperar seis años para ponerle ese anillo en el dedo –recordó Merry a su madre–. Creo que, por fin, está lista para sentar la cabeza.

–Pues se lo ha tomado con calma –afirmó Natalie con ironía–. La madre de Angel no ha venido, ¿verdad?

–No, me imagino que no vendrá teniendo en cuenta que fue la primera esposa de Charles –respondió Merry.

–¿Hay alguna posibilidad de que ella siente la cabeza?

–No –dijo Merry en voz baja al tiempo que pensaba que la habían visto muy poco en los últimos tiempos.

Angelina se había comprado un ático en Manhattan y allí residía la mayor parte del tiempo. A veces, a Angel y Merry les llegaban rumores de titulares escandalosos, pero él ya no se veía obligado a intervenir en la vida de su madre, por lo que le resultaba más fácil mantenerse apartado de ella.

Elyssa llegó corriendo, una niña adorable con un vestido de flores de color rosa, que ya se había manchado.

–Guárdame esto –pidió a su madre dándole la cestita de mimbre que había llevado en la nave de la iglesia–. Es que ahora voy a jugar al escondite.

Merry se agachó para estar a su altura.

–De eso nada. Esta es una fiesta especial para los mayores y los niños no pueden estar corriendo de un lado a otro.

Su hijo, Cosmas, dos años menor que su hermana, que tenía seis, se acercó corriendo y tiró con impaciencia del fajín que llevaba a la cintura.

–Quítamelo.

–No te lo puedes quitar hasta que Sybil te dé permiso –le advirtió Merry–. Todavía os tienen que sacar más fotos.

–¿Dónde está el resto de la horda? –preguntó Natalie.

Los gemelos de dos años, Nilo y Leksi, perseguían a Tiger en el vestíbulo. Merry se apresuró a acercarse para interrumpir la persecución antes de que pasara a mayores. Tiger se había convertido en una mera sombra del perrito gordo y sedentario que era. Al vivir en una casa con cinco niños había perdido peso. La primera vez que lo adoptaron no salió bien y, cuando se lo devolvieron a Sybil, porque hacía sus necesidades en cualquier parte y robaba comida, Merry le ofreció un caluroso recibimiento y se lo llevó a Grecia.

Mientras se aproximaba a los gemelos, Angel apareció con un bebé bajo el brazo y se dirigió a sus hijos en tono severo. Atlanta, desde el otro lado del vestíbulo, sonrió de oreja a oreja a su madre, mostrando las encías aún sin dientes, y está le tendió los brazos.

–No sé de dónde sacáis la energía, tanto tú como él –comentó Natalie al observar a Merry con su hija de ocho meses–. Os reproducís como conejos. Por favor, dime que la familia ya está completa.

Merry se sonrojó porque su sexto hijo ya estaba en camino, aunque aún no lo habían anunciado. Angel sonrió divertido a su

esposa.

–Aún no lo hemos decidido –dijo él.

Atlanta tiró del largo cabello de su madre mientras Merry salía a la terraza a descansar un rato de la celebración. Había tardado semanas en preparar y organizar con todo detalle la boda y el alojamiento de los invitados. Quería que todo estuviera perfecto para Sybil y Charles, que los visitaban con frecuencia.

Al cabo de tantos años de sentirse injustamente tratada en el plano familiar, Merry había cerrado el círculo y se hallaba rodeada de una familia que la quería.

Estaba muy contenta de haber logrado tener una relación más normal con su madre, que había vuelto a Gran Bretaña y montado un gimnasio de yoga con gran éxito. Ahora se veían con regularidad, cuando Merry iba con Angel a Londres. El carácter de su madre se había suavizado y Merry había olvidado el pasado por completo.

Un año antes había sido dama de honor de Roula, cuando se había casado con el médico de la isla. La celebración, muy griega, había durado tres días. Roula seguía siendo amiga de la familia y, a veces, Merry se imaginaba que los problemas que había causado mintiéndole al decirle que era la amante de Angel, y las verdades que habían salido a la luz a raíz de eso, habían ayudado a Roula a seguir hacia delante y conocer a alguien capaz de corresponder a su amor.

Merry estaba dispuesta a reconocer que ella también había aprendido de aquella experiencia. Al saber que estaba casada con un hombre que la quería tanto que estaba dispuesto a hacer prácticamente cualquier cosa para retenerla a su lado y que su matrimonio funcionara, sus inseguridades habían desaparecido para siempre.

Le gustaba ser madre y a Angel le encantaba ser padre. El rápido aumento de la familia había sido agotador, pero extremadamente satisfactorio.

Las manos morenas y delgadas de Angel le quitaron al bebé, que se había quedado dormido, del regazo y se lo entregaron a Jill, la nueva niñera que ayudaba a Sally, para que se hiciera cargo de él. A continuación, Angel levantó a su esposa de la silla, la tomó en brazos y se sentaron abrazados.

–Estás muy cansada –la regañó él–. Ya habíamos hablado de que te echarías la siesta por la tarde.

–Después de la comida –murmuró ella mientras jugueteaba con sus pequeños dedos con su corbata de seda.

Alzó la vista para mirarlo. Le encantaba cada arruga de sus hermosos rasgos y pensó que el mal comienzo de su relación se había transformado milagrosamente, con el paso de los años, en una maravillosa asociación.

–*Thee mu* –dijo Angel con voz ronca–. Cuando contemplo la vida que has creado para todos nosotros te quiero tanto que me hace daño, *agapi mu*. Mi esposa y mi familia son mi sostén, mi ancla.

Feliz como una adolescente por sus muestras de afecto en público, cuando en otro tiempo se hubiera liberado de su abrazo inmediatamente, Merry soltó una risita:

–¿Quieres decir que te hemos arrastrado hasta el fondo?

Angel renunció a la batalla y la besó con deseo, profunda y tiernamente, mientras, al fondo, la suegra de él lanzaba un bufido y decía apenada:

–¿Lo veis? Como si fueran conejos.